

Autobiografía

Por

Benjamin Franklin

Freeditorial 

TWYFORD. EN CASA DEL OBISPO DE ASAPH, 1771

Querido hijo:

Siempre me ha gustado conocer pequeñas anécdotas de mis antepasados. Recordarás las pesquisas que hice entre los parientes que me quedan cuando estuviste conmigo en Inglaterra, así como del viaje que emprendí a tal fin. En la creencia de que podría ser igualmente agradable para ti saber las circunstancias de mi vida muchas de las cuales ignoras, y ante la perspectiva de una semana de inactividad en mi actual retiro campestre, me dispongo a poner por escrito, pensando en ti, el resultado de aquellas pesquisas. Por otro lado, existen otros estímulos que me impulsan a hacerlo. De la pobreza y medianía en las que nací y viví mis primeros años, he logrado elevarme a un estado de desahogo y en cierto modo a un cierto nivel de celebridad mundana. La fortuna me ha sido fiel, incluso en lo más avanzado de mi existencia, y pienso que la posteridad quizá sienta deseos de enterarse de los medios de que me valí, y con los que, gracias a la Providencia, alcancé el éxito. Incluso puede que alguien piense en imitarme, caso de encontrarse en circunstancias parecidas a las mías. Al pensar en la buena suerte que he tenido, cosa que suelo hacer con frecuencia, me inclino a veces a pensar que, si me dieran esa opción, no me importaría volver a vivir mi vida desde el principio al final; aunque, eso sí, solicitando se me diera la oportunidad que tienen los escritores de corregir en la segunda edición algunas de las faltas que se cometieron en la primera. Querría cambiar, también, ciertos acontecimientos por otros más agradables. Aunque eso no fuera posible, aceptaría la oferta, pero como, de todos modos, no habrá otra segunda oportunidad de vivir la misma vida, haré lo que más se parece a ello, que es evocar los momentos de la que viví, poniendo por escrito mis recuerdos para darles una mayor permanencia. Al aplicarme a este empeño, cederé a esa inclinación tan corriente en los viejos de hablar de sí mismos y de sus hechos, pero, en mi caso, no aburriré a los que puedan creerse obligados a escucharme por respeto a mis canas, ya que, en todo caso, siempre serán libres de leerme o no. Y además (y en esto también he de ser sincero, pues de no serlo nadie me creería), en no poca medida, complazco así mi vanidad. A decir verdad, nunca he visto a nadie que comience con la frase «lo digo sin ninguna vanidad...», que no se deje llevar poco después por esa debilidad. A la mayor parte de la gente le desagrada la vanidad de los demás, sin ver la suya propia. Yo siempre me muestro comprensivo en esto, persuadido como estoy de que, a menudo, resulta bueno no sólo para el que la siente, sino para los que se encuentran en su esfera de acción. Por consiguiente, hay que reconocer que no resulta absurdo en absoluto que alguien dé gracias a Dios por su propia vanidad, como las da por

otros dones que la vida le proporciona.

Ahora que hablo de dar gracias a Dios, debo reconocer con toda humildad la deuda de felicidad que tengo con la Divina Providencia por todo lo que he recibido en esta vida, por cuanto hizo posible que yo dispusiera de los medios idóneos y los utilizara con éxito. Esta creencia me induce a esperar, aunque sin darlo por sentado, que la divina benevolencia me seguirá deparando la misma felicidad que hasta ahora, y, en caso contrario, me dará fortaleza para soportar la adversidad que, como a otros, pueda sobrevenirme. Solo Dios conoce mi futuro, y en sus manos está llenarme de bendiciones, incluso en medio del infortunio.

Ciertas notas, que un tío mío (dotado de mi misma curiosidad por recordar anécdotas familiares) me proporcionó, valieron para facilitarme información acerca de mis antepasados. Gracias a ellos me enteré de que habían habitado en el mismo pueblo, Ecton en Northamptonshire, en una propiedad de treinta acres de extensión, durante trescientos años por lo menos, y quizás más. Tal vez desde que adoptaron el nombre de Franklin, que antes había sido el apelativo de una determinada clase social, como apellido: lo que hicieron muchas gentes a lo largo y a lo ancho del reino.

Esta pequeña finca no debió resultar suficiente como medio de subsistencia. Por eso, comenzaron a dedicarse a la profesión de herreros, que perduró en la familia hasta la época de mi tío, siendo costumbre educar al primogénito en dicho oficio, como efectivamente hicieron mi tío y mi propio padre. Investigando el registro civil de Ecton, pude averiguar sus nacimientos, matrimonios y defunciones, desde el año 1555 solamente, por no existir registro anterior. Así me enteré de que yo era el hijo menor del menor de los hijos en cinco generaciones. Mi abuelo Thomas, nacido en 1598, vivió en Ecton hasta que, por su avanzada edad, hubo de abandonar sus negocios, retirándose a Banbury en Oxfordshire y viviendo en casa de su hijo John, un tintorero al que mi padre ayudó como aprendiz. Allí murió, y fue enterrado, mi abuelo. Pudimos ver su tumba en 1758. Su hijo mayor, Thomas, vivió en la casa de Ecton, dejándosela con todas sus tierras a su hija única, casada con un tal Fisher Wallingborough; ellos la vendieron más tarde a Mr. Isted, su actual propietario. Mi abuelo tuvo cuatro hijos: Thomas, John, Benjamin y Joseph. Como no tengo mis notas aquí, trataré de recordar lo que dicen, y, si no se han extraviado en mi ausencia, tú podrás completar mi información con ellas cuando las veas.

Thomas aprendió el oficio de herrero con su padre. Tenía talento y, como un hidalgo llamado Palmer, que por entonces era el vecino más importante de aquella parroquia, le animó a estudiar (lo que hizo también con los restantes hermanos), Thomas se hizo amanuense, y llegó a ser un personaje descollante en los asuntos de la provincia: fue uno de los principales promotores de todas

las empresas comunales que se llevaron a cabo en su provincia, en la ciudad de Northampton, y en su pueblo natal de muchas de ellas nos hablaron en Ecton, y consiguió que Lord Halifax le tuviera en gran estima y le ayudara. Murió en 1702, el día 6 de enero, cuatro años justos antes de nacer yo. Los relatos de los viejos de la localidad sobre su vida y su personalidad, según mis recuerdos, te resultaron bastante sorprendentes, pues se parecían a lo que tú sabías de mí. De haber muerto el mismo día, pero cuatro años más tarde, dijiste, «podría haberse pensado en una transmigración». A John le enseñaron el oficio de tintorero de lana, según creo. Benjamin aprendió ese mismo oficio para la seda, tras el correspondiente aprendizaje en Londres. Era hombre de ingenio. Le recuerdo bien de cuando yo era pequeño, porque vino a casa de mi padre, en Boston, y estuvo con nosotros varios años. Mi padre y él se tuvieron un gran afecto, y yo fui su ahijado. Vivió muchos años, y dejó escritos dos volúmenes en cuarto de manuscritos con poesías suyas. Son composiciones de valor efímero, dedicadas a amigos y parientes, entre las que figuraba la siguiente, que me envió, y puede valer como ejemplo:

A mi tocayo, con ocasión de saber sobre su vocación por la milicia (7 de julio de 1710).

Créeme, Ben, la guerra es asunto peligroso

La espada marra tanto como alerta

Y más destruye que edifica

A muchos empobrece, a pocos enriquece y a menos ilustra.

Siembra la ruina en las ciudades, de sangre los campos,

Y es el aliado de la desidia y el escudo del orgullo

Florecientes ciudades de hoy, tras la guerra

Pronto se ven sumidas en aflicción y penuria

Las propiedades quedan en ruinas, el vicio se expande

La destrucción, el vicio, las cicatrices y los miembros mutilados:

Esos son los efectos de las guerras asoladoras.

ACRÓSTICO

Bendice y venera a tus progenitores

Encuentra constancia en hacer tu deber diario

Niégate a la pereza, la lujuria o la soberbia

Jamás te pesará seguir estos consejos.

Ante todo, evita la enfermedad del egoísmo;
Mira que el mal está en nosotros tanto como en Satanás.
Intenta enriquecerte en prudencia, saber y virtud:
Nunca temas soportar el sufrimiento por el Salvador,
Fuera de tus tratos la falsedad o el engaño,
Recuerda ser religioso en pobreza y en riqueza,
Adora al que te creó,
No dudes en entregar tu corazón a Dios. Ahora es tiempo:
Conciencia limpia es el mejor amigo.
La conciencia sea tu juez y tu testigo;
Inclínate, y adora de corazón a Nadie más que a la Trinidad.

Mi tío inventó un método propio de taquigrafía que me enseñó, aunque luego lo olvidé por falta de práctica. Era piadoso, y asistía con asiduidad a los sermones de los predicadores más conocidos, cuyas pláticas transcribía al papel, con su método taquigráfico, hasta llegar a reunir varios volúmenes de Sermones. Tampoco le faltaban dotes políticas, incluso le sobraban si pensamos en su vida profesional. Hace poco cayó en mis manos, en Londres, una colección que mi tío había reunido, con los principales folletos relativos a los acontecimientos políticos ocurridos entre 1641 y 1717. Faltan muchos de sus volúmenes, según se deduce de su numeración: ocho en folio y veinticuatro en cuarto y en octavo. Un librero de viejo los descubrió y, como me conocía por haberle comprado libros, me los proporcionó. Al parecer mi tío los dejó aquí antes de marcharse a América, hace cosa de cincuenta años. Hallé muchas notas marginales suyas. Su nieto Samuel Franklin vive todavía en Boston.

Nuestra humilde familia abrazó desde un principio la Reforma. Nuestros antepasados siguieron siendo protestantes durante el reinado de María, estando en frecuente trance de ser perseguidos, debido a su celo antipapista. Tenían una Biblia inglesa y, para ocultarla, la guardaban abierta bajo la tapa de un escabel sujeta con cintas. Cuando mi tatarabuelo deseaba leerla en familia, no tenía más que darle la vuelta al escabel para, poniéndolo sobre sus rodillas, pasar las páginas por debajo de las cintas. En tales ocasiones, uno de los hijos se apostaba junto a la puerta para avisar de alguna visita inoportuna, como la de algún funcionario del Tribunal espiritual. Si se producía esa visita, la banqueta volvía a su posición primitiva, quedando oculta de nuevo la Biblia. Esta anécdota me la contó mi tío Benjamin. La familia siguió siendo fiel a la Iglesia anglicana hasta finales del reinado de Carlos II. Algunos clérigos, que

habían sido destituidos por inconformistas, celebraban por entonces conventículos en Northamptonshire, y Benjamin y Josias se unieron a ellos, y con ellos continuaron de por vida. El resto de la familia siguió perteneciendo a la Iglesia episcopaliana.

Josias, mi padre, se casó joven, trasladándose con su esposa y sus tres hijos a Nueva Inglaterra en 1682. Como, por entonces, las reuniones religiosas no conformistas habían sido prohibidas, y eran con frecuencia interrumpidas por las autoridades, hubo personas prominentes conocidas suyas que decidieron irse a dicho país, y que convencieron a mi padre para que les acompañara en su viaje, en la esperanza de poder practicar allí su religión en completa libertad. Mi padre tuvo cuatro hijos de la misma mujer, que nacieron en Nueva Inglaterra, y luego diez más de su segunda esposa, sumando en total diecisiete. Recuerdo haber visto, con frecuencia, hasta a trece reunidos a la mesa. Todos se criaron con normalidad y luego se casaron. Yo era el más joven de todos los varones, y tuve dos hermanas menores que yo. Nací en Boston, en Nueva Inglaterra.

Mi madre, segunda esposa de mi padre, era Abiah Folger, hija de Peter Folger, uno de los primeros colonizadores de Nueva Inglaterra, a quien menciona encomiásticamente Cotton Mather en la historia eclesiástica del país, publicada bajo el título de Magnolia Christi Americana, llamándole «culto y piadoso inglés», si no recuerdo mal. Según he oído, escribió algunas obras sueltas, de las que solamente una fue publicada recuerdo haberla visto hace años. Fue escrita en 1675, en verso sencillo, al uso de la época y de la gente, y dedicada a los que se ocupaban de los asuntos de gobierno en Nueva Inglaterra. Aboga por la libertad de conciencia, defendiendo a los anabaptistas, cuáqueros y otras sectas perseguidas. Atribuye las guerras contra los indios y otras calamidades a dicha persecución, considerándolas como castigos de Dios por tantas ofensas, y exhorta a abolir aquellas leyes tan faltas de caridad. Esta obra me pareció escrita con un viril sentido de la libertad y con una grata sencillez. Aunque he olvidado los dos primeros versos, recuerdo los seis últimos, que se referían a la buena voluntad que había guiado, en sus críticas, al autor, cuyo nombre debía, por ello, darse a conocer:

Porque dice odio ser un libelista
con todo mi corazón,
desde Sberburne Town, donde vivo,
hago aquí constar mi nombre,
sin ofender a ningún sincero amigo:
Y ese nombre es Peter Folgier.

Mis hermanos mayores trabajaron de aprendices en oficios diversos. A mí me mandó mi padre a un colegio a los ocho años, con la idea de que cursara estudios superiores y me entregara al servicio de Dios. Mi facilidad para leer (que debió ser temprana, pues no recuerdo cuándo no sabía leer), y la opinión de todos sus amigos de que yo sería un buen estudiante, le animaron en su propósito. Por su parte, mi tío Benjamin mostró también su aprobación, y me ofreció todos los sermones escritos en su peculiar taquigrafía, por si yo la quería aprender. No obstante, permanecí en el colegio durante bastante menos de un año, aunque en ese tiempo llegué a los primeros puestos de la clase y pasé a la inmediatamente superior, de la que iba a ser transferido al grado siguiente al final del curso. Pero mi padre, abrumado por una familia numerosa, se las veía y se las deseaba para pagar mi educación, considerando sobre todo (según le dijo a un amigo suyo en mi presencia) lo poco que los estudios superiores compensaban a los que los seguían. Así que abandonó sus intenciones sobre el colegio para meterme en una escuela elemental de escritura y aritmética, regentada por un personaje famoso: Mr. Geo. Brownell. Era un profesor muy diestro; tenía grandes éxitos en su profesión con sus métodos docentes, suaves y convincentes. Bajo su dirección aprendí buena caligrafía en seguida, si bien fallaba en cuestiones de aritmética, sin progresar casi nada en ella. Con diez años ayudaba a mi padre en su negocio de velas de alumbrar y jabonería, oficios que no aprendió de pequeño, sino que adoptó a su llegada a Nueva Inglaterra, al darse cuenta de que su oficio originario de tintorero no tenía porvenir como medio de subsistencia familiar. De esta suerte aprendí a cortar los pabilos de las velas, llenar los moldes de cera, atender la tienda, hacer recados, etc.

El tal oficio no me gustaba nada, y mi inclinación era en realidad ser marino, cosa en la que me encontraba con la oposición de mi padre. Al vivir a orillas del mar tenía, sin embargo, mucho contacto con ese mundo. Así fue como aprendí pronto a nadar bien y a gobernar embarcaciones. Cuando montaba en alguna barca, en compañía de otros chicos, solían dejarme llevar el timón, sobre todo cuando había dificultades. En general, yo era un poco su jefe en muchas ocasiones y aventuras, de las que mencionaré una, porque quizá sea un poco precursora de lo que después sería mi vida pública, aunque en aquella ocasión no anduve muy acertado.

Existían unas salinas, en torno al estanque del molino, junto al mar abierto, donde solíamos entretenernos en pescar pececillos. De tanto patearlo, habíamos llegado a hacer del lugar un verdadero cenagal. Mi idea era construir un pequeño muelle, para poder andar más cómodamente sobre él. Cerca de allí había un montón de piedras, con las que pensaban construir una casa, y yo les dije a mis camaradas que con ellas podíamos hacer el muro. Esperamos a que los obreros se fueran a sus casas por la noche, y un grupo de amigos y yo nos pusimos a trabajar con denuedo; trasladamos de lugar todas las piedras

amontonadas para construir la casa, y con ellas levantamos nuestro pequeño muelle. Al día siguiente, los obreros quedaron sorprendidos al observar que las piedras habían desaparecido; se indagó sobre los autores del hecho, nos descubrieron y dieron parte de nosotros a las familias, algunas de las cuales nos aplicaron el correspondiente escarmiento. Aunque yo procuré demostrar a mi padre lo útil que podía ser aquel muelle, él me convenció de que lo que no se hace honradamente no puede ser útil.

Supongo que te gustará saber qué tipo de persona era mi padre. Pues bien: era de mediana estatura y vigorosa constitución. Era mañoso, dibujaba bien y sabía algo de música. Tenía una voz sonora y agradable, de suerte que cuando cantaba salmos acompañándose con su violín como recuerdo que hacía alguna que otra noche, tras acabar su trabajo resultaba muy agradable oírle. Poseía ciertos conocimientos de mecánica y utilizaba con destreza herramientas de otros oficios. Pero lo más sobresaliente en él era su prudencia al juzgar temas de carácter público o privado. Es cierto que nunca se mezcló en asuntos públicos, atado siempre por las obligaciones que le imponían su numerosa familia y su oficio. Pero recuerdo que le visitaban con frecuencia personas influyentes para pedirle su parecer en asuntos de la ciudad o de la iglesia a la que él pertenecía, y en todas esas ocasiones demostraban ellos el respeto que sentían por sus prudentes consejos. También le consultaban mucho en asuntos personales, cuando surgían problemas, y era frecuente que designara un árbitro para dirimir los conflictos. Le gustaba sentar a su mesa a algún amigo o vecino sensatos, para conversar, cuidándose siempre de suscitar algún tema ingenioso o instructivo, para que la conversación resultara educativa para sus hijos. Así es como dirigía nuestro interés hacia lo justo, lo bueno y lo prudente en la vida, sin ocuparse mucho o nada de los manjares que se servían, o de si estaban bien o mal sazonados, si eran o no sabrosos, si eran peores o mejores que otros parecidos. Así que me educaron en un ambiente en el que se daba tan poca importancia a la comida, que luego me ha dado igual que me sirvieran un plato u otro. Tan poca atención he prestado a esas cosas que, incluso hoy en día, no recuerdo, a las pocas horas de una comida, qué manjares me han servido. Creo que esto me ha ayudado bastante en mis viajes, en comparación con mis compañeros, que a veces padecían a causa de sus más delicados gustos culinarios.

Mi madre tenía también una constitución física vigorosa. Amamantó a sus diez hijos, y no recuerdo que ni ella ni mi padre padecieran enfermedad alguna, excepto aquella de la que murieron, ella con ochenta y cinco años y él con ochenta y nueve. Les enterraron juntos en Boston, donde yo me encargué años después de colocar una lápida de mármol con la siguiente inscripción:

Aquí yacen

Josiah Franklin

y Abiah su esposa.

Vivieron amorosamente juntos en matrimonio durante cincuenta y cinco años.

No poseyeron tierras ni empleos lucrativos; sólo con su constante trabajo y tesón, y con la ayuda de Dios, mantuvieron una numerosa familia adecuadamente, y criaron trece hijos y siete nietos con todo decoro.

Con este ejemplo, si me lees, Siéntete animado a seguir tu vocación, y confía en la Providencia.

Él fue prudente y piadoso; Ella, discreta y virtuosa.

En reconocimiento de su amor filial, su hijo menor hizo colocar esta lápida.

J. F. Nacido en 1655. Muerto en 1744, a la edad de ochenta y nueve años.

A. F. Nacida en 1667. Muerta en 1752, a la edad de ochenta y cinco años.

Noto que me he hecho viejo, por todo lo que divago. Antes solía escribir con más método. Pero uno no se arregla para estar en confianza igual que para ir a un baile de sociedad: por eso debo pensar que se trata simplemente de negligencia.

Volviendo al tema de mi vida: seguí en el negocio de mi padre durante dos años, es decir, hasta que cumplí los doce años. Mi hermano John, que había sido criado expresamente para encargarse de ese negocio, se separó de mi padre y se casó, estableciéndose por su cuenta en Rhode Island. Todo parecía indicar que yo sería el continuador del negocio de velas de alumbrar, lo cual me desagradaba hasta tal punto que mi padre se dio cuenta de que, si no trabajaba en algo más de mi gusto, terminaría en el mar, cosa que mi hermano Josiah había hecho ya, con gran disgusto de nuestro progenitor. En consecuencia, empezó a llevarme con él a ver trabajar a los carpinteros, albañiles, torneros, broncistas, etc., para ver hacia dónde me inclinaba y tratar de darme un oficio que me permitiera ganarme la vida en tierra. Desde entonces me ha resultado siempre placentero ver cómo los buenos operarios

manejan sus herramientas, y, sin duda, me ha sido de utilidad todo lo que entonces aprendí, pues me ha permitido hacer algunos pequeños arreglos y trabajos en casa, cuando no encontrábamos al especialista correspondiente, así como construir pequeños aparatos para realizar los experimentos que se me ocurrían. Mi padre se decidió por fin por el oficio de cuchillero, confiándome a tal efecto a Samuel, hijo de mi tío Benjamin, que lo había aprendido en Londres y se había establecido en Boston. Pero la cantidad que exigía, a cambio de aceptarme como aprendiz, no le pareció bien a mi padre, que decidió llevarme con él de nuevo.

Desde la infancia me encantaba leer, y todos mis ahorrillos los gastaba en libros. Sobre todo me fascinaban los libros de viajes. Lo primero que compré fueron las obras de Bunyan en tomos sueltos. Más tarde los revendí, y, con lo que saqué, me compré las colecciones históricas de R. Burton, que eran pequeños volúmenes, en número de cuarenta o cincuenta. La pequeña biblioteca de mi padre se componía principalmente de libros de apologética religiosa, que yo leí en su mayor parte. A menudo he lamentado que en aquella época, en la que sentía tanta avidez por saber, no dispusiera de libros más idóneos, sobre todo una vez que se decidió no prepararme para la carrera eclesiástica. Entre aquellos libros figuraban las Vidas de Plutarco, que leí con fruición y que pienso que no me hicieron perder el tiempo. También había un libro de Defoe titulado *Essay on Projects* y otro del doctor Mather titulado *Essays to do Good*, que quizás influyeran en mi forma de actuar ante algunos de los más importantes acontecimientos de mi vida posterior.

Esta inclinación libresca mía indujo por fin a mi padre a darme el oficio de impresor, a pesar de tener ya un hijo (James) en esa profesión. En 1717 regresó mi hermano James de Inglaterra trayendo con él una prensa y los tipos de imprenta necesarios para iniciar un negocio de impresor en Boston. Ese oficio me atraía bastante más que el de mi padre, aunque seguía sintiendo una añoranza por el mar. Para prevenir los perniciosos efectos de tal inclinación, mi padre no veía el momento de verme de lleno vinculado como aprendiz en el negocio de mi hermano. Me resistí durante algún tiempo, pero terminé por dejarme persuadir y firmé el contrato de aprendizaje cuando no tenía más que doce años. Debía servir como aprendiz hasta los veintiún años y solamente recibiría jornal como oficial el último año. En breve espacio de tiempo aprendí mucho y empecé a ser una buena ayuda para mi hermano. Pude disponer de mejores libros. Mis relaciones con los aprendices de los libreros me permitieron tener libros prestados, que leía en seguida y devolvía con gran cuidado de no estropearlos. Frecuentemente me ponía a leer en mi cuarto casi toda la noche para devolver al día siguiente el libro, sin que lo echaran en falta.

Después de algún tiempo, un comerciante de libros llamado Mr. Matthew

Adams, hombre culto y prudente, poseedor de una hermosa colección de libros, que frecuentaba nuestra imprenta, se fijó en mí y me invitó amablemente a ver su biblioteca y a tomar prestados los libros que yo deseara leer. De aquella época viene mi gusto por la poesía; incluso llegué a hacer pequeñas composiciones. Mi hermano, pensando que quizá fuera provechoso, me animó a componer dos baladas. Una de ellas se titulaba La tragedia del faro sobre el naufragio del capitán Worthilake y de sus dos hijas; el otro se titulaba Canto de un marino cuando se apresó al famoso Teach, también conocido por «Barbanegra el Pirata». Eran unas composiciones horribles, de un estilo popular, y cuando se editaron mi hermano me mandó a venderlas por la ciudad. La primera se vendió sorprendentemente bien, quizá porque el hecho que relataba era de gran actualidad y había tenido gran resonancia. Tal éxito halagó mi vanidad, aunque mi padre se encargó de desanimarme ridiculizando mi publicación y diciéndome que los versificadores eran en general poco menos que mendigos. Así es como me libré de convertirme en poeta probablemente malo. Sin embargo, como escribir en prosa me ha sido de gran utilidad a lo largo de mi vida, y una de las principales causas de mi progreso, explicaré cómo en tal situación adquirí la escasa habilidad que puedo tener al respecto.

En la ciudad vivía otro muchacho muy dado a los libros, llamado John Collins, con el que llegué a tener una amistad íntima. Con frecuencia discutíamos porque la controversia nos gustaba y deseábamos enfrentarnos uno a otro con nuestros argumentos, cosa que, por cierto, puede convertirse en una mala costumbre y hacer a los que la tienen muy desagradables, porque siempre llevan la contraria. Además de servir para agriar cualquier conversación, dicho hábito da ocasión a disgustos y tal vez enemistades, en lugar de reforzar la amistad. Adquirí esta mala costumbre leyendo los libros de mi padre sobre polémicas religiosas. Las personas de buen juicio, según luego he podido apreciar, rara vez caen en el vicio de discutir salvo los abogados, los universitarios o los que se han criado en Edimburgo. En una ocasión surgió entre Collins y yo una disputa a propósito de si había que instruir a las mujeres y fomentar su capacidad para el estudio. Según él, ello no procedía, y además las mujeres no valían para el estudio. Yo sostenía la teoría opuesta, quizá por aquello de llevar la contraria. Collins se mostraba más elocuente y encontraba fácilmente las palabras adecuadas y tengo para mí que a veces me vencía más por su elocuencia que por la solidez de sus razonamientos. Como nos separamos sin haber llegado a un acuerdo, yo me puse a escribir mis razonamientos, hice una copia en limpio y se la envié a mi contrincante. Él contestó y yo volví a replicarle y así varias veces hasta que mi padre encontró por casualidad unas de aquellas cartas y las leyó. Sin entrar en el fondo de la cuestión, mi padre me comentó el estilo literario que yo empleaba, haciéndome notar la ventaja que yo tenía sobre mi antagonista en materia de

ortografía y sintaxis (que eran fruto de mi experiencia como impresor), pero subrayándome también que en elegancia de expresión, en método y en perspicacia, yo era inferior, y me convenció de ello señalándome varios pasajes de las cartas. Me di cuenta de lo atinado de sus opiniones y, en consecuencia, me apliqué a mejorar mi estilo.

Fue hacia esta época cuando cayó en mis manos un tomo del Spectator, el tercero para ser preciso. No había tenido la ocasión de leerlo, y cuando lo hice repetidas veces me pareció delicioso. Encontré su expresión excelente y deseé ser capaz de imitarla. En este empeño me fijé en algunos de sus ensayos, resumí en un papel, con poquísimas palabras, las ideas que se exponían en cada una de sus frases y lo guardé. Pasados unos días y sin consultar el original, intenté rehacer los ensayos de The Spectator a partir de mis resúmenes, completando éstos con cuantas palabras me parecían adecuadas para reconstruir su primitiva elegancia y amplitud. Luego cotejé mi trabajo con el original y corregí las faltas que había cometido. Me di cuenta de que me faltaba vocabulario o mayor presteza para recordar y utilizar las palabras idóneas. Pensé entonces que tal vez hubiera podido conseguir ambas cosas si hubiera seguido escribiendo versos, ya que el buscar palabras del mismo significado pero de longitud o sonido diferentes para encajarlas en el ritmo y en la rima correspondientes, me hubiera obligado a perseguir constantemente la variedad expresiva y a fijar en mi mente y dominar una gran multiplicidad de vocablos y giros. En consecuencia, tomé algunas de las narraciones del Spectator y las puse en verso para volverlas después a su prosa original, cuando había pasado tiempo y casi me había olvidado de ésta. Otras veces formaba un revoltijo con los resúmenes que había hecho y, transcurridas algunas semanas, procuraba restablecer el orden lógico que tenían en The Spectator, para luego proceder a reconstruir y completar las frases del ensayo original. Este método me valió mucho para la correcta ordenación de mis ideas, al proporcionarme la ocasión de comparar mi trabajo con el original y poder corregir mis fallos. En ocasiones incluso me hacía la ilusión de que había acertado a mejorarlo en algunos detalles de poca importancia, lo que me animaba a esperar que con el tiempo podría ser un buen escritor, cosa que ambicionaba sobremanera.

Dedicaba a estos ejercicios y a leer las horas de la noche, acabado mi trabajo, o las de la madrugada, antes de empezar, así como los domingos, en que procuraba refugiarme en la imprenta, evitando en lo posible la asistencia al culto colectivo, al que mi padre me obligaba a ir cuando vivía con él. Aunque seguía pensando que tenía la obligación de asistir a él, me parecía justificado el no ir por falta de tiempo.

Cumplidos los dieciséis años, tuve ocasión de dar con un libro escrito por un tal Tryon, en el que se recomendaba una dieta vegetariana y decidí

adoptarla. Mi hermano aún no se había casado y vivía de pensión, en compañía de sus aprendices, con una familia. El que yo me negara a comer carne causaba molestias y ello me valió no pocas críticas. Me familiaricé con algunas recetas del vegetariano Tryon, las de las patatas y el arroz cocidos, por ejemplo; las de los puddings rápidos y algunas otras, y terminé por decirle a mi hermano que si me daba la mitad de lo que pagaba a la semana por mi pensión, yo viviría por mi cuenta. Aceptó de buen grado y yo me encontré con que podía ahorrar la mitad de lo que me daba y comprar más libros. Aparte de ello, encontré en esto otra ventaja: al irse mi hermano y los demás a comer, yo podía quedarme solo en la imprenta, hacer mi frugal colación (que no consistía sino en una galleta o una rebanada de pan, unas pocas uvas pasas, un pastel y un vaso de agua), y dedicarme al estudio hasta que ellos volvieran. Aquella frugalidad contribuyó a que mis progresos en el saber fueran más rápidos, pues sabido es que la claridad de mente y la prontitud de asimilación intelectual son, por lo general, compañeras de la templanza en comer y beber. Ocurrió, por ejemplo, que alguien me puso en vergüenza por lo poco que yo sabía de cuentas, asignatura en la que, por cierto, me suspendieron dos veces cuando estaba en la escuela, y ante ello, me puse a estudiar la aritmética de Cocker y, sin ayuda de nadie, me la aprendí de cabo a rabo con gran facilidad. Leí también un libro de Seller y Sturny sobre navegación y me familiaricé algo con la geometría sin llegar a profundizar en esta ciencia. Leí también la obra de Locke *On Human Understanding* y *El arte de pensar*, de los filósofos de Port Royal.

Mientras continuaba con mi propósito de mejorar mi lenguaje, encontré un libro de lengua inglesa (creo que era de Greenwood, en el que se insertaban al final dos apéndices con los rudimentos del arte de la lógica y la retórica, el primero de los cuales concluía con un debate siguiendo el método socrático. Poco después leí los *Recuerdos memorables de Sócrates*, escritos por Jenofonte, donde se recogen numerosos ejemplos de dicho método. Me entusiasmó y decidí adoptarlo. Abandoné mi forma de argumentar obstinada y positivista y llena de seguridades y me transformé en un humilde buscador de la verdad. Tras leer a Shaftesbury y Collins, las dudas que ya tenía acerca de algunos aspectos doctrinales de nuestra religión se extendieron a otros campos y llegué a la conclusión de que este método era el más seguro para mí y que ponía en graves aprietos a aquellos contra quienes lo utilizaba. Así pues, me complacía en practicarlo de continuo, llegando a adquirir cierta maestría en obligar a gentes incluso de mayor talento que yo, a reconocer y admitir cosas cuyo alcance no sospechaban y a ponerlas en situaciones de las que no les resultaba fácil salir, con lo que me apunté triunfos que ni yo ni mis argumentos merecían siempre. Utilicé este método durante algunos años y lo abandoné después paulatinamente, conservando sólo un cierto hábito de expresarme con frases de modesta timidez, evitando utilizar, si preveía discusión, términos

demasiado categóricos tales como «ciertamente» o «indudablemente». Prefería expresarme con frases tales como «pienso o entiendo que tal cosa es así o de tal forma», o «me parece», o «en mi opinión», o «si no me equivoco». Tal costumbre, pienso, me ha ayudado mucho a inculcar a los demás mis propias opiniones o a persuadirlos a que adoptaran ideas o actitudes que en ocasiones me he dedicado a propagar.

Y puesto que los objetivos de la conversación consisten al fin y al cabo en informar o ser informado, en agradar o en persuadir, creo que los hombres sensatos y de recto juicio no deben mermar su capacidad de hacer el bien, adoptando una postura dogmática que suele disgustar a los interlocutores, crear oposición y contrariar los fines aludidos del don de la palabra. De hecho, si se trata de instruir a los demás, toda forma apriorística o contundente de manifestar lo que sentimos puede provocar oposición y poner en guardia a los demás contra nosotros. Si uno busca aprender y perfeccionarse con los conocimientos de los demás, es importante no aparecer uno mismo como anclado en prejuicios. Los hombres sensatos y modestos que no son partidarios de discutir no se sentirán animados a sacarnos de nuestros errores. Con esta disposición dogmática, rara vez se contenta al auditorio y menos aún se le persuade de que nos enseñe lo que sabe. Pope observa con acierto:

Los hombres deben ser enseñados sin notarlos
e instruirles en lo que ignoran como si
se tratara de cosas que han olvidado.

Pope recomienda asimismo:

Hablar, por muy seguro que se esté, con humildad.

Y podía haber completado esta frase con otra que utiliza, creo que con menos propiedad, en otro contexto:

«Pues la falta de modestia es falta de sentido.»

Si me pregunta por qué lo de la menor propiedad, les diré que los versos eran:

«Las palabras inmodestas no admiten defensa, pues la falta de modestia es falta de sentido.»

Pues bien: ¿no es la «falta de sentido» (si alguno es tan desafortunado de no poseerlo) cierta apología de su falta de modestia? Por ello pienso que la expresión correcta debería ser:

«Las palabras inmodestas sólo pueden disculparse teniendo en cuenta que la falta de inmodestia no es sino falta de sentido.»

Pero dejemos esto para gente más sabia que yo.

Mi hermano comenzó en el 1720 o 21 a imprimir un periódico. Era el segundo que aparecía en América y se llamaba The New England Courant. Antes se había imprimido el Boston Newsletter. Recuerdo cómo trataron de disuadirle algunos de sus amigos diciéndole que para América bastaba con un periódico. ¡Y pensar que ahora, en 1771, existen más de veinticinco! El persistió en el empeño y me empleó para que lo repartiera después de concluir la tarea de componerlo e imprimirlo. Contaba con amigos con ingenio que colaboraban con artículos y crónicas en aquel periódico que fue ganando prestigio y distribución. Aquéllos nos visitaban con frecuencia, y oyendo sus conversaciones acerca del éxito que obtenían sus artículos, me entraron grandes deseos de probar fortuna como periodista, pero como era todavía un muchacho y sospechaba que mi hermano no pasaría por publicar nada mío en su periódico si sabía que lo había escrito yo, decidí escribir en plan anónimo, desfigurando mi letra y metiendo el texto bajo la puerta del taller. Cuando lo encontró por la mañana lo comentó con sus amigos, y tuve la satisfacción de oír que les gustaba y de ver cómo lo atribuían a personas de reconocido talento. Ahora pienso que quizá lo único que me sucedió es que tuve suerte con mis jueces y que, a lo peor, no eran tan prominentes como yo pensaba. Animado por la prueba, no obstante, proseguí en mi intento, escribiendo otros textos que entregué del mismo modo, recibiendo nuevas críticas favorables y manteniendo el secreto hasta que mi escaso saber del oficio se agotó. Lo revelé todo cuando me di cuenta de que los amigos de mi hermano empezaban a tenerme en mayor estima. Con todo y con eso, la cosa no agradó del todo a mi hermano porque pensaba que contribuiría a hacerme demasiado vanidoso.

Quizá en esto residió la causa de las diferencias que surgieron entre nosotros por entonces. A pesar de ser hermanos, él se consideraba sobre todo el amo; y yo era el aprendiz, y quería que yo le prestase los mismos servicios que cualquier otro aprendiz que no estuviese ligado a él por lazos de familia. Pienso que en ocasiones me humilló mucho con cosas que yo no esperaba de un hermano. A menudo nuestro padre tenía que intervenir para arreglar nuestras diferencias, y sospecho que, por lo general, o yo tenía razón o superaba a mi hermano en la manera de defender mi causa, ya que, de ordinario, nuestro padre me daba la razón. Pero mi hermano era apasionado y a menudo llegaba a pegarme, cosa que yo llevaba francamente mal. Imagino que la aspereza y tiranía que caracterizaba su trato sirvieron para imbuirme de la aversión que he sentido toda mi vida por el poder arbitrario. Pensando en que mi aprendizaje empezaba a hacerse pesado, no dejaba de explorar cualquier oportunidad de abreviarlo, cosa que sucedió de la forma más inesperada.

En uno de los artículos políticos en nuestro periódico a propósito de algún tema público que fue olvidado, se ofendía a la Cámara Baja. Mi hermano fue detenido, recriminado y encarcelado durante un mes por orden del presidente

de la Cámara, probablemente porque no quiso revelar el autor del artículo. A mí me detuvieron también y me tomaron declaración ante el consejo. Mis respuestas no satisficieron al tribunal, pero éste se contentó con reprenderme dejándome en libertad, tal vez por considerar que mi obligación como aprendiz era no revelar los secretos de mi maestro. Durante el encarcelamiento de mi hermano, que a pesar de nuestras desavenencias sentí de veras, me hice cargo de la dirección del periódico y tuve el atrevimiento de criticar duramente a nuestros gobernantes. A mi hermano le pareció muy bien, pero a otros les empecé a parecer un joven genio con un gran talento libelista y satírico. La absolución de mi hermano fue acompañada de una resolución de la Cámara (bastante extraña, por cierto), según la cual «James Franklin no debía volver a editar el periódico titulado New England Courant». Tuvimos una reunión en nuestro taller con nuestras amistades y algunos propusieron eludir esta prohibición cambiando de nombre al periódico, pero mi hermano veía inconvenientes en ello, por lo que se decidió que lo mejor sería que en el futuro apareciera como director Benjamin Franklin; y para evitar que la Cámara legislativa tomara medidas contra él por considerar que iba a seguir publicando el periódico utilizando el nombre de su aprendiz, mi hermano se decidió a que mi contrato de aprendizaje me fuera devuelto con una dotación al dorso en la que se diera por terminado, por si había que presentarlo a la justicia. Para que mi hermano siguiera contando con mis servicios, yo tendría que firmar otros compromisos con él por el tiempo pendiente, en documento privado. A pesar de lo endeble del plan, se llevó adelante, con lo que durante algunos meses figuré como director del periódico. Pero surgieron nuevas diferencias entre mi hermano y yo, por lo que decidí independizarme, en la creencia de que nunca se atrevería a hacer valer sus documentos privados. Aunque reconozco que no estuvo bien por mi parte, me pareció disculpable ante la frecuencia con que mi hermano me maltrataba y golpeaba, a pesar de no ser hombre de mal fondo y de que, quizá, todo fuera culpa de mi carácter provocador y descarado.

Cuando se enteró de que le dejaba, se cuidó de que no pudiera encontrar empleo en otra imprenta de la ciudad, contándoles a todos los propietarios lo que había pasado, gestión que surtió los efectos apetecidos. Fue entonces cuando pensé en irme a Nueva York, que era el sitio más cercano donde existían entonces imprentas. Además, quería dejar Boston porque me había hecho odioso al partido que estaba en el gobierno y porque los procedimientos arbitrarios que la Asamblea había seguido en el asunto de mi hermano me auguraban nuevos problemas. Por otra parte, a causa de mis imprudentes polémicas religiosas, la gente de buenas costumbres empezaba a señalarme con el dedo, horrorizada, porque me consideraba una especie de ateo o infiel. Me decidí a dar el paso, pero mi padre estaba entonces de parte de mi hermano y yo me di cuenta de que si trataba de marcharme abiertamente, me lo

impedirían. Fue mi amigo Collins quien dispuso toda mi escapada. Habló con el capitán de una balandra que zarpaba para Nueva York; arregló mi pasaje presentándome como un joven conocido suyo que tenía un asunto galante con una joven poco recomendable cuyos padres pretendían casarle, por lo que yo no podía hacer pública mi personalidad. Vendí algunos de mis libros para reunir un poco de dinero embarqué discretamente. Salí del puerto con viento favorable y llegué a Nueva York a los tres días. Allí me encontré a trescientas millas de mi hogar con diecisiete años, sin la más mínima recomendación o conocimiento de persona o sitio alguno y con escaso dinero en mi bolsillo.

Si mi inclinación natural por el mar no se hubiera desvanecido por entonces, la experiencia habría sido de lo más agradable. Pero orientado hacia otra profesión y considerándome un buen trabajador, decidí presentarme al impresor del lugar, el viejo Mr. Wm. Bradford (que antes había sido el primer impresor de Pennsylvania, de donde había tenido que irse debido a ciertas disputas con el gobernador Geo. Keith). No pudo darme trabajo porque no tenía muchos encargos ni necesidad de operarios. No obstante, dijo: «Mi hijo que está en Filadelfia se ha quedado sin su principal ayudante, Aquila Rose, por fallecimiento; así que si va usted allí, quizás pueda emplearse con él.»

Filadelfia está a cien millas de distancia. Embarqué con rumbo a Amboy, dejando mi equipaje para que me fuera enviado por barco después. Crucé la bahía bajo una tormenta que hizo pedazos el velamen y a punto estuvo de mandarnos a pique lanzándonos contra Long Island. En la travesía, un holandés borracho que iba en el pasaje cayó al mar y cuando estaba a punto de ahogarse pude agarrarle por las melenas salvándole de la muerte. El chapuzón le serenó un poco y se fue a dormir, no sin antes darme un libro que llevaba en el bolsillo para que se lo secase. El libro resultó ser uno de mis favoritos, el *Pilgrim's Progress* de Bunyan, en una hermosa encadenación con cantos de metal y en lengua holandesa, de lo mejor que yo había visto. Después he sabido que esta obra estaba traducida a casi todos los idiomas de Europa y que con excepción, quizás, de la Biblia era la más leída. El honrado John, que yo sepa, es el primero que mezcla lo narrativo con el diálogo con un método literario de lo más sugestivo para el lector, que a veces se siente incluido en la acción y conservando con los personajes. Defoe lo imitó con éxito en su *Robinson Crusoe*, en *Moll Flanders* y alguna otra de sus obras, y Richardson hizo otro tanto en su *Pamela* y otros libros.

Al acercarnos a la isla vi que había un lugar donde no se podía desembarcar a causa de la rompiente y de lo pedregoso de la playa. Se echó el ancla y se tendió un cable a tierra. Se acercó gente de la costa que nos saludó. El viento, sin embargo, soplabá con tal violencia y la marea era tan fuerte que no podíamos entender lo que nos decían. Algunas personas se acercaron a la orilla del agua y nos acogieron con saludos, a los que correspondimos con los

nuestros, pero el ruido de la rompiente y del viento nos impedía oírnos. En la costa había varias canoas y les hicimos señas de que se acercaran a recogernos. O no nos comprendieron o pensaron que no les era posible, porque al poco tiempo se marcharon. Se estaba haciendo de noche y no quedaba más remedio que esperar con paciencia a que amainara el viento. El patrón y yo decidimos irnos a dormir si podíamos, retirándonos bajo cubierta para tendernos amontonados junto al holandés, que aún estaba mojado. El agua salpicaba la cubierta y goteaba sobre nosotros, con lo que acabamos todos casi tan empapados como él. Así transcurrió la noche sin que pudiéramos apenas descansar. Al día siguiente cesó el viento y nos las arreglamos para llegar a Amboy antes de anochecer. Llevábamos embarcados treinta horas sin alimentos y sin más bebida que una botella de ron infecto, ya que el agua por el que navegábamos era salada.

Al anochecer me encontraba febril y me acosté. Había leído en algún sitio que el agua fría era buena en estos casos, por lo que bebí en abundancia. Sudé mucho durante toda la noche y remitió mi fiebre. Por la mañana crucé con la barca que hacía el trasbordo y seguí mi viaje a pie, recorriendo cincuenta millas hasta llegar a Burlington, donde me habían dicho que encontraría un barco que me llevaría hasta Filadelfia.

Llovió copiosamente todo el día. Estaba empapado hasta los huesos y al mediodía me sentía bastante cansado. Me detuve en una mísera posada del camino y allí pasé la noche mientras empezaba a deplorar haberme marchado de casa. Tenía un aspecto tan lastimoso, que por las cosas que me preguntaban deduje que me tomaban por algún criado que andaba huido, llegando a temer que me denunciaran. No obstante, reanudé mi camino al día siguiente y por la tarde llegué a otra posada a unas ocho o diez millas de Burlington, regentada por un tal doctor Brown.

Entró en conversación conmigo mientras yo tomaba un refrigerio y al apercebirse de que yo había leído algo, se mostró más amable y sociable. Hicimos una amistad que perduró después toda la vida. Pienso que había sido médico ambulante porque no había ciudad inglesa o de otro país europeo de la que no fuese capaz de dar pelos y señales. Era hombre algo instruido y tenía ingenio, pero era un impío que había tenido la humorada de poner la Biblia en coplas de ciego, como hiciera Cotton con Virgilio. De esta manera aparecían algunos de los pasajes bíblicos con un aire tan ridículo, que de haberse publicado, que no lo fueron, podrían haber escandalizado a algunas mentes. Pasé la noche en su casa y a la mañana siguiente llegué a Burlington, si bien hube de pasar nuevas penalidades al encontrarme con que los barcos de servicio regular habían salido ya y que no había ninguno más hasta el martes (aquel día era sábado). Me dirigí, por tanto, a una vieja que me acababa de vender pan de jengibre y le pedí consejo. Ella se prestó a alojarme en su casa

hasta que pudiera proseguir mi viaje. Cansado como me encontraba de tan largo viaje a pie acepté su invitación. Al enterarse de que era impresor expresó sus deseos de que permaneciera en el pueblo y ejerciera mi oficio, ignorando sin duda lo costoso del equipo y los gastos que ello entrañaba. Se mostró muy acogedora; me dio de cenar morro de buey y me dispensó todo género de amabilidades, aceptando a cambio una jarra de cerveza. Y allí esperé dispuesto a que llegara el martes. Pero sucedió que en uno de mis paseos por la orilla del río vi que llegaba una embarcación que, según averigüé, se dirigía a Filadelfia con algunos pasajeros. Me aceptaron a bordo y como no había viento tuvimos que remar todo el camino. Hacia medianoche todavía no habíamos avistado la ciudad, por lo que algunos creyeron que la habíamos dejado atrás y que no debíamos remar más. Los demás no sabían dónde nos encontrábamos, por lo que pusimos proa a la costa, yendo a parar a una ensenada y desembarcando junto a una vieja empalizada, con cuyos maderos hicimos una fogata para defendernos del frío de aquella noche de octubre hasta que llegara el día. Uno del grupo reconoció el lugar como «la ensenada de Cooper», situado un poco al norte de Filadelfia, que, efectivamente, pudimos ver al salir de la ensenada. Llegamos a la ciudad entre las ocho y las nueve de la mañana del domingo, desembarcando en el muelle de Market Street.

Me he extendido con detalles al describir este episodio y seguiré haciéndolo al hablar de mi primera aparición en la ciudad, con el propósito de que puedas comparar estos principios con el papel que luego llegué a tener en Filadelfia. Iba vestido con mi ropa de trabajo, ya que mis trajes mejores habían quedado en mi baúl en Nueva York y me iban a ser enviados por barco. Estaba sucio del viaje y mis bolsillos rebosantes de camisas y medias sucias. Allí no conocía ni a un alma ni tenía idea de dónde alojarme. Estaba agotado de tanto andar, remar y no dormir, me encontraba hambriento y no tenía más fortuna que un dólar holandés y un chelín de cobre que tuve que dar al barquero por el pasaje y que él rechazó al principio, argumentando que yo también había tenido que remar.

A veces cuando no se tiene dinero se es más generoso que cuando nos sobra, tal vez para que no se den cuenta de que no lo tenemos. Caminé calle arriba atisbando los alrededores de Market Street y allí encontré a un muchacho con pan. El pan había sido ya mi único alimento en otras ocasiones, y le pregunté dónde podía comprar. Siguiendo sus indicaciones, me encaminé a la panadería que me dijo y pedí un bollo de los que compraba en Boston. Pero en Filadelfia no los hacían; pedí entonces un pan de tres peniques y me contestaron que no tenían. Al no estar enterado de los precios, o las denominaciones de las diferentes clases de pan, opté por darle al panadero tres peniques para que me los diera de lo que quisiera, y para mi gran sorpresa me entregó tres hermosas barras de pan. A pesar de la cantidad, las cogí, y no teniendo sitio en los bolsillos, me dispuse a comerme una de ellas mientras

sostenía las otras dos, una bajo cada brazo. Así fui subiendo Market Street hasta llegar a Fourth Street, pasando ante la casa de Mr. Read, que andando el tiempo sería mi suegro. Allí estaba mi futura esposa mirando desde la puerta mi grotesco aspecto. Luego bajé por Chestnut Street y parte de Walnut Street, siempre comiendo mis panes; di una vuelta y terminé de nuevo en el muelle de Market Street, cerca del barco en el que había llegado, al cual me dirigí para echar un trago de agua en el río. Como me había llenado con una de las barras de pan, le di las otras dos a una mujer con un niño que también había llegado por barco con nosotros y que estaba esperando para continuar viaje. Una vez refrescado, remonté de nuevo la calle donde se veía ya más gente y mejor vestida y que se encaminaba hacia el mismo sitio. Decidí seguir la corriente y terminé en un local donde se celebraba una reunión de cuáqueros junto al mercado. Me senté entre ellos y tras echar un vistazo a mi alrededor, como nadie decía nada interesante y yo estaba amodorrado del cansancio, me quedé dormido hasta que acabó la asamblea y alguien tuvo la amabilidad de despertarme. Esa fue la primera vez que dormí bajo techado en Filadelfia.

Luego volví a bajar hacia el río mirando a los viandantes y me crucé con un joven cuáquero cuyo aspecto me agradó. Le abordé y le pregunté dónde podría alojarse un forastero, y como estábamos cerca de una posada con el letrero de «Los tres marineros», me dijo: «Aquí dan alojamiento a forasteros, aunque no es un sitio muy recomendable; si quiere le acompaño hasta otro mejor.» Así me llevó hasta el «Crooked Billet», en Water Street, donde comí. Mientras comía me hicieron un conjunto de preguntas aviesas, sin duda por mi aspecto, que era el de un joven que se había fugado de casa. Al terminar de comer me sentí somnoliento y cuando me indicaron mi cama me quedé dormido sin desnudarme siquiera, despertándome a las seis de la tarde, en que me avisaron para cenar. Me vestí y aseé lo mejor posible y me dirigí a visitar a Andrew Bradford, el de la imprenta. En su almacén encontré a su anciano padre, al que había conocido en Nueva York y que había viajado desde allí a caballo, llegando antes que yo. Me presentó a su hijo, que me acogió con cortesía y me dio de comer, pero me dijo que de momento no necesitaba ayuda, pues había contratado a un operario hacía poco. Había, sin embargo, otro impresor en la ciudad recién establecido, cuyo nombre era Keimer, y me indicó que tal vez necesitara a alguien. En caso negativo, dijo, podía volver a alojarme en su casa y me daría algún trabajillo eventual hasta que surgiera otro mejor.

El anciano se prestó a acompañarme a visitar al nuevo impresor y al llegar le dijo: «vecino, he aquí un joven de su profesión que quizá le convenga». Me hizo una serie de preguntas, me dio una caja de componer para ver cómo me desenvolvía y me comunicó que podría darme empleo en breve, aunque de momento no le fuera posible. Creyendo que el viejo Bradford al que era la primera vez que veía le miraba con buenos ojos, se enfrascó en una

conversación con él acerca de sus planes profesionales. Bradford, sin revelar que era el padre del otro impresor, al decir Keimer que tenía el propósito de hacerse con la mayor parte del negocio de imprenta del lugar, le fue sacando con arteras preguntas quién le apoyaba, cuáles eran sus planes y cómo pensaba ponerlos en práctica. Yo escuchaba callado, pero me di cuenta de que uno de ellos era un intrigante, que estaba cerca de lo más taimado y el otro un infeliz total. Bradford me dejó con Keimer, que se mostró extremadamente sorprendido cuando le revelé la personalidad del viejo.

La imprenta de Keimer, según pude ver, consistía en una vieja y destartada prensa y en un pequeño y desgastado cajetín de tipos ingleses que en aquel momento estaba utilizando en componer una elegía a Aquila Rose, ingenioso joven al que ya me he referido, que era una figura simpática y querida en la ciudad y a la vez Secretario de la asamblea, aparte de aceptable poeta. Keimer también hacía versos pero bastante malos. No podía decirse que los escribiera porque los iba componiendo con los tipos según se le ocurría, y como no tenía copia y la elegía necesitaba todos los tipos, nadie podía ayudarle. Yo me esforcé por reparar su prensa (que aún no había sido utilizada y que además él no conocía muy bien), y le prometí que volvería para imprimir su elegía tan pronto como la terminase. Volví a casa de Bradford, que me hizo algunos encargos y me alojó y me alimentó. Días después me mandó aviso Keimer para que le imprimiera su elegía. Entonces ya disponía de otro par de cajas y tenía un prospecto para reimprimir en el que me encargó trabajar.

Ambos impresores me parecieron de lo menos calificados profesionalmente. Bradford era bastante analfabeto y no había recibido la adecuada preparación, y Keimer, aunque tenía estudios, era sólo un cajista y no sabía nada de prensas. Pertenecía a la secta de los «profetas franceses» y participaba en sus reuniones. Entonces no tenía creencias religiosas especiales, y según pude descubrir después, era bastante ignorante y al propio tiempo bastante chapucero al componer. No le gustó que me alojara con Bradford estando a su servicio. Poseía una casa, pero no estaba amueblada, por lo que no podía darme alojamiento. Sin embargo, me lo encontró en casa de Mr. Read, a quien ya he mencionado, y que era el propietario de su casa. Como para entonces ya había llegado el baúl con mis cosas me presenté ante la señorita Read con mejor aspecto que cuando me vio por primera vez comiendo la barra de pan por las calles.

Empecé a tener conocidos entre los jóvenes de la ciudad amantes de la lectura, con los que pasaba las noches agradablemente ahorrando dinero, dado mi natural sobrio e industrial. Vivía feliz, procurando olvidarme lo más posible de Boston, sin ninguna gana de que nadie supiera dónde paraba, excepto mi amigo Collins, que estaba en el secreto y con el que me escribía.

Pero sucedió algo que me obligó a regresar antes de lo que me proponía.

Yo tenía un cuñado llamado Robert Holmes, capitán de una goleta, que transportaba mercancías de Boston a Delaware y viceversa. Estando en New Castle, a cuarenta millas de Filadelfia, supo de mí y me envió una carta donde me hablaba de la preocupación de mis familiares y amigos de Boston por mi brusca desaparición; hablaba de su buena voluntad hacia mí y de que todo se haría conforme mi deseo si volvía, a lo que me animaba con el mayor encarecimiento. Le contesté agradeciendo sus deseos, pero especificando mis razones para salir de Boston con tanta brillantez, que quedó convencido de que no había obrado tan mal como él había creído.

Sir William Keith, gobernador de la provincia, estaba entonces en New Castle, y el capitán Holmes, que casualmente estaba con él al recibir mi carta, le habló de mí y le enseñó la misiva. La leyó el gobernador y pareció sorprenderse al saber mi edad. Dijo que parecía un joven bien dotado y que merecía que me ayudasen. Los impresores de Filadelfia eran bastante ruines y, en su opinión, si yo me establecía allí lograría prosperar. Por su parte estaba dispuesto a darme trabajo y ayudarme en lo que pudiese. Todo esto lo supe después por mi cuñado en Boston, pero no entonces. Cierta día, estando trabajando junto a la ventana, Keimer y yo vimos al gobernador y a otro caballero (que resultó ser el coronel French, de New Castle), muy atildados, que cruzaban juntos la calle dirigiéndose hacia nuestra imprenta. Se les oyó en la puerta y Keimer bajó deprisa pensando que era a él a quien iban a visitar. El gobernador preguntó por mí, subió las escaleras y con una educación y deferencia a las que yo no estaba acostumbrado, me llenó de cumplidos y mostró sus deseos de conocerme, regañándome amablemente por no haber hecho nada por verle al principio de llegar. Después me instó a ir con él y el coronel a una taberna cercana a tomar un trago de excelente vino de Madeira, ante el asombro de Keimer y el mío. Accedí a la invitación y nos dirigimos a la esquina de la Calle Tres (Third Street) y ante un vaso de Madeira me propuso que me estableciera como impresor. Habló de las posibilidades de éxito, y tanto él como el coronel French me aseguraron que podía contar con su influencia para obtener trabajo del gobierno. Al hablarme de mis dudas cerca del apoyo que pudiera recibir de mi padre, Sir William dijo que me daría una carta para él, exponiendo las ventajas de la opción y disipando cualquier duda sobre su apoyo. En ese entendimiento se decidió mi regreso a Boston en el primer buque, provisto de la carta del gobernador. Entretanto este plan habría de guardarse en secreto, por lo que seguí trabajando para Keimer como si tal cosa. De vez en cuando el gobernador me invitaba a cenar, cosa que me honraba, sobre todo por el tono afable y la familiaridad con que me dispensaba su trato.

Hacia finales de abril de 1724 salió un barco para Boston y me despedí de

Keimer diciendo que iba a visitar a unas amistades. El gobernador me dio una extensa carta, poniéndome por las nubes, dirigida a padre y recomendando muy insistentemente que me dejara establecerme en Filadelfia porque ello sería mi fortuna. Al salir de la bahía tocamos un bajo y se abrió una vía de agua, con lo que tuvimos una travesía horrible, pasándonos el viaje dándole a las bombas. Llegamos, no obstante, sin novedad a Boston en quince días aproximadamente. Como había estado ausente siete meses y mis amigos no sabían nada de mí al no haber regresado todavía mi cuñado, que no había dado tampoco noticias mías, mi reaparición inesperada causó sorpresa a la familia. Se alegraron, desde luego, de volverme a ver y me hicieron un gran recibimiento, excepción hecha de mi hermano. Fui a visitarle a la imprenta y me presenté mejor vestido de lo que solía cuando estaba a su servicio. Con un terno nuevo muy elegante, con reloj y con casi cinco libras esterlinas en plata en los bolsillos. No me acogió nada bien; me miró de arriba abajo y se reintegró a su trabajo. Los oficiales de la imprenta mostraron una gran curiosidad por mis andanzas y por el lugar donde había estado. Hice muchas alabanzas de él y de mi existencia feliz allí, y manifesté mi decidida intención de regresar. Al preguntarme uno de ellos sobre la clase de moneda utilizada en aquel lugar, saqué un puñado de monedas de plata, cosa que les extrañó por no estar acostumbrados a ver más que billetes, que era lo normal en Boston. Les enseñé mi reloj y finalmente les di una moneda de ocho peniques para que echaran un trago a mi salud y me despedí, siempre ante la actitud hosca de mi hermano, al parecer muy ofendido por mi visita. Cuando mi madre le pidió, poco después, que nos reconciliáramos porque deseaba volvernos a ver en buenas relaciones y ayudándonos como hermanos, él dijo que yo le había insultado ante sus empleados, cosa en la que estaba equivocado, y que jamás podría olvidarlo.

Mi padre recibió con sorpresa la carta del gobernador, aunque nada me dijo de ella durante algunos días. El capitán Homes regresó y mi padre le enseñó la carta, al tiempo que le preguntaba si conocía a Keith y qué clase de persona era, toda vez que no le parecía muy sensato por su parte animar a establecerse a un muchacho al que aún le faltaban tres años para llegar a la mayoría de edad. Por su parte, Homes se mostró favorable a la idea. Mi padre, en cambio, se opuso totalmente a ella, negándose en absoluto a dar su aprobación. Escribió una carta muy atenta a Sir William agradeciéndole el interés y el apoyo que me había prestado, pero expresando su decisión de no ayudarme a establecerme, por encontrar que yo era demasiado joven para emprender un negocio tan importante, que exigiría además abundantes gastos.

Mi antiguo camarada Collins, que era empleado de correos, escuchó complacido lo que le conté de mi nuevo lugar de residencia y mostró deseos de trasladarse allí también. Mientras yo esperaba la decisión de mi padre, Collins partió por tierra hacia Rhode Island antes que yo, dejando su hermosa

colección de libros de matemáticas y filosofía para que fueran enviados con los míos a Nueva York, donde esperaba mi llegada.

Mi padre, si bien se opuso a la propuesta de Sir William, no ocultó su satisfacción por los elogios que hacía de mí en su carta una persona que era tan importante en el lugar en que yo había residido y por la diligencia y prudencia con que yo habría vivido para equiparme tan bien en tan poco tiempo. Por consiguiente, al no vislumbrar ninguna posibilidad de que mi hermano y yo nos arregláramos, dio su consentimiento para que volviera a Filadelfia, aconsejándome que me condujese con toda corrección con las personas que tratase allí, que intentase granjearme la estima de todos, evitando complicarme la vida con sátiras y libelos a los que tan inclinado me creía, y diciéndome que con constancia y prudente frugalidad podría ahorrar lo suficiente para establecerme cuando tuviera veintiún años y que si me faltaba algo entonces para hacerlo, él me ayudaría con el resto. Esto es todo lo que obtuve de él, además de algunos pequeños obsequios que en prueba de afecto y cariño él y mi madre me dieron. Embarqué de nuevo para Nueva York, esta vez con su consentimiento y bendiciones. En Newport, Rhode Island, donde se detuvo la goleta, vi a mi hermano John, que se había casado y llevaba varios años establecido allí. Me recibió con cariño, pues siempre me había querido. Un amigo suyo llamado Vernon, al que le debían algún dinero en Pennsylvania, unas treinta y cinco libras aproximadamente, me encargó que las cobrara y las guardara hasta que él me dijese en qué tenía que emplearlas. Me dio al efecto una autorización por escrito. Este encargo me causaría más tarde una serie de preocupaciones.

En Newport subieron a bordo bastantes pasajeros, entre los que figuraban dos jovencitas que viajaban juntas y una matrona de aire serio y como de cuáquera acompañada de sus criadas. Yo me mostré cortés y obsequioso con ella, teniendo detalles que al parecer la dispusieron favorablemente hacia mí. Al ver, en efecto, cómo iba cobrando mayor amistad con las dos jóvenes que no parecían desdeñarme, procuró verme a solas y me dijo: «oye, joven, quiero protegerte porque veo que no tienes amigos y no parece saber mucho del mundo y de sus acechanzas; esas jóvenes no te convienen y no es difícil advertirlo por cómo se comportan, y si no tienes cuidado pueden acarrearle peligros; no las conoces, y por tu bien te prevengo de que no entables amistad con ellas». Como al principio yo no estaba muy de acuerdo con semejante juicio, insistió hablándome de cosas que había oído y de algunos detalles que había observado en ellas y que a mí me habían pasado desapercibidos y acabó convenciéndome de que llevaba razón. Le agradecí su amable consejo, prometiendo seguirlo. Cuando llegamos a Nueva York, ellas me dieron su dirección para que fuera a visitarlas, pero yo no lo hice, en lo que estuve muy acertado, ya que al día siguiente el capitán echó de menos una cuchara de plata y otros objetos que faltaron en su camarote, y conocedor de que las damiselas

eran un par de ramerías, obtuvo una orden judicial de registro de sus casas, donde se encontró lo robado, y además sufrieron el castigo consiguiente por su hurto. Yo pensé que haber escapado de las posibles complicaciones de este hecho había representado mayor suerte que no haber chocado con una roca que nos rozó la quilla durante la travesía.

En Nueva York me reuní con mi amigo Collins, que había llegado antes. Teníamos una amistad íntima desde pequeños y habíamos leído los mismos libros juntos, aunque él tenía sobre mí la ventaja de disponer de más tiempo libre para leer y estudiar y, además, de estar bien dotado para las matemáticas, en las que me había aventajado mucho. Durante la vida en Boston, la mayor parte de mi tiempo de asueto lo gastaba en charlas con él. Siempre había sido un chico sobrio y trabajador, al que respetaban por su saber tanto los caballeros como los clérigos que le trataban y que prometía ser en la vida un hombre de futuro. Pero durante mi ausencia había adquirido la costumbre de darse al brandy, y por lo que él y otros me dijeron, desde que había llegado se había emborrachado todos los días haciendo las cosas más extravagantes. También había frecuentado el juego y perdido el dinero que tenía, por lo que me vi obligado a pagar su alojamiento y los gastos del viaje a Filadelfia y a mantenerle allí, cosa que me resultó bastante onerosa. El entonces gobernador de Nueva York, Borne, que era hijo del obispo del mismo nombre, al enterarse por el capitán de que un joven pasajero contaba con una buena colección de libros, dio muestras de desear conocerme. Esperé que me invitase y con gusto hubiera llevado conmigo a Collins, de no haber estado bebido. Me recibió con gran cortesía. Me mostró su biblioteca, que era magnífica, y charlamos largo y tendido sobre libros y autores. Era la segunda vez que un gobernador me dispensaba el honor de invitarme, lo que para un pobre muchacho como yo resultaba de lo más halagador.

Seguimos viaje a Filadelfia y gracias a que entretanto recuperé el dinero que le debían a Vernon, pude pagar los gastos. Collins quería colocarse en una oficina, pero al apercibirse de su aliento y ver su forma de conducirse, le rechazaban, a pesar de las recomendaciones que llevaba, por lo que continuó alojado y viviendo conmigo a mi costa. Sabiendo que yo tenía el dinero de Vernon, no cesaba de pedirme préstamos prometiendo siempre devolvérmelos tan pronto como ganase algo. Le había prestado ya tanto que no veía fácil devolver toda la cantidad a Vernon si me la reclamaba. Collins seguía bebiendo y dando con ello ocasión a que disputáramos, pues cuando estaba un poco borracho le daba por ponerse malhumorado y quisquilloso. En cierta ocasión en que navegábamos por el río Delaware con otros muchachos, se negó a remar cuando le tocaba.

«Vosotros remaréis por mí a la vuelta», dijo, a lo que yo le respondí que no pensábamos hacerlo. Insistió él diciendo que si no, estaba dispuesto a que nos

pasáramos la noche embarcados. Los demás dijeron que ellos remarían y que les daba igual. Pero yo estaba cansado de su comportamiento y manifesté que no remaría por él. Entonces Collins empezó a jurar y a decir que me haría remar por él o que, si no, me arrojaría por la borda, abalanzándose contra mí a grandes zancadas sobre los bancos de la embarcación y lanzándome un golpe. Yo le golpeé a mi vez y le lancé de cabeza al río. Sabía que nadaba bien, por lo que no me preocupó la cosa, pero antes de que pudiera dar la vuelta y agarrarse al bote, dimos unas remadas para alejarnos de él, y cada vez que se acercaba le preguntábamos si estaba dispuesto a remar, a lo que siempre contestaba que no, y nosotros volvíamos a alejarnos, pero al darnos cuenta de que estaba agotándose, lo izamos a bordo finalmente y empapado y chorreando lo llevamos a casa, cuando ya era casi de noche. Después de este episodio apenas cruzamos una palabra de cortesía. Al cabo del tiempo un capitán de barco de la línea de las Indias Occidentales que andaba buscando un preceptor para los hijos de cierto caballero que vivía en Barbados, trabó conocimiento con él y le propuso que aceptase el empleo. Así lo hizo y se fue prometiendo devolverme lo que me debía con lo primero que ganase, cosa que no sucedió, pues nunca volví a saber de él.

El abuso de confianza con un dinero que no me pertenecía fue uno de los primeros grandes errores mi vida y vino a demostrarme que, después de todo, mi padre no andaba descaminado al suponer que tenía poca edad para administrar y dirigir un negocio importante. Sir William, al leer la carta de mi padre, dijo que era demasiado prudente, que la discreción y el buen juicio no eran cosas que sólo daba la edad, que la juventud no siempre carecía de ellas, y que variaban mucho según las personas, añadiendo que si mi padre no me ayudaba a establecerme, lo haría él. Me pidió que le facilitara una lista de lo que necesitaba que me enviaran de Inglaterra, para hacer que lo trajeran, añadiendo que le pagase cuando buenamente pudiera, porque estaba decidido a contar en su ciudad con un buen impresor y estaba seguro de que yo iba a serlo. Me lo dijo en un tono aparentemente cordial, de modo que en ningún momento dudé de su veracidad. Hasta aquel momento yo había guardado en secreto el proyecto de establecerme en Filadelfia, lo que impidió que algún amigo que le conociera mejor pudiera haberme advertido de lo fácilmente que hacía promesas y de lo poco que luego se ocupaba de cumplirlas, cosa de la que me enteré después. Pero como me ofrecía favores sin que se lo pidiera, ¿cómo iba a dudar de que sus ofrecimientos eran sinceros? Para mí era uno de los hombres más buenos del mundo.

Le di la lista que me pidió con el equipo que necesitaría para una pequeña imprenta y cuyo costo ascendería, según mis cálculos, a unas 100 libras esterlinas. Le pareció bien, pero me preguntó si no sería más conveniente que yo fuera a Inglaterra para encargarme del material y revisarlo personalmente allí. De esa forma, sugirió, tendrías la oportunidad de hacer conocimientos y

establecer relaciones con librereros y papeleros de allí que podrían resultar interesantes. Contesté que estaba de acuerdo. Entonces, dijo, disponte a partir en el Annis, que es el único que va anualmente a Londres desde Filadelfia. Como faltaban meses para ello, continué trabajando con Keimer, siempre atormentado por el dinero que había prestado a Collins y que de un momento a otro podría reclamarme Vernon, lo que afortunadamente no fue verdad, ya que tardó años en pedírmelo.

Creo que se me ha olvidado relatar que durante mi primer viaje de Boston a Filadelfia, durante una calma frente a Block Island, la tripulación se dedicó a la pesca del bacalao, capturando bastantes. Hasta aquel momento yo había mantenido mi resolución de no tomar ningún alimento animal. También en aquella ocasión pensé, de acuerdo con las enseñanzas de mi maestro Tryon, que tomar pescado era algo así como un crimen, ya que los peces nada nos habían hecho ni nos harían que justificara aquella matanza. Aunque la cosa parecía razonable, lo cierto es que con anterioridad a mí me encantaba el pescado, y los que allí pescaron salían de la sartén con un olor que estimulaba el apetito. Sopesé mis inclinaciones y mis principios, y al ver que de los estómagos de los bacalaos salían otros pececillos, encontré la fórmula salvadora y la justificación para, a mi vez, convertirme en devorador de pescado. Actitud que he mantenido, excepto en ciertos períodos en los que volvía a mi dieta estrictamente vegetariana. Una de las ventajas de ser animal racional es poder encontrar siempre una buena razón para hacer lo que nos parezca.

Keimer y yo nos llevábamos bastante bien, al no sospechar él nada de mis proyectos de establecerme por mi cuenta. Conservaba buena parte de su antiguo entusiasmo por discutir, y nuestras polémicas menudeaban. Con él solía emplear el método socrático, atrapándole en sus mallas mediante preguntas aparentemente lejanas a los temas de nuestra conversación, para luego, gradualmente, colocarle ante contradicciones y dificultades que, de rechazo, me dieran la razón. Le puse en aprietos tantas veces que adoptó una postura de ridícula cautela, y nunca contestaba a ninguna de mis preguntas, por inocentes que fueran, sin preguntarme primero: «¿a dónde pretendes llegar con eso?». De todos modos, mi método le daba tan gran idea de mi habilidad dialéctica, que llegó a proponerme seriamente asociarme con él para un proyecto suyo consistente en fundar una nueva secta. Él se dedicaría a predicar sus doctrinas y yo a rebatir a nuestros antagonistas. Al explicarme sus doctrinas advertí en ellas algunas ideas discutibles y personales, a las que me opuse a menos que yo pudiera introducir algunas de las mías. Keimer gastaba larga barba, porque la ley mosaica dice en algún pasaje «no deberás desfigurar las puntas de tu barba». Como era estricto practicante, este extremo y la observancia del día de descanso semanal le parecían fundamentales. A mí no me gustaba ninguno de los dos, pero los acepté a cambio de que él adoptara mi

norma vegetariana. Decía que su naturaleza no iba a soportarlo. Yo le decía que sí, que le vendría bien para la salud, y como era muy glotón, me divertía hacerle pasar hambre. Consintió en probar si yo le acompañaba, cosa que hice, perseverando los dos durante tres meses. Nuestras viandas las compraba, cocinaba y servía una mujer de la vecindad a la que yo había dado una lista de cuarenta platos que debía prepararnos alternándolos y entre los cuales no figuraba ni el pescado ni carne ni caza. Este capricho me iba bien por entonces, sobre todo por lo barato que resultaba, ya que por dieciocho peniques semanales por cabeza hacíamos el gasto. Desde aquella época he pasado algunos períodos de abstinencia estrictas que he alternado de forma brusca con la comida normal sin que me produjera el mínimo trastorno, de lo que deduzco que no está muy justificada la conocida creencia de que esos cambios hay que hacerlos gradualmente. Keimer se sintió más afectado que yo y terminó por cansarse, añorando los guisados de carne y encargando un cerdo asado. Me invitó con dos amigas nuestras a cenar, pero como le sirvieron antes de que llegásemos nosotros, no pudo resistir la tentación y se comió todo.

En esta época yo había cortejado algo a la señorita Read, a la que profesaba un gran afecto y respeto, sentimientos que pensaba se daban también en ella respecto de mí. Sin embargo, estando a punto de emprender un largo viaje y siendo los dos tan jóvenes, apenas cumplidos los dieciocho años, su madre pensó que lo más prudente era no llevar las cosas muy lejos, ya que si habíamos de casarnos lo más sensato era hacerlo a mi regreso, cuando ya me hubiese establecido como yo deseaba. Supongo que también pensó que mis planes no eran tan realistas como yo imaginaba.

Mis principales amigos en aquella época eran Charles Osborne, Joseph Watson y James Ralph, todos aficionados a la lectura. Los dos primeros estaban empleados con un eminente transportista de la ciudad llamado Charles Bogden; el tercero trabajaba como oficinista con un comerciante. Watson era piadoso, sensato y de gran integridad moral. Los otros eran más tibios en cuestiones religiosas, especialmente Ralph, que lo mismo que Collins, fueron muy influidos por mi trato, por lo que terminaron haciéndome sufrir. Osborne era sensato, ingenuo y franco; era sincero y afectivo con sus amigos, aunque en cuestiones literarias propendía a la crítica. Ralph era ingenioso y amable en su trato, aparte de muy elocuente. Nunca he conocido conversador mejor. A ambos les gustaba la poesía y hacían algunos ensayos con pequeñas composiciones. Los domingos dábamos agradables paseos los cuatro por los bosques de las orillas del Schnylkill y allí nos leíamos nuestros trabajos y los comentábamos. Ralph se concentraba casi por entero en la poesía, seguro de sus dotes y de que haría su fortuna como poeta. Estimaba que los grandes poetas cuando empezaron a escribir cometían tantos errores como él. Osborne trató de disuadirle diciéndole que carecía de talento poético y le aconsejó que se atuviera sólo a su profesión, que era para lo que le habían educado.

Puntualizó que aunque no poseyera capital propio, con diligencia y cuidado podría prosperar en el comercio, llegando a establecerse por cuenta propia. Por mi parte, yo estaba de acuerdo con que escribir poesía era entretenido, pero sólo circunstancialmente y como medio de enriquecer nuestro lenguaje, pero sin ir más lejos. En estos dimes y diretes resolvimos que en la próxima reunión cada uno de nosotros aportaría una composición propia para someterla a la crítica de los demás. Como de lo que se trataba era acerca de un tema de idioma y expresión, excluimos de antemano cualquier consideración a la propia inventiva, ciñéndonos a un tema común que fue el Salmo dieciocho sobre la venida al mundo de Dios. Cuando iba a transcurrir el período previo a la sesión, Ralph me llamó y me dijo que su composición estaba lista. Me excusé diciéndole que había estado muy ocupado y que no había podido hacer nada. Me enseñó entonces la suya, pidiendo mi opinión, que fue favorable, pues verdaderamente me pareció meritoria. «Osborne no pensará igual», dijo, «porque para él nada mío vale la pena y no hace más que criticarme de pura envidia». Añadió que como conmigo no era igual, que presentara la composición como mía y que él se excusaría por falta de tiempo, con lo cual podríamos ver su reacción. Quedamos en ello y me dispuse a copiarla con mi letra. Nos reunimos y primeramente leyó Watson lo suyo, que tenía cosas bellas. Sin ver muchos defectos, Osborne dio lectura a su obra, que estaba mucho mejor, haciéndole justicia Ralph, sin más que algunas ligeras observaciones. Como él no traía nada, aunque yo traté de excusarme alegando que había cosas que corregir, etc., no tuve más remedio que leerla y por dos veces, ante los aplausos de Watson y Osborne, que renunciando a su rivalidad aplaudieron al unísono. Sólo Ralph vertió algunas opiniones críticas proponiendo algún que otro cambio, pero yo defendí el texto. Osborne se oponía a Ralph y llegó a decirle que no valía más como crítico que como poeta. Al regresar a casa juntos, Osborne aún exageró más sus alabanzas a lo que suponía mi obra, diciendo que antes se había contenido por temor a que creyera que me estaba adulando. «Pero ¡quién podía imaginar dijo que Franklin fuese capaz de hacer algo con tanta fuerza, tan perfecto y tan fogoso! ¡Si hasta ha mejorado el original! Es increíble, pues en su conversación normal no utiliza un vocabulario tan selecto, sino que más bien titubea y se equivoca con frecuencia. Pero, cielos ¡cómo escribe!» En la próxima reunión Ralph descubrió la suplantación y se celebró la broma, dedicándosele a Osborne más de una carcajada. Esto fue lo que decidió a Ralph a hacerse poeta. Yo hice lo imposible por disuadirle, pero él no cejó en su empeño de escribir versos hasta que gracias a Pope se curó. Eso no impidió que llegara a convertirse en un discreto prosista y más adelante contaré nuevas cosas de él. En cuanto a mis otros dos compañeros, diré que Watson murió en mis brazos años después, para mí gran aflicción, pues era el mejor del grupo, y Osborne partió para las Indias Occidentales, donde llegó a ser un eminente abogado y

ganó mucho dinero, pero murió joven. Con él concerté yo un trato consistente en que, si era factible, el que muriese antes visitaría amablemente al otro y le contaría cómo le iban las cosas por el otro mundo. La verdad es que nunca llegó a cumplir su compromiso.

El gobernador, a todo esto, parecía seguir estimando mi compañía y me invitaba a su casa con frecuencia, sin dejar de hablarme de que me ayudaría a establecerme. Siempre hablaba de cartas de recomendación para una serie de amigos suyos, además de la carta de crédito para sufragar los gastos de establecimiento de la imprenta. Me citó varias veces para recoger estas cartas, pero siempre posponía luego la fecha de su entrega. Así llegó el momento en que el barco en que yo tenía que ir a Inglaterra, cuya salida se había demorado varias veces, se dispuso finalmente a zarpar. Cuando le visité para despedirme de él y recoger las cartas, su secretario, Dr. Bard, me recibió diciéndome que el gobernador estaba atareadísimo con una serie de escritos, pero que llegaría a New Castle antes que el barco y que allí me haría entrega de las cartas.

Ralph, no obstante estar casado y con un niño, decidió acompañarme en el viaje. Se suponía que trataba de procurarse una corresponsalía y de comprar mercancías para venderlas a comisión. Pero luego me enteré de que lo cierto era que tenía desavenencias con la familia de su mujer y que su verdadera intención era la de no regresar a América. Una vez despedido de mis amigos y de hacer promesas de fidelidad a la señorita Read, salí de Filadelfia en el buque, que hizo escala en New Castle. Allí se encontraba, en efecto, el gobernador, pero cuando fui a verle me volvió a salir al paso su secretario, diciéndome que debido a obligaciones de la máxima importancia, el gobernador no podría verme, pero que me haría llegar las famosas cartas a bordo, y que me deseaba un feliz viaje y pronto regreso. En esa confianza volví al barco un poco extrañado, pero sin dudar todavía de su palabra.

Mr. Andrew Hamilton, famoso abogado de Filadelfia, tenía pasaje para el mismo barco con su hijo y con Mr. Denham, comerciante cuáquero. También iban los señores Onion y Sussel, dueños de un taller de ferretería de Maryland, que habían reservado el camarote más amplio. Debido a esa abundancia de pasajeros, a Ralph y a mí no nos quedó otro remedio que acomodarnos en unas literas situadas junto al timón, y como nadie de a bordo nos conocía se nos tomó por gente corriente. Sin embargo, Mr. Hamilton y su hijo (que se llamaba James y fue luego gobernador) hubieron de regresar a Filadelfia reclamados por un importante pleito sobre un asunto de presas marítimas. Poco antes de zarpar, el coronel French se presentó a bordo, y después de saludarme con muchos cumplidos, nos hizo saber a mi amigo Ralph y a mí que los mencionados caballeros nos invitaban a alojarnos en su camarote, donde ahora sobraba sitio, y nos instalamos allí.

Dando por supuesto que el coronel French había traído consigo las cartas

del gobernador, le pregunté al capitán si había correspondencia para mí, a lo que me contestó que todo lo que había estaba en la valija y que no podía enseñármela en aquel momento, pero que tendría oportunidad de hacerlo antes de llegar a Inglaterra. Me di por satisfecho y seguimos nuestro viaje. Tuvimos buena compañía en nuestro camarote, por lo que la travesía resultó cómoda, pues incluso contamos con las vituallas que había llevado Mr. Hamilton, que eran abundantes. Durante la singladura tuve ocasión de estrechar lazos amistosos con Mr. Denham que perduraron de por vida. Por lo demás el viaje no tuvo nada de agradable, debido al mal tiempo reinante.

Al llegar al Canal, el capitán, cumpliendo su palabra, me permitió examinar el contenido de la valija, para recoger las cartas del gobernador, descubriendo yo, con gran sorpresa, que allí no había carta alguna dirigida a mi nombre. Vi varias que, por la letra, podrían ser del gobernador, especialmente una dirigida a Basket, el impresor del rey, y otra a un negociante de papelería. Llegamos a Londres el 24 de diciembre de 1724. Me encaminé primero a visitar al negociante de papelería, entregándole la carta a él dirigida y que yo creía le había escrito el gobernador Keith. No tengo el gusto de conocer a esa persona, dijo mientras abría la carta. «Ah, es de Riddlesden», continuó. «Últimamente se ha portado como un completo bribón conmigo y no quiero saber nada de él, ni mantener correspondencia de ninguna clase con él.» Con las mismas me devolvió la carta, dio media vuelta y me dejó para atender a un cliente. Quedé sorprendidísimo de que aquéllas no fuesen las cartas del gobernador, y sopesando las diversas circunstancias del caso, comencé a abrigar serias dudas acerca de su sinceridad. Relaté a mi amigo Denham todo este asunto y no se reservó ninguna opinión acerca del gobernador, afirmando que estaba seguro de que Keith no había escrito carta alguna; que todo el que le conocía sabía muy bien que no convenía fiarse de él para nada, y en cuanto a la carta de crédito del gobernador, la simple mención de la frase le hizo reír; según dijo, mal podía dar un crédito que él no tenía. Al manifestarle yo, preocupado, que no sabía lo que hacer en aquella situación, me aconsejó que buscara una colocación relacionada con mi profesión entre los impresores del país, pues ello me ayudaría a perfeccionarme para luego establecerme con mayor preparación al regresar a América.

Sucedió que ambos sabíamos, como el papelero, que el abogado Riddlensen era un sinvergüenza redomado. Casi había arruinado al padre de la señorita Read al convencerle de que aceptara avalarle. Por su carta parecía que existía un plan sigiloso con el que resultaría perjudicado el señor Hamilton, mi compañero de viaje, y que Keith colaboraría en él con Riddlesden. Denham, que era amigo de Hamilton, estimó que éste debía conocer el plan, por lo que al llegar a Inglaterra, en parte por resentimiento hacia Keith y Riddlesden y en parte por simple buena voluntad hacia él, le esperé y le di la carta. Me lo agradeció mucho, por lo que le concernía su contenido. De esta forma fue

sellada nuestra amistad, de la que derivaron no pocas ventajas para mí en el futuro.

¿Qué pensar de un gobernador que se burlaba tan burdamente de un pobre muchacho como yo? Sin duda era un hábito que había adquirido. Quería complacer a todo el mundo y, como no podía dar otra cosa, se dedicaba a repartir esperanzas. Y el caso es que no le faltaban ingenio y prudencia, ni por ello dejaba de ser un buen escritor e incluso buen gobernador, al menos para el pueblo, ya que no para sus patronos, de cuyos intereses y peticiones se olvidaba con harta frecuencia. Algunos de nuestros mejores textos legales eran iniciativa suya y se votaron bajo su mandato.

Ralph y yo nos hicimos inseparables, compartimos nuestra habitación en Little Britain, y la renta de tres chelines y seis peniques que nos cobraban semanalmente era todo lo que entonces podíamos permitirnos. Él fue a visitar a algunos parientes, pero no eran gente que pudiera ayudarle en nada. Me comunicó por entonces su intención de permanecer en Londres sin pensar en el regreso a Filadelfia. Había llegado sin ningún dinero consigo, ya que todo lo que tenía lo había gastado íntegramente en costearse el pasaje. Yo tenía algún dinero y pude hacerle algún préstamo para ir viviendo mientras encontraba empleo. Para ello intentó primeramente probar fortuna en el teatro, pensando que estaba dotado para la escena. Pero Wilkes, que es a quien pidió el empleo, le quitó en seguida la idea de la cabeza, por no ver por ese camino perspectiva alguna para él. Luego se dirigió a Roberts, editor que tenía su imprenta en Paternoster Row, proponiéndole publicar un periódico como el Spectator, con ciertas condiciones que Roberts no aceptó. Más tarde trató de emplearse como copista y escribiente para abogados y papelerías que estaban establecidos cerca de Temple, sin resultados.

En cuanto a mí, me puse a trabajar inmediatamente en la casa Palmer, que era un establecimiento prestigioso de imprenta situado en Bartolomew Close, y allí permanecí por espacio de casi un año. Aunque yo trabajaba bastante, gasté con Ralph buena parte de mi salario en ir al teatro y a otros espectáculos públicos. Mi reserva se iba consumiendo y ya casi vivíamos al día. Mi amigo parecía haberse olvidado de su mujer y de su hijo, y poco a poco parecía también como si yo me estuviese olvidando de la señorita Read, a la que sólo escribí en una ocasión y sólo para decirle que no parecía probable que regresara en un futuro inmediato. Ese fue otro de los grandes errores de mi vida que si volviera a vivir trataría de evitar. En realidad, dado lo que gastábamos, nunca podía ahorrar el dinero suficiente para comprar el pasaje de vuelta.

Con Palmer trabajaba componiendo la segunda edición de la obra Religión de la Naturaleza, de Wollanston. Algunas de sus teorías no me parecían muy sólidas, por lo que me animé a escribir un pequeño trabajo algo metafísico, en

el que exponía mis ideas al respecto y al que titulé Disertación sobre la libertad y la necesidad, el placer y el dolor. Se lo dediqué a mi amigo Ralph y llegué a editar un corto número de ejemplares. Esto hizo crecer la estima que hacia mí sentía Mr. Palmer, que desde entonces me consideraba un joven de talento, a pesar de que amablemente atacó los principios de mi opúsculo, que en su opinión era horrible. Esta publicación fue otro de mis errores.

En la época en que residimos en Little Britain, conocí a un tal Wilcox, un librero vecino que tenía una enorme colección de libros de segunda mano. Todavía no estaban de moda las bibliotecas circulantes, pero llegamos a entendernos, no recuerdo bien cómo, para que yo pudiese leer sus libros y devolvérselos, lo que me ayudó muchísimo.

Mi opúsculo llegó a manos de un cirujano llamado Lyons, que a su vez era el autor de un libro titulado La infalibilidad de la razón humana. Llegamos a conocernos. Mostrando gran interés por mí, me visitaba con frecuencia para conversar sobre temas de interés común y me llevaba a una taberna llamada Horns, en una calle cuyo nombre he olvidado, en Cheapside. Allí me presentó al doctor Mandeville, autor de la Fábula de las abejas, y alma de un club que tenía allí su sede; persona polifacética y de amena conversación. Lyons también me presentó al Dr. Pemberton en el café de Batson, quien me prometió hacer lo posible por presentarme a Sir Isaac Newton, cosa que yo deseaba ardientemente y que por desgracia nunca ocurrió.

Entre mi equipaje yo había llevado conmigo algunos objetos curiosos. Entre ellos un bolso hecho de amianto inmune al fuego. Sir Hans Sloane oyó hablar de él y vino a verme e invitarme a su casa de Bloomsbury Square, donde me enseñó a su vez un conjunto de curiosidades, convenciéndome de que le cediera mi bolso para enriquecer su colección, cosa a la que accedí, pagándome él con toda esplendidez.

En nuestra misma casa vivía una joven sombrerera que tenía una tienda. Estaba bien educada y era vivaz, sensata y de amable trato. Ralph le leía obras de teatro por la noche y llegaron a tener mucha amistad. Cuando se mudó de casa, Ralph se fue con ella, viviendo juntos por algún tiempo hasta que debido a seguir sin empleo y no alcanzar lo que ella ganaba para mantenerlos a ellos y al hijo que ella tenía, Ralph decidió dejar Londres y poner una escuela rural, negocio para el que se sentía bien cualificado, habida cuenta de sus conocimientos de matemáticas y contabilidad y de su buena caligrafía. El trabajar en una escuela le parecía por bajo de sus merecimientos, y confiando en mejorar de fortuna en el futuro y pensando que entonces le daría vergüenza que se supiera que había trabajado en una escuela, decidió cambiar su nombre y hacerme el honor de adoptar el mío. Recibí carta suya diciéndome que se había establecido en una aldea creo que de Berkshire, donde daba clases a diez o doce chicos, a razón de seis peniques a la semana, recomendándome a la

señora T. a mi cuidado y rogándome que le contestara a nombre de Franklin, maestro de escuela del dicho lugar. Me escribía con frecuencia y me enviaba largos pasajes de un poema épico que estaba componiendo, para el que solicitaba mi consejo y mis correcciones. Se los daba, pero tratando suavemente de desanimarle en su empeño. Se acababa de publicar por entonces una de las sátiras de Young. Se la copié y envié casi entera porque su tema era el de la locura que representa perseguir a las musas tratando de medrar con ellas. Pero todo resultó en vano. No dejaban de llegarme páginas y más páginas de su composición. Entretanto, la señora T., que había perdido sus amistades y su negocio por culpa de mi amigo, pasaba apuros con frecuencia y con frecuencia le prestaba yo el dinero que pedía para sacarla de ellos. Me agradaba su compañía, y al no tener entonces convicciones religiosas que me restringieran, convencido de que yo le interesaba, intenté tomarme algunas familiaridades (nuevo error mío), que rechazó con justificada repulsa. Escribió a Ralph contándoselo, lo que dio motivo a que mi amistad con él se rompiera, de suerte que a su regreso a Londres me comunicó que consideraba anulados cuantos compromisos tuviera conmigo, de lo que deduje que no pensaba devolverme el dinero prestado a él y a la señora T. en su nombre. No me preocupó mucho su decisión, toda vez que no estaba en situación de pagarme, en absoluto, y en cuanto a que se rompiera aquella amistad, tampoco me importó dado que estaba ya resultando gravosa para mí. Pensé por entonces en reunir algún dinero, y en la confianza de encontrar un trabajo mejor, dejé el que tenía en Palmer y me coloqué en otra imprenta, la de Watts, cerca de Lincoln's Inn Field, que era aún importante, donde continúe durante todo el tiempo que permanecí en Londres.

Recién colocado me dediqué al trabajo de prensa, pensando que necesitaba el ejercicio físico que hacía en América, donde la composición y la prensa se suelen simultanear. No bebía más que agua, contrastando con los otros cincuenta operarios, que se atiborraban de cerveza. A veces tenía que andar escaleras arriba y abajo con pesadas cajas llenas de tipos de imprenta en ambas manos, cuando los demás sólo llevaban una con las dos manos. Se extrañaban de mi vigor, preguntándose cómo el acuático americano, como me llamaban, podía estar más fuerte que ellos que bebían cerveza fuerte. Recuerdo que había un mozo de la cervecería que se encargaba de traer la bebida a los obreros, entre ellos mi compañero de prensa, que se bebía una pinta antes del desayuno, otra para desayunar acompañando a su pan y queso, otra entre el desayuno y el almuerzo, otra para almorzar, otra por la tarde a eso de las seis y otra al terminar el trabajo. Para mí eso era un hábito detestable, pero según él era necesario beber cerveza fuerte si se quería estar fuerte para trabajar. Traté de disuadirle de su creencia diciéndole que la fuerza física que pudiera darle la cerveza no era mayor que la de los cereales o la harina de cebada que llevaba disueltos en el agua que contenía y que ingeriría más

harina comiendo un penique de pan. Por tanto, si tomaba aquel trozo de pan acompañado de un vaso de agua, asimilaría más energía que con una jarra de cerveza. Siguió bebiendo, sin embargo, con lo que al final de la semana tenía que pagar cuatro o cinco chelines de su salario por aquel vicio tan embrutecedor, gasto del que yo me veía libre y que estos desgraciados no podían evitar, por lo que siempre permanecían esclavizados.

Tras varias semanas de trabajo, Watts decidió pasarme al taller de composición, con lo que me separé de los obreros de prensa. De nuevo se produjo otra bienvenida para celebrarlo con los consiguientes tragos a los que se suponía tenía yo que convidar y que me costaron mis buenos cinco chelines, lo cual me pareció un abuso. Así lo pensó también el maestro, que me dijo que no pagara. Permanecí durante dos o tres semanas separado del grupo, lo que hizo que me consideraran una especie de excomulgado y que procuraran mortificarme de mil formas: me mezclaban los tipos, me cambiaban las páginas, etc., en cuanto salía de la sala. Así que a pesar de la protección del maestro no tuve más remedio que pagar el convite, convencido de que era estúpido estar enemistado con los compañeros, que atribuían tales faenas al «capítulo de los fantasmas», dedicados al parecer a hacer la vida imposible a los que no entraban en la empresa como era debido. Así regularicé mi situación con ellos e incluso alcancé cierta influencia sobre los demás. Propuse algunos cambios en las leyes del capítulo y las puse en práctica incluso con su oposición. Conseguí algún éxito; tal como que algunos dejaran de desayunarse con cerveza, pan y queso y lo sustituyeran por unas gachas sazonadas con pimienta y acompañadas de pan migado y mantequilla que a mí y a ellos traían de un figón cercano, todo lo cual valía menos de una pinta de cerveza, o sea, tres medios peniques. Era un desayuno más sano y más barato y mantenía la cabeza despejada. Los que siguieron con la cerveza, a menudo debían dinero y no les fiaban en la cervecería y entonces recurrían a mí porque, según decían, se habían quedado «a oscuras». Los sábados cuando se pagaban los jornales tenía que vigilarlos para que me devolvieran mi dinero, que a veces llegaba a los treinta chelines semanales. Esta situación, unida a mi fama de ocurrente, por mi inclinación verbal satírica, me proporcionaron ciertos éxitos en el grupo. Era puntual y no tenía faltas de asistencia (no hacía «novillos» nunca), lo que me valió mucho con el maestro, junto con mi presteza en el trabajo de composición, terminando por darme toda la tarea de supervisión, que se solía remunerar mejor. No podía quejarme.

Como mi alojamiento de Little Britain quedaba muy lejos, encontré uno nuevo en Due Street, frente a una iglesia católica, pared con pared con el almacén de unos italianos. La dueña era una señora viuda. Tenía una hija, una criada y un encargado del almacén que no vivía en la misma casa. Después de pedir informes míos en mi anterior residencia, aceptó tenerme de huésped por la misma cantidad (tres chelines seis peniques semanales), que era, según dijo,

un precio más barato de lo corriente, en compensación por la ventaja de contar con un hombre en la casa. La dueña era mayor y se había educado en el protestantismo (pues su padre era pastor de esa religión), aunque luego se convirtió al catolicismo gracias a su marido, cuya memoria veneraba. Había vivido siempre entre gente distinguida y recordaba gran cantidad de anécdotas sobre mucha gente que se remontaban hasta tiempos de Carlos II. Sufría gota, que le afectaba las rodillas, y apenas abandonaba su habitación, necesitando a veces de compañía. Me resultaba tan amena que siempre podía contar conmigo para pasar la velada. Nuestra cena solía consistir en media anchoa cada uno en una rebanadita de pan con mantequilla y en media pinta de cerveza para los dos, pero la conversación nos compensaba a los dos de lo escaso de nuestra colación. Como yo llevaba una vida muy ordenada y no causaba molestias en la casa, la señora nunca quería oír hablar de mi partida, de suerte que cuando dije que me habían hablado de algún otro alojamiento más cercano a mi trabajo, a dos chelines semanales, lo que para mí que entonces estaba ahorrando suponía un aliciente más, me rogó que no me cambiara, porque ella me rebajaría la pensión dos chelines semanales como así sucedió, dejándome la semana a un chelín seis peniques, que pagué todo el tiempo que permanecí en Londres.

En una guardilla de su casa vivía, en la mayor reclusión, una señora soltera de setenta años, de la que mi patrona me contó la siguiente historia: la señora era católica y de joven la habían enviado a un convento en el extranjero para que profesara. Como no le gustó el país al que la habían enviado, regresó a Inglaterra, donde, al no existir conventos de monjas, decidió llevar vida religiosa por su cuenta. Así, pues, cedió todos sus bienes a fines caritativos, reservando para sus necesidades sólo doce libras anuales, de las cuales dedicaba incluso parte a limosnas y viviendo en la más estricta pobreza, alimentada sólo de gachas y sin encender más fuego que el necesario para cocerlas. Hacía muchos años que vivía en aquella guardilla cedida gratuitamente por los sucesivos inquilinos católicos de la casa, que pensaban que tenerla allí era una bendición. La visitaba diariamente un sacerdote, que la confesaba.

Una vez le pregunté, me dijo mi patrona, que cómo es que podía confesarse de algo, dada la vida que llevaba, y me contestó que no puede evitarse tener de vez en cuando vanos pensamientos. Se me permitió visitarla en una ocasión. Era jovial, educada y tenía una conversación muy agradable. Su cuarto estaba limpio, pero carecía de todo mobiliario fuera de un catre, una mesa con un crucifijo, un libro, un taburete, que ofreció para que me sentase, y un cuadro sobre la chimenea, que representaba a Santa Verónica mostrando el velo y el rostro milagroso y sangrante de Cristo, tema acerca del cual se extendió en prolijas explicaciones. Tenía la cara pálida, pero jamás había estado enferma, lo que era otro claro ejemplo de lo poco que se precisa para

vivir saludablemente.

En la imprenta de Watts conocí a un joven bastante despierto llamado Wygate, que gracias a que procedía de familia rica, había recibido mejor educación que la mayor parte de los impresores, amén de ser un discreto latinista, de hablar francés y de apreciar la lectura. Le enseñé a nadar, en compañía de un amigo suyo, sólo con dos veces que fuimos al río y pronto se convirtieron en sendos nadadores. Me presentaron a algunos caballeros que solían ir a Chelsea en barca para ver el colegio y el establecimiento de curiosidades de un tal Don Saltero. Al regresar, por deseo y ante la insistencia de todos, animado por el propio Wygate, yo me desnudé arrojándome al río, nadé desde Chelsea hasta Blackfriars, haciendo toda suerte de demostraciones y buceos muy del agrado de mis admirados compañeros. Era un deporte que me había gustado desde pequeño y que practicaba añadiendo mis propias habilidades al método Thevenot, tratando de hacer la natación más suelta y al propio tiempo más útil. Recibí muchos cumplidos que me halagaron bastante. Por su parte, Wygate, que quería perfeccionarse en la natación, estrechó su amistad conmigo y no sólo para que le enseñara, sino por la similitud de nuestros estudios. Me propuso que viajáramos juntos por Europa y que nos pagáramos los gastos en cada país trabajando en nuestro oficio. Llegué a pensarlo, pero al discutir el proyecto con mi buen amigo Denham, con quien pasaba algún rato en mis horas libres, me lo quitó de la cabeza, animándome a regresar a Pennsylvania como él mismo estaba a punto de hacer.

Hay un rasgo de su hombría de bien que recuerdo con agrado. Habiendo tenido con anterioridad negocios en Bristol, contrajo deudas con algunas personas y antes de volverse llegó a un acuerdo con los deudores sobre la forma de pago. En América, trabajando con tesón, hizo fortuna como comerciante en relativamente pocos años. Volvió de América a Inglaterra que fue cuando nos conocimos en el barco, invitó a sus acreedores a una fiesta donde les dio las gracias por su amable comportamiento para él, y cuando nadie esperaba otra cosa que el convite, los invitados se encontraron bajo sus platos con sendos cheques bancarios con las respectivas cantidades que les adeudaba además de los intereses correspondientes.

Sus proyectos actuales consistían en regresar a Filadelfia llevando consigo gran cantidad de mercancías para abrir un almacén a su llegada. Me propuso emplearme de encargado de este negocio para llevarle los libros (sobre lo que me daría las necesarias instrucciones), copiar sus cartas y atender la tienda. Me dijo que tan pronto como me pusiera al corriente de los usos mercantiles me ascendería, para lo cual me enviaría a las Indias Occidentales con un cargamento de harina, pan y otros artículos, dándome encargos de otros comerciantes, de suerte que si trabajaba bien podría vivir desahogadamente. Como ya me cansaba de Londres y recordaba con nostalgia los meses que

había pasado en Pennsylvania, me apeteció volver y accedí sobre la base de una remuneración anual de cincuenta libras en dinero de Pennsylvania, menos, por supuesto, de lo que ganaba en la imprenta de Londres, pero con mejores perspectivas.

Me despedí en mi trabajo, pensando que para siempre, y me dediqué de lleno a mi nuevo empleo, acompañando al señor Denham a todas sus gestiones con comerciantes, compra de mercancías y vigilancia de su embalaje, llevando recados, para el transporte y demás. Cuando todo quedó embarcado disfruté de unos días de ocio, durante los cuales, y para mi gran asombro, recibí un recado de parte de un tal Sir William Wyndham, al que sólo conocía de nombre y fui a visitarlo. Me dijo que sabía que yo había ido a nado de Chelsea a Brackfriars, que había enseñado a nadar Wygate y a otro en unas pocas horas y que deseaba que hiciese lo propio con sus dos hijos, que iban a salir de viaje y no quería que lo hicieran sin saber nadar, prometiendo compensarme económicamente con esplendidez si aprendían pronto. Como ellos no habían llegado aún a la ciudad y yo no sabía cuánto tiempo más iba a quedarme en Londres, no pude comprometerme. Este incidente me sugirió el proyecto de abrir una escuela de natación si me quedaba en Inglaterra, porque las perspectivas económicas parecían excelentes. Lo malo fue que la cosa surgió demasiado tarde, porque de otro modo hubiera retrasado mi regreso a América. Pasados los años, uno de los hijos de Sir William Wyndham, nombrado barón de Egremont, tuvo importante incidencia en tu vida y la mía, como indicaré más adelante.

Así fue como transcurrieron los dieciocho meses que pasé en Londres. En su mayor parte fueron días de trabajo duro, dedicando poco tiempo al esparcimiento, excepto para ir al teatro y leer libros. Mi amigo Ralph me impidió ahorrar y terminó debiéndome veintisiete libras, que probablemente nunca recuperaría y que suponían una parte muy considerable de mis pequeños ahorros. De todas maneras, le tenía un gran aprecio por sus buenas cualidades. Mis conocimientos habían mejorado en Londres, pero no así, desde luego, mi fortuna. En conjunto, yo había hecho amistades interesantes y con las cuales había aprendido mucho y había leído en abundancia.

Salimos de Gravesend el 23 de julio de 1726. Las incidencias detalladas de aquel viaje constan en mi Diario, el cual te remito. En dicho relato pienso que lo más interesante puede ser el Plan que redacté durante la travesía con ánimo de hacer un programa de mi vida futura. Teniendo tan pocos años es curioso pensar que hasta mi madurez me atuve con bastante fidelidad a aquel proyecto.

Desembarcamos en Filadelfia el día 11 de octubre y pronto pude ver los cambios de todo tipo que habían tenido lugar durante mi ausencia. Para empezar, Keith ya no era gobernador, cargo que ahora ocupaba el mayor

Gordon. Me lo encontré paseando por la calle como un ciudadano cualquiera; pareció avergonzarse y no me dijo nada. Más avergonzado debería haberme sentido yo al ver a la señorita Read convencida, y con razón, de que no regresaría y aconsejada por sus amistades para que se casara con otro, cosa que en efecto hizo con un ceramista llamado Rogers, con el que jamás fue feliz, terminando por abandonarle, incapaz de vivir bajo el mismo techo y renunciando a su apellido. Al parecer él se había vuelto a casar. Se trataba de un inútil a pesar de ser diestro en su trabajo, cosa que indujo a las amigas de Miss Read a animarla a casarse con él. Cargado de deudas, huyó en 1727 o 1728 a las Indias Occidentales, donde murió. Keimer se había cambiado a una casa mejor, ampliando su negocio con más mercancías y más empleados, no muy buenos por cierto.

Mr. Denham tomó un local en Water Street, donde desembalamos nuestras mercancías. Yo cuidé del negocio con toda diligencia, estudié contabilidad y en poco tiempo me hice bastante ducho en el comercio. Vivíamos juntos y él me aconsejaba en todo paternalmente, mostrando una sincera consideración por mí. Yo le quería y le respetaba y podríamos haber seguido colaborando durante mucho tiempo de no ser porque a primeros de febrero de 1727, recién cumplidos mis veintiún años, caímos enfermos los dos, yo con una pleuresía que casi me cuesta la vida. Me causó enormes padecimientos, perdí la esperanza y cuando empecé a recuperarme sentí como un cansancio y una desilusión ante la idea de que tenía que reanudar aquel desagradable trabajo. No sé cuál fue la enfermedad del señor Denham, pero lo cierto es que le mantuvo en la cama mucho tiempo y acabó causándole la muerte. Me dejó un pequeño legado en un testamento nuncupativo, como muestra de su amabilidad conmigo. De nuevo me encontraba en la calle, pues los albaceas se hicieron cargo del almacén y yo me vi sin empleo. Mi cuñado Homes se encontraba en Filadelfia y me aconsejó que volviera a mi anterior oficio, recibiendo por parte de Keimer tentadoras ofertas e incluso un puesto de regente de su imprenta que le permitiría atender mejor su tienda de papelería. En Londres me habían hablado de lo mal que iba su carácter y no tenía la menor gana de colaborar con él. Intenté encontrar otro empleo como oficinista de comercio, pero sin éxito, por lo que terminé por aceptar lo que Keimer me ofrecía, como mal menor.

En su casa trabajaban Hugh Meredith, oriundo galés, de Pennsylvania, de treinta años y criado en ambiente rural, hombre honrado, discreto, con experiencia y aficionado a la lectura, aunque dado también a la bebida; Stephen Potts, también campesino de origen, maduro, de entendimiento natural poco corriente, con gran sentido del humor y jovial como pocos, aunque ligeramente vago. Ambos estaban trabajando con un salario semanal muy bajo, pero que se aumentaría en un chelín cada tres meses si lo merecían mejorando el rendimiento. Con este señuelo de alcanzar algún día un elevado

salario se enrolaron en la imprenta. Meredith fue destinado a la prensa y Potts a la encuadernación. Keimer había de enseñarles a cada uno su nuevo oficio, aunque la verdad es que no sabía ni el uno ni el otro. John (no recuerdo el apellido) era un irlandés montaraz sin ninguna preparación, que Keimer había reclutado por cuatro años, reclamándole al capitán de un barco con idea de que aprendiese también prensa; George Webb era estudiante de Oxford y también estaba comprometido por cuatro años para trabajar como cajista (había más); David Harry era un muchacho de pueblo que estaba de aprendiz.

No tardé mucho en darme cuenta de que, contratándome con un salario muy superior del que solía dar, lo que quería Keimer era que yo desasnara a aquella mano de obra barata para una vez enseñados, prescindir de mí. Seguí allí no obstante tratando de mantener el optimismo, organicé la imprenta que estaba muy desordenada y logré poco a poco que aquellas personas se interesaran por su tarea y la realizaran mejor.

Lo que me resultó curioso fue encontrar de obrero allí a un estudiante de Oxford. No tenía ni dieciocho años y me contó enseguida su vida. Había nacido en Gloucester y recibió educación en un colegio de aquella localidad, destacando entre sus compañeros por sus dotes representativas cuando escenificaban alguna pieza teatral. Perteneció al «Witty Club» y escribió algunas obras en prosa y en verso que se publicaron en periódicos locales. De allí pasó a Oxford, donde estudió por espacio de un año sin demasiado entusiasmo y con muchas ganas de irse a Londres y hacerse actor. Recibida su pensión trimestral de quince guineas, en vez de saldar sus deudas, se marchó de Oxford sin decir nada, dejó escondida su toga entre unos tojos y se dirigió a pie a Londres, donde no conocía a nadie. Cayó entre malas compañías, se gastó su dinero y no halló medio de introducirse en el teatro, con lo que pasó necesidades, teniendo que empeñar sus ropas y careciendo de lo más elemental. Mientras deambulaba por las calles hambriento y desorientado, llegó a sus manos un anuncio ofreciendo ayuda a quienes se comprometieran a ir a América a trabajar. Firmó cuanto le pidieron y se embarcó sin decirle nada a nadie. Era de natural alegre, ingenioso, y su compañía resultaba sumamente agradable. Sus únicos defectos eran su indolencia, su falta de juicio y su imprudencia extrema.

John el irlandés estuvo poco tiempo. Con los que se quedaron me entendía bien y me dieron muestras de respeto a medida que se fueron dando cuenta de lo poco que tenían que aprender de Keimer y de lo mucho que podían aprender de mí. Los sábados no trabajábamos por observar Keimer la fiesta judía, con lo que yo podía contar con dos días seguidos que dedicar a la lectura. Fui aumentando mis conocimientos de gente interesante en la ciudad y hasta el propio Keimer me llegó a tratar con deferencia y aparentemente con agrado. Lo único que me preocupaba por entonces era mi deuda con Vernon, que no

estaba en condiciones de pagar, siendo como era un pobre empleado incapaz de ahorrar. Por suerte, mi acreedor tuvo la amabilidad de no reclamarme nada.

Nuestra imprenta precisaba con frecuencia de repuestos de tipos, lo que constituía un gran problema al no existir fundidores especializados en América. Yo había tenido ocasión de ver la fabricación de este material en la casa de James de Londres, pero no tuve curiosidad de fijarme demasiado en los métodos utilizados. Eso no impidió que me las arreglara para sacar un molde de los tipos nuestros para acuñar unas matrices en plomo que de momento nos permitieron salir del paso. También hice ensayos de grabado en ocasiones. Fabriqué tinta y, en suma, hacía un poco de todo en el taller.

Pero por muy buena voluntad que pusiera, me di cuenta de día en día de que mis servicios perdían importancia a medida que los demás aprendían, y cuando Keimer me pagó el salario del segundo trimestre me hizo saber que le parecían excesivas mis ganancias y que yo debía reducirlas. Desde entonces su afabilidad disminuyó ostensiblemente, actuaba más como patrón, me sacaba faltas con frecuencia y me tendía trampas para encontrar motivos para romper su relación conmigo. Yo aguanté a base de paciencia, pensando que aquello obedecía en parte a problemas personales del amo, pero luego estalló la chispa que dio al traste con todo. Cierta día se produjo un gran estruendo cerca del palacio de justicia y yo me asomé a la ventana a ver qué ocurría; Keimer, que estaba en aquel momento en la calle, levantó la cabeza, me vio y comenzó a decirme a voces y en tono airado que no abandonara de aquella forma mi trabajo. Los reproches de Keimer me molestaron más porque muchos vecinos se habían asomado a la ventana como yo, y presenciaron la humillante escena. Luego subió a la imprenta, donde siguió con el tema, pasando a proferirse palabras gruesas por ambas partes. Me dio el aviso trimestral estipulado, diciendo que lamentaba que la espera para el despido tuviera que ser tan larga, a lo que yo le contesté que no tenía por qué impacientarse, pues me iba en aquel instante. Cogí mi sombrero y me largué, diciéndole a Meredith con quien me encontré al salir que se cuidara de mis cosas y las llevara a mi casa.

Aquella misma tarde Meredith cumplió mi encargo. Como me había cobrado gran estima y le contrariaba enormemente que me fuera, quedándose él, trató de persuadirme de que no regresara a mi patria chica, cosa en la que yo empezaba a pensar. Me recordó que Keimer estaba empeñado hasta el cuello y que sus acreedores empezaban a impacientarse, que el negocio andaba de mal en peor y vendía a tontas y a locas sólo por tener dinero, incluso sin ganar y sin llevar cuenta de lo que le debían. Añadió que podía llegar fácilmente a la bancarrota, lo que quizá fuera una oportunidad para mí. Le argumenté que yo carecía de medios económicos, a lo que me replicó que su padre me tenía en un alto concepto y que por lo que había podido deducir hablando con él, no estaría reacio a adelantarme algunos fondos para que nos

estableciéramos si me asociaba con él. Me dijo también que él terminaba con Keimer en primavera y que para entonces tal vez tendríamos ya una prensa de tipos de Londres; que era consciente de que él no era un gran especialista, pero que si yo quería, con mis conocimientos, podríamos poner el negocio aportando él el equipo necesario y repartiendo las ganancias al cincuenta por ciento. La proposición me pareció aceptable y le di mi aprobación. También la aprobó su padre, que estaba en la ciudad, ya que sabía el ascendiente mío sobre su hijo, al que había ayudado a retirarse de la bebida durante un largo período. Tenía además la esperanza de que si su hijo establecía una estrecha colaboración conmigo, abandonaría del todo aquel desdichado vicio de beber. Le di una lista a su padre de lo que se precisaba y se encargó de pedir todo a un comerciante. Entretanto, para ir viviendo, busqué trabajo en la otra imprenta, pero no había vacante, por lo que estuve desocupado algunos días. En esto, Keimer, que esperaba un encargo de imprimir papel-moneda en Nueva Jersey y precisaba realizar cortes y contar con nuevos tipos que solamente yo le podía proporcionar y que, por otra parte, estaba enterado de que Bradford podía darme empleo y quitarle el trabajo en cuestión, me hizo llegar un atento mensaje diciendo que las amistades antiguas no podían romperse por tener unas palabras en un momento de excitación y que deseaba que volviera con él. Meredith me persuadió de que aceptase su propuesta en atención a que ello podía redundar en su beneficio, ya que él aprendería más si yo continuaba enseñándole. Resolví volver a la imprenta de Keimer y nuestras relaciones fueron más amistosas que antes de marcharme. Se logró el contrato de Nueva Jersey y yo dispuse de una prensa para planchas de cobre, que fue la primera que se utilizó en el país. Corté varios motivos y orlas destinados a los billetes y marchamos juntos a Burlington, donde concluí el encargo con toda normalidad. Keimer recibió una buena suma de dinero que representó para él un gran respiro.

En Burlington trabé conocimiento con gente importante de la provincia. Algunos habían sido comisionados por la Asamblea para encargarse de controlar la emisión de billetes, sin que la tirada sobrepasase lo establecido por la ley. Para ello no se cesaba de supervisarnos y generalmente siempre acudían algunos amigos que hicieran compañía al que le tocaba el turno. Como la lectura me había hecho más culto que Keimer, nuestros visitantes apreciaban más mi conversación que la de él. A mí me invitaban a sus casas, me presentaban a sus amigos y, en general, me trataban con más deferencia que a mi patrón. En verdad, el señor Keimer era un bicho raro, nada mundano y cerrado a toda opinión que no fuese la suya propia, iba desaliñado e incluso muy sucio y sólo se entusiasmaba por algunas cuestiones de religión. Además era un poco truhan por añadidura.

El trabajo de los billetes nos llevó casi tres meses, a cuyo término podía contar entre mis amistades al juez Allen, a Samuel Bustill, secretario de la

provincia, a Isaac Pearson, a Joseph Cooper y a varios Smiths, todos ellos diputados de la Asamblea, así como a Isaac Delow, agrimensor general. Este último era hombre avieso y muy sagaz, ya viejo. Me contó sus comienzos, cuando se dedicaba de joven a acarrear barro para ladrillos en los tejares, que aprendió a leer ya de mayor y que luego ayudaba a los topógrafos a medir con la cinta, aprendiendo con ellos esa profesión, y que gracias a su esfuerzo había llegado a hacerse una posición adquiriendo incluso una finca. También me dijo que veía próximo el momento en que yo desbancaría a mi patrón en el negocio de la imprenta y que haría fortuna en Filadelfia. Por entonces no le había confiado yo absolutamente nada acerca de mi proyecto de establecerme en Filadelfia o en cualquier otra parte. Aquellos conocimientos me resultaron, andando el tiempo, de lo más útiles, y yo, a mi vez, también lo fui a algunos de ellos. Me siguieron apreciando mucho durante toda su vida.

Antes de pasar al capítulo de mi aparición pública en el comercio, no vendrá mal que te dé una idea de mis ideas morales en aquel tiempo, para que veas cómo influyeron en los siguientes acontecimientos de mi vida. Mis padres habían inculcado en mí la religión, educándome desde pequeño en la doctrina disidente. No obstante, apenas había cumplido los quince años, comencé a tener dudas sobre cuestiones diversas que eran tema de polémicas en los libros que leía. Así fue como llegué a dudar hasta de la revelación. Cayeron en mis manos algunos libros contra el deísmo que pretendían ser la quintaesencia de los sermones que se habían pronunciado en las conferencias de Boyle. Y sucedió que su efecto sobre mí fue totalmente contrario del que sin duda se proponían, pues los argumentos de los deístas me parecían mucho más sólidos que los de sus refutadores. En suma: que no tardé en convertirme en un completo deísta y de pervertir con mis razonamientos a otros, sobre todo a Collins y a Ralph. Como tanto el uno como el otro me habían perjudicado no poco sin dar muestra alguna de arrepentimiento y como, por otra parte, el proceder de Keith (otro librepensador) conmigo y el mío propio con Vernon y Miss Read (que me mortificaba en gran medida), no habían sido precisamente edificantes, me di a pensar que aquella doctrina, aunque pudiese ser cierta, no era muy útil. Mi librito londinense al que puse como divisa estos versos de Dryden:

Todo lo que existe es justo
aunque el hombre, corto de vista,
no alcance a percibir más que una parte de la cadena
(el eslabón más próximo a él),
y sus ojos no lleguen a ver el rayo de luz imperturbable
que refulge en las alturas.

Y que partiendo de los atributos de Dios, su sabiduría, bondad y poder infinitos, llegaba a la conclusión de que en el mundo no podía haber nada malo, que el vicio y la virtud no eran más que conceptos vacíos, no me parecía estar tan en lo cierto como antaño pensaba y empecé a dudar de si no se habría deslizado en mi argumentación algún error no percibido como tal, que habría infectado todo lo siguiente, como suele ocurrir en los razonamientos metafísicos. Llegué a convencerme de que la verdad, la sinceridad y la integridad en las relaciones de unos hombres con otros eran lo más importante para ser felices y me hice el firme propósito, del que dejé constancia por escrito (todavía puede verse en mi Diario), de practicar dichas virtudes mientras viviera. La revelación en sí me importaba poco. Mi razón parecía indicarme que, en efecto, algunas acciones podrían no ser malas porque la revelación las condenara, o buenas porque las prescribiera, sino que probablemente sucedía lo contrario, que las condenaba porque eran malas para el hombre o las prescribía porque eran buenas, teniendo en cuenta la propia naturaleza de esas acciones. Y este convencimiento, junto con la ayuda de la Providencia o algún ángel de la guarda o de circunstancias y situaciones favorables, o de todas esas cosas a la vez, me libraron de cometer (a lo largo de la peligrosa época de la juventud y en medio de las azarasas circunstancias en que a veces me vi, rodeado de extraños y sin el consejo y la vigilancia de mi padre), me libraron decía, de cometer deliberadamente injusticias o inmoralidades graves, como tal vez hubiera podido esperarse de mi falta de creencias religiosas. He mencionado la palabra deliberadamente porque las faltas que cometí y a las que he aludido fueron hasta cierto punto consecuencia de las circunstancias, de mi juventud e inexperiencia y de la bribonería de otros. La actitud moral con que empecé mi vida fue, por tanto, aceptable. Yo la valoraba positivamente y estaba resuelto a conservarla.

No hacía mucho que habíamos regresado a Filadelfia cuando recibimos los nuevos tipos de Londres. Liquidamos con Keimer y nos despedimos de él antes de que se enterara de nuestros proyectos. Encontramos una casa vacía cerca del mercado y la alquilamos. Para hacer más pagadera la renta, que era de veinticuatro libras al año entonces (después la han alquilado por setenta según he oído), subarrendamos parte del espacio disponible a un vidriero, Thomas Godfrey, y a su familia, con lo que disminuimos nuestros gastos fijos considerablemente, alojándonos además con ellos en calidad de huéspedes. No habíamos apenas empezado a organizamos e instalar la prensa cuando George House, a quien yo conocía, nos trajo a un hombre de la comarca diciendo que lo acababa de conocer y que buscaba una imprenta. Como nos habíamos gastado todo nuestro dinero en la infinidad de cosas que precisábamos para nuestro trabajo, los cinco chelines que aquel primer encargo nos procuró me parecieron de lo más oportuno, dándome más satisfacción que cualquiera de las coronas que he ganado después y haciéndome sentir una gran gratitud

hacia House. A causa de aquel favor me he sentido con frecuencia inclinado a ayudar a los jóvenes que empiezan de lo que lo hubiera estado si aquel hecho no hubiera ocurrido.

Como siempre hay aguafiestas que parecen gozar en augurar desgracias, no faltó en Filadelfia quien hiciera también de pájaro de mal agüero. Su nombre era Samuel Mickle, a quien yo no conocía, un caballero maduro con cara de listo y pomposo en el hablar. Un día se presentó en la imprenta y preguntó si yo era el joven que había llegado hacía poco para establecerme como impresor. Al decirle que sí, me declaró que lo sentía pero que aquella inversión sería muy ruinosa y que no la recuperaría, pues Filadelfia era un barco que se hundía donde todos estaban a punto de quebrar, aunque otra cosa pareciese al ver tantos edificios nuevos y tan altas rentas, lo cual, a su juicio, era engañoso y no valdría más que para acelerar nuestra ruina. Me hizo un relato tan detallado de desgracias actuales o por venir, que me dejó sumido en la mayor melancolía. De haberme topado con él antes, probablemente hubiese desistido de comenzar ese negocio. Aquel agorero continuó viviendo en un lugar tan funesto como aquél y haciendo las mismas profecías siniestras, negándose durante muchos años a comprar una casa allí, convencido de que todo terminaría destruido. Al final tuve la satisfacción de ver cómo pagaba un precio cinco veces más alto del que hubiera pagado cuando comenzó su negra cantinela.

Debería haberme referido antes a que durante el otro año anterior la mayoría de mis amigos de talento y yo habíamos formado un club intelectual al que llamamos «The Junto». Nos reuníamos los viernes por la tarde y según nuestro reglamento, que yo redacte, se exigía a cada socio que suscitara al menos una cuestión de moral, política o filosofía natural para que fuese debatido por la concurrencia. Cada tres meses era necesario, además, presentar y leer un ensayo propio acerca de cualquier tema de su elección. Nuestros debates habían de celebrarse con un moderador y debían desarrollarse con un sincero afán de saber y de verdad, sin caer en verbalismos, excusas dialécticas o afán de destacar. Para evitar acaloramientos, todas las expresiones de dogmatismo en las discusiones o las posiciones cerradas llegaron a quedar proscritas e incluso penalizadas con el pago de multas simbólicas

Los socios fundadores de aquel casino fueron Joseph Breintnal, ayudante de escribano y encargado de redactar autos legales, persona amable, de buen talante y de mediana edad, al que gustaba mucho la poesía, que leía cuanto caía en sus manos y que no escribía mal. Además era muy ingenioso para toda suerte de acertijos y bromas, aparte de gran conversador.

Thomas Godfrey era un excelente matemático autodidacta que luego inventó el llamado «cuadrante de Hadley». Fuera de esa especialidad no resultaba muy ameno como contertulio. Al igual que la mayor parte de los

matemáticos que he conocido, exigía una gran exactitud en todo lo que se decía, y no hacía más que oponerse a todo el mundo por cualquier pequeñez o distinguo. No permaneció mucho en nuestro círculo.

Nicolás Scull era topógrafo, llegó a ser agrimensor general y mostró siempre predilección por los libros y cierta inclinación a hacer versos.

William Parsons era zapatero, pero como también amaba la lectura, había adquirido una considerable cultura matemática que empezó estudiando con vistas a la astrología, de la que luego se reía. También llegó a ser agrimensor general.

William Maugridge era carpintero y ensamblador, además de mecánico experto y persona de sólida formación.

De Hugh Meredith, Stephen Potts y George Webb ya he hablado antes.

Robert Grace era un señorito de buena posición económica, generoso, ocurrente, aficionado a los juegos de palabra y amigo de sus amigos.

Por último, William Colemann, que era oficinista de comercio, de mi edad poco más o menos, y que poseía la moral más excelsa, el mejor corazón y la cabeza más clara y serena que he conocido en mi vida. Fue luego comerciante de categoría y desempeñó el cargo de juez provincial. Nuestra amistad perduró sin interrupción hasta su muerte, pasados cuarenta años. Casi otro tanto siguió funcionando el Club porque era la mejor escuela de filosofía y de política de la provincia. Como los temas se anunciaban una semana antes de su debate, nos veíamos obligados a leer con atención todo lo que podía ilustrarnos acerca del tema en cuestión para poder defender mejor nuestros puntos de vista sin divagar. Allí adquirimos también mejores hábitos de conversación, nuestras normas impedían las actitudes desagradables y quizás en todo eso residiera el secreto de la duración del club, del que tendré más ocasiones de hablar. De momento, lo único que quiero hacer constar es el interés que tenía entonces el club para nosotros, ya que todos los que lo componían se esforzaban en buscarnos clientes. Sobre todo Breintnal nos proporcionó un encargo de los cuáqueros consistente en imprimir cuarenta hojas sobre su historia, encargando el resto de la obra a Keimer. El encargo llevaba mucho trabajo y estaba mal pagado. Se trataba de hojas tamaño folio de los llamados «propatria», en ciceros con notas de entredós. Yo componía a razón de una hoja diaria y Meredith se encargaba de la prensa. A veces nos daban las once de la noche y más, para acabar la distribución del trabajo del día siguiente. Los encargos de menor importancia que nos hacían nuestros amigos a veces nos retrasaban. Sin embargo, yo estaba tan decidido a mantener el ritmo de un folio diario, que cierta noche, después de componer las cajas y pensando que se había terminado la jornada, ocurrió que se rompió casualmente haciéndose polvo la composición, y no tuve más remedio que volver a componerlo de

nuevo antes de acostarme.

Esta actividad, que era notoria entre el vecindario, nos hizo incrementar nuestra fama. Sobre todo, según me dijeron, se había hablado de nosotros en un club de comerciantes llamado el «Every Night Club», diciendo algunos que terminaríamos mal al existir en la ciudad dos impresores más que eran Bradford y Keimer. El Dr. Baird (al que tú y yo vimos muchos años después en su lugar natal, St. Andrew, en Escocia), no compartía aquella opinión y dijo: «La laboriosidad de ese Franklin no la he visto jamás, le veo trabajando por la noche cuando salgo del club y empieza el tajo cuando sus vecinos todavía están durmiendo». Esto sorprendió a todos y no pasó mucho tiempo sin que uno de ellos se ofreciera a suministrarnos artículos de papelería, pero todavía no nos parecía oportuno abrir además una tienda.

Hablo intencionadamente de mi laboriosidad con cierta delectación y detalle que podrían sonar a vanagloria, para que sirva de lección a los que me lean en el futuro, ya que, a lo largo de estas páginas, verán el beneficioso efecto que esa virtud tuvo en mi vida.

George Webb, que encontró a una amiga que le prestó dinero con el que saldar sus cuentas con Keimer, vino a ofrecérsenos como ayudante. No pudimos darle empleo, pero cometí la ligereza de decirle en secreto que me proponía publicar un periódico y que entonces quizá le necesitara. Mis esperanzas de éxito, tal como le indiqué, se basaban en que el único periódico existente a la sazón lo editaba Bradford y no valía nada; estaba mal dirigido y era aburrido, a pesar de lo cual representaba un buen negocio, por lo que creía que un buen periódico no podía fracasar. Le pedí a Webb que no revelase este secreto, pero se lo contó a Keimer, que sin demora intentó ganarme por la mano, y dio a conocer sus intenciones de publicar un diario, en el que daría empleo a Webb. Me disgustó esta noticia y para contrarrestarla, visto que no podía llevar a cabo mi proyecto de inmediato, escribí algunos artículos para el periódico de Bradford, bajo el epígrafe de «El entrometido», que se continuaron durante meses por Brientnal. Fue un medio de atraer la atención de la gente hacia el periódico, y como en él ridiculizamos y nos burlamos de las propuestas de Keimer, nadie hizo caso de ellas. No cejó por eso Keimer, llegando a publicar el tal diario, que duró nueve meses con noventa suscriptores solamente, acabando por ofrecérmelo por una bagatela. Yo, que había estado trabajando a conciencia sobre este proyecto, no dudé en aceptarlo, y a los pocos años me resultaba enormemente rentable.

Veo que estoy hablando en primera persona a pesar de que nuestra sociedad continuaba, y quizás se deba a que toda la responsabilidad del negocio caía sobre mis espaldas. Meredith no tenía nada de compositor, en la prensa era mediano y casi siempre estaba bebido. Mis amigos se lamentaban de mi asociación con él y yo trataba de sacar el mejor partido posible de la

situación.

Los primeros periódicos que publicamos resultaron algo totalmente inédito en la provincia por su tipografía y por su mejor impresión, pero algunos comentarios irónicos míos con ocasión de la polémica suscitada entre el gobernador Burnet y la Asamblea de Massachusetts, chocaron a algunas personas prominentes e hicieron que se hablara mucho sobre el periódico y su director, con el resultado de que a las pocas semanas todos eran suscriptores. Su ejemplo fue seguido por otros muchos y nuestra tirada aumentaba sin cesar. Fue uno de los buenos efectos de haber aprendido a escribir artículos periodísticos. Otra consecuencia fue que las fuerzas vivas, al darse cuenta de que el periódico pertenecía a alguien que sabía utilizar la pluma, se creyeron en el caso de mostrarse amables y de animarme. Bradford continuaba imprimiendo las notas y los textos legales, así como diversos impresos oficiales. Pero sucedió que habiendo impreso una comunicación de la Cámara al Gobernador de forma bastante burda, hubo de reimprimirse, siendo nosotros los encargados. Como lo hicimos con elegancia y corrección y enviamos un ejemplar a cada miembro de la Asamblea, fueron sensibles a la diferencia, lo que extendió nuestro favor allí, quedándonos con los contratos al año siguiente.

Entre las amistades que hice en la Cámara no puedo olvidar a Mr. Hamilton, ya mencionado, que había regresado por entonces de Inglaterra y tenía allí su escaño. Mostró gran interés por mí en aquella ocasión y después en muchas otras, sin que dejara de dispensarme su favor hasta su muerte.

Por entonces, Mr. Vernon me recordó la antigua deuda que teníamos aunque sin atosigarme. Le dirigí una carta hábil acusando recibo y solicitando una nueva tregua a su tolerancia, que me fue concedida. Tan pronto como pude le pagué la suma correspondiente más los intereses y le di mis más expresivas gracias con lo que aquel error quedó en cierto modo enmendado.

Surgió, no obstante, una nueva dificultad que no entraba en mis cálculos, y fue que el padre de Mr. Meredith, que se había comprometido a correr con los gastos de primer establecimiento de nuestra imprenta, según lo tratado, no estaba en condiciones de pagar más que cien libras en metálico que ya se habían gastado; seguían adeudándose, sin embargo, otras cien libras al proveedor y éste se impacientó ostensiblemente y nos demandó a todos. Presentamos la oportuna caución, pero estábamos convencidos que si no conseguíamos los fondos necesarios a tiempo nos veríamos ante los tribunales y quizá expuestos a una ejecutoria legal, con lo que nuestras esperanzadoras perspectivas se irían al traste al tener que vender nuestro equipo tal vez a mitad de precio y hacer frente a nuestras obligaciones. En tan azaroso trance acudieron en mi ayuda, por caminos diferentes, dos verdaderos amigos que jamás podré olvidar. No se conocían entre sí ni yo les había pedido nada y

ambos me ofrecieron adelantar el dinero preciso para que yo me hiciera cargo de todo el negocio si ello era posible, porque consideraban desaconsejable mi sociedad con Meredith, que al decir de ellos era un borracho y un jugador notorio, a quien era fácil ver en todos los tugurios perjudicando con su conducta nuestro buen nombre. Aquellos dos amigos eran William Colemann y Robert Grace. Les indiqué que yo no podía plantear la disolución de la sociedad mientras hubiera esperanzas de que la familia Meredith cumpliera sus compromisos económicos, y que yo me sentía obligado con ellos por cuanto habían hecho conmigo y lo que sin duda harían, de serles posible. Les dije que si, de todos modos, no cumplían, se disolvería la sociedad y que entonces sería libre de aceptar su amistosa ayuda.

La cosa quedó en estos términos durante algún tiempo hasta que un día le dije a mi socio que su padre quizás estuviera descontento del papel que su hijo desempeñaba en aquel nuestro negocio y que en lugar de anticipar dinero a su hijo y a mí, tal vez prefiriera prestárselo sólo a su hijo, en cuyo caso debía decírmelo porque él se podía quedar con todo y yo me consideraría libre para seguir el negocio por mí mismo.

Me contestó que no; que ciertamente su padre estaba decepcionado pero que la realidad era que no podía afrontar el compromiso y que él no quería aumentar su disgusto. Añadió que siendo granjero pensaba que aquello no era para él, pues consideraba que había sido una tontería irse a la ciudad y con treinta años ponerse de aprendiz en un oficio. Me explicó que muchos de los galeses paisanos suyos iban a establecerse en Carolina del Norte, donde la tierra era barata, y que sentía deseos de irse con ellos y volver a su ocupación anterior. Dijo que no me sería difícil encontrar amigos que me ayudasen y acabó por proponerme que si me hacía cargo de las deudas de la sociedad, le devolvía a su padre las cien libras que había adelantado, pagaba sus pequeñas deudas personales, le daba treinta libras y una silla nueva para su caballo, cedería su parte, dejándome todo el negocio.

Acepté el trato y firmamos un documento que quedó registrado y sellado al punto. Le di lo que me pidió y se fue a Carolina, desde donde me envió al cabo de un año dos largas cartas con una excelente descripción, la mejor que yo conocía, sobre aquel país, su clima, sus tierras, sus razas ganaderas, etc., temas todos ellos en los que era muy ducho. Yo las publiqué en los periódicos, siendo muy bien recibidas por los lectores.

Apenas se hubo marchado, recurrí a mis dos nuevos amigos y como no quería darle preferencia a ninguno acepté la mitad de lo que cada uno me había ofrecido, puse el negocio a mi nombre, pagué las deudas de la compañía y di a conocer que la sociedad se había disuelto. Todo esto ocurrió en o hacia 1729.

Por aquella época la gente pedía insistentemente que se aumentara el papel-moneda, del que sólo había en la provincia un total de quince mil libras que pronto sería menos. Los ciudadanos ricos se oponían a que se aumentara el papel moneda, temiendo una desvaloración del dinero como había sucedido en Nueva Inglaterra, con los consiguientes perjuicios para los acreedores. Este tema fue discutido en nuestro club «Junto» y yo me mostré partidario del aumento, convencido de que la pequeña cantidad de billetes impresos en 1723 había favorecido el comercio, el nivel de empleo y había contribuido a que creciera el número de habitantes de la provincia, como se podía advertir por el número de casas antiguas que estaban ocupadas y por el ritmo de construcción de viviendas. Yo recordaba, por contraste, que cuando por primera vez me paseé por las calles de Filadelfia comiéndome mi barra de pan, vi por doquier anuncios de «se alquila» en Walnut Street, entre Second Street y Front Street, así como en Chestnut Street y en otras, que más bien daban la impresión de que los ciudadanos estaban abandonando la ciudad.

Nuestros debates en torno a este asunto me obsesionaban tanto que edité y distribuí un opúsculo titulado «La naturaleza y necesidad del papel-moneda», que la gente corriente recibió bien. A los ricos, en cambio, no les gustó porque contribuyó a reforzar el deseo de que se incrementara el papel moneda. Como no había escritores entre ellos para defender su postura, perdieron terreno y la votación correspondiente en la Cámara. Mis amigos diputados pensaron que yo había hecho un buen servicio y decidieron recompensarme encargándome la impresión de los billetes, trabajo muy lucrativo que me vino muy bien. Otra ventaja derivada de mi facilidad para escribir.

La utilidad del nuevo papel moneda pronto quedó demostrada y no volvió a ponerse en tela de juicio, pronto alcanzó las 55.000 libras y en 1739 las 80.000 libras, para subir luego durante la guerra a las 350.000 libras. El comercio, la construcción y el número de habitantes creció durante ese período, aunque ahora opino que en esto del papel moneda existen límites y que si no se respetan pueden derivarse perjuicios.

A través de mi amigo Hamilton obtuve poco después la concesión para imprimir papel-moneda en New Castle, encargo que me parecía también muy ventajoso, dadas las modestas aspiraciones que yo tenía entonces, sobre todo por lo que tuvo de estímulo para mí. Asimismo, Hamilton me proporcionó la edición de los textos legales y otros documentos del gobierno, que siempre conservé mientras estuve metido en este negocio.

Por fin abrí una pequeña tienda de papelería, donde tenía el mejor papel existente en el mercado. Mi amigo Breintnal me ayudaba en la tienda, donde vendíamos también libros, pergaminos y otros artículos. También empezó a trabajar un cajista llamado White Mash, a quien había conocido en Londres y que era un trabajador excelente. Como aprendiz tomé al hijo de Aquile Rose.

Pude ir devolviendo los préstamos que se me habían hecho para comprar la imprenta, poco a poco. Para reforzar mi crédito y mi nombre en el comercio me cuidé muy bien no sólo de ser laborioso y frugal de verdad, sino también de no aparentar otra cosa. Me vestía con sencillez y no me exhibía en lugares de diversión frívola. Jamás salí a pescar ni a cazar. Naturalmente, los libros no dejaban de robarme algún tiempo de trabajo, pero eso sucedía rara vez y, además, la lectura me ayudaba a descansar y no producía escándalo. Para demostrar que mi negocio no me había envanecido, a veces transportaba yo mismo en un carrito por la calle el papel que compraba en los almacenes. Con ello cimenté una buena fama de trabajador, buen pagador y asiduo en mis tareas. Mis relaciones con los abastecedores y librereros eran buenas y todo marchaba a plena satisfacción. Entretanto el crédito y el negocio de Keimer se resentía de día en día, hasta el punto de verse obligado a vender su casa para poder pagar a sus acreedores. Se marchó a Barbados y vivió allí algunos años muy pobremente.

Su aprendiz, David Harry, al que yo había enseñado cuando trabajamos juntos, se quedó con la imprenta después de comprar el equipo a Keimer. En un principio sentí inquietud por la competencia de Harry, debido a su valía y porque contaba con buenos colaboradores muy interesados en el negocio. Por eso decidí proponerle que nos asociáramos, cosa que rechazó con desprecio, por fortuna para mí. Era muy orgulloso, se vestía como un caballero, vivía a lo grande y salía a divertirse sin cesar, contrayendo numerosas deudas y descuidando el negocio, con lo que perdió clientela hasta que se encontró parado y decidió seguir los pasos de Keimer, marchándose a Barbados y llevándose la imprenta con él. Allí el antaño aprendiz empleó a su antiguo patrón como ayudante, sucediéndose las disputas y continuando Harry retrasado en sus pagos para al final vender sus cosas y regresar a Pennsylvania y trabajar en el campo de nuevo. El nuevo comprador de la imprenta volvió a contratar a Keimer, pero falleció pocos años después.

No quedaba ningún otro impresor de la competencia en Filadelfia excepto el viejo Bradford, rico y desocupado, que sólo hacía encargos ocasionales para ir tirando, pero sin interés especial por incrementar sus negocios. No obstante, al mantener la contrata de Correos, se suponía que tenía mejores oportunidades de enterarse de lo que pasaba; su periódico tenía mas fama que el mío en cuanto a anuncios y consecuentemente hacía más dinero con publicidad que yo, pues aunque yo utilizaba el correo para mi distribución, el ascendiente de Bradford era mayor y lo que yo lograba era a base de sobornar a los postillones y mensajeros, que aceptaban a título privado los encargos míos. Pero Bradford les prohibió hacerlo, cosa que produjo en mí no poco resentimiento. Me pareció su actitud tan mezquina, que cuando me encontré después en situación de poder hacer lo que él había hecho, tuve el buen cuidado de no comportarme jamás como él.

Todo este tiempo vivía yo con Godfrey, que ocupaba parte de mi casa con su mujer y sus hijos, y que conservaba una parte del taller para cuidarse de su negocio de cristalero, al que no dedicaba demasiado tiempo por estar siempre enfrascado en las matemáticas. La señora Godfrey tenía proyectos casamenteros acerca de mí con la hija de un familiar suyo, y no perdió oportunidad alguna de hacer que nos viéramos hasta lograr por mi parte que la cortejase formalmente, ya que la muchacha realmente lo merecía. Sus padres me abrumaban con invitaciones a comer y facilitaban cualquier ocasión para que estuviésemos solos. La señora Godfrey se ofreció de intermediaria para que se llegase a un principio de acuerdo sobre la dote. Le dije que estaría dispuesto a recibir en tal concepto lo que me quedaba de pagar por la imprenta, que, según mis cálculos, no pasaría de cien libras, a lo que se me contestó que no tenían aquel dinero. Le dije que podrían hipotecar en la oficina de préstamos su casa. Días después contestaron que el enlace no se aprobaba, pues según les había informado Bradford, la imprenta no era un negocio próspero; que los tipos se desgastarían pronto y que habría necesidad de reponerlos; que S. Keimer y D. Harry habían quebrado y que yo seguiría el mismo derrotero sin tardar mucho, por lo que, en definitiva, no se me concedería la mano de la hija ni se me abrirían más las puertas de su casa.

No supe a ciencia cierta si sus sentimientos hacia mí habían cambiado o si se trataba de una maniobra, porque creían que habíamos llegado demasiado lejos en nuestro afecto para dar marcha atrás, y que íbamos a forzar el matrimonio, con lo que ellos se encontrarían con las manos libres de hacer lo que quisieran en materia económica. En todo caso, yo tenía mis sospechas en este sentido y me molestó, por lo que corté la relación. La señora Godfrey trató después de dorarme la píldora contándome versiones favorables sobre este asunto y sugiriéndome la posibilidad de un reencuentro, pero yo me mostré irreductible en mi decisión de no tener más tratos con aquella familia. Los Godfrey se sintieron ofendidos con mi actitud hasta el punto de que rompimos nuestro contrato y finalmente se mudaron a otro sitio, con lo que yo me quedé con toda la casa, decidiendo no tomar más inquilinos. Con todo, este enojoso asunto había valido para que pensase en el matrimonio, por lo que empecé a fijar mi atención en posibles esposas. Pronto pude comprobar que el negocio de impresor no parecía considerarse como un buen partido para ninguna dama de las que yo podía desear. Pasaba el tiempo y mi pasión juvenil se manifestaba con creciente fuerza, llevándome a amoríos con diversas mujeres de no muy buena clase, con no pocos gastos e insatisfacciones por mi parte y con no menos temor de contraer alguna enfermedad infecciosa, cosa que me llenaba de terror y de la que felizmente me escapé.

Mantenia relaciones amistosas, como vecinos y viejos conocidos que éramos, con la familia de la señorita Read, que mantenía hacia mí el mismo afecto de los días en que me alojé en su casa. Me invitaban con frecuencia y

me pedían consejos en materia de negocios, que algunas veces les fueron útiles. Sentía compasión por la desgraciada situación de su hija, que se mostraba deprimida, con escasos momentos de contento y que rehuía la compañía por sistema. A menudo me reprochaba yo mi ligereza e inconstancia durante mi estancia en Londres como causas de su desgracia, a pesar de que su madre, en su bondad, insistiera en achacarse el motivo, por no haber consentido en que nos casáramos antes de mi partida y permitir la boda de su hija después. Se reavivó nuestro cariño recíproco, pero menudeaban los obstáculos. Aquella unión suya se consideraba como nula, pues se decía que en Inglaterra vivía una anterior esposa, cosa nada fácil de probar a causa de la distancia. Se decía también que el marido había muerto, pero no se había comprobado este extremo. De todos modos, aunque hubiera sido verdad, aquel hombre había dejado un sinnúmero de deudas que su sucesor debería pagar. No obstante, nos arriesgamos a afrontar esas dificultades y la tomé por esposa el día primero de septiembre de 1730, sin que surgiera después ninguna de las complicaciones que habíamos temido. Fue una compañera fiel y buena, me ayudó mucho y ambos nos esforzamos por hacernos recíprocamente felices. Así quedó enmendado otro de los errores de mi vida, de la mejor manera posible.

Por aquel entonces nuestro club se reunía no en una taberna sino en una pequeña habitación cedida por el señor Grace, y yo propuse que, como en los debates hacíamos frecuentemente referencia a nuestros libros, sería conveniente reunirlos todos en aquella habitación formando una biblioteca común que podríamos consultar durante los debates y estaría a la disposición de todos los socios. Así se acordó, llegando a cubrir una pared con los volúmenes que cada cual consideró pertinente llevar al club. No fueron tantos como esperábamos, y aunque nos resultaron muy útiles, la gente no los cuidaba adecuadamente y al cabo de un año cada cual se volvió a llevar su aportación bibliográfica a su casa.

Estaba ya a punto de lanzarme a mi primer proyecto público: el de una biblioteca por suscripción. Redacté el proyecto de reglamento, lo hice copiar en limpio por nuestro gran escribano Brockden y lo puse en marcha con la ayuda de mis buenos amigos del «Junto», que me buscaron suscriptores en número de cincuenta, que pagarían cada uno cuarenta chelines al año para comenzar, y luego diez chelines al año durante cincuenta años, que era lo que nuestra compañía debía durar legalmente. Después el plazo fue alargado a cien años. Aquello constituyó el antecedente de todas las bibliotecas por suscripción de Norteamérica, que ahora se cuentan por docenas y que crecen sin cesar. Gracias a estas bibliotecas se ha incrementado el arte de conversar entre los americanos; se ha hecho que la gente del campo y del comercio hayan podido desarrollar su inteligencia y codearse con caballeros de cualquier otro país e incluso es posible que hayan influido no poco a impulsar

la conciencia de las colonias en la defensa de sus privilegios.

Nota: Hasta aquí lo escrito no se propone más que lo indicado al comienzo y no contiene sino pequeñas anécdotas familiares sin interés general. A partir de este punto lo que se ha recopilado fue escrito muchos años después, cumpliendo lo aconsejado en estas cartas, y con el propósito deliberado de dirigirse al público. La interrupción que se produjo fue consecuencia de la Revolución.

(A continuación, siguen dos cartas recibidas por Franklin que, según él mismo explica, le impulsaron a continuar sus memorias, interrumpidas durante diez años.)

Mi querido y honorable amigo:

Con frecuencia he sentido deseos de escribirle, pero me ha disuadido el temor de que la carta pudiera caer en manos de los ingleses y que un editor o cualquier mequetrefe publicara alguna parte de ella, con las consiguientes complicaciones y disgusto para nuestros amigos y reproches para mí mismo.

Desde entonces han llegado a mi poder, para mi gran contento, unas veintitrés hojas tuyas, de su puño y letra, acerca de sus padres y de su vida, que dirigió a su hijo y que abarcan un período de su vida que finaliza en 1730. Con ellas venían unas notas, asimismo de su puño y letra, de las que le acompaño copia con la esperanza de que, si usted continuó su narración hasta una fecha posterior, pueda juntar la primera con la segunda parte de ella, y, si aún no la ha continuado, no la demore mucho. La vida es contingente tal como nos predicamos en la iglesia; si el amable, humano y benévolo Ben Franklin privara al mundo y a sus amigos de relato tan útil como entretenido, ¿qué excusa podría darse a tantos presuntos millones de lectores?

La influencia que ejercen sobre la juventud los escritos de esta naturaleza es enorme, como se deduce de lo que ha ocurrido con el Diario. Casi sin notarlos lleva a los jóvenes a decidirse en su fuero interno a seguir la senda del bien y la fama que siguió el narrador. Por eso, cuando se publiquen sus cuartillas inducirán como estoy seguro que harán a nuestra juventud a emular la laboriosidad y la templanza de los años mozos de su autor. ¡Qué beneficiosa sería la obra de usted para los jóvenes! No conozco a ningún personaje vivo, ni siquiera a un grupo de ellos, que pueda, como usted, imbuir en la juventud americana el espíritu de trabajo, el temprano interés por los negocios, la frugalidad y la templanza. Y no es que me niegue a admitir que su obra pueda tener otro mérito y utilidad para la humanidad, muy al contrario, pero su primer mérito y utilidad supera con mucho a todos los demás...

Confío en que no precisaré disculparme ante mi buen amigo por haber atraído a colación estas cosas, convencido como estoy de que le gusta

esforzarse por causas nobles.

(firmado) Abel James

Esta carta y las minutas que figuraban como anexo le fueron mostradas a un amigo. Recibí de él la siguiente respuesta:

París, 31 de enero de 1783

Mi muy querido amigo:

Cuando terminé de leer minuciosamente las cuartillas donde se relatan los acontecimientos de su vida que su amigo cuáquero ha salvado del olvido, le dije que le enviaría una carta explicándole los motivos que a mi juicio hacían útil que se completaran y publicaran. Razones de diversa índole han ido impidiendo que terminara esta carta y, sinceramente, no sé si valdrá la pena haberse hecho esperar tanto. De todos modos, al disponer ahora de la tranquilidad necesaria, lo hago para, al menos, entretenerme e instruirme a mí mismo; pero como tengo tendencia a utilizar términos que pueden producir disgusto a personas de su calidad, me limitaré a decirle lo que hubiera dicho a cualquiera otra persona semejante a usted, pero menos tímida. Le diría simplemente: señor mío, le pido el relato de su vida por lo siguiente: porque su historia personal es tan singular que si no la da a conocer habrá otro que lo haga, con lo que tal vez se produzca tanto perjuicio como beneficio se haría con la suya; a mayor abundamiento, porque serviría para dar una gráfica descripción de las cualidades de su país, con los consiguientes buenos resultados en cuanto al posible interés de presuntos colonizadores, de acendradas virtudes y espíritu valeroso. Considerando, por lo demás, la avidez con que se busca ese tipo de información, así como lo extendido de la fama de usted, no veo que haya otro medio publicitario más eficaz que el de su propia vida. Cuanto le ha acontecido es de aplicación a todos los que tratan de elevarse, punto en el que no creo que los escritos de César o de Tácito sean más interesantes que los de usted para quien quiera juzgar a la sociedad y a la naturaleza humanas. Pero, señor mío, éstas son razones de importancia secundaria, en mi opinión, si se las compara con el efecto que el relato de su experiencia puede tener en la formación de futuros grandes hombres. Dicho relato, junto con su trabajo «El arte de la virtud» (que se propone publicar) contribuirá a perfeccionar los rasgos personales del carácter de muchas personas y, consiguientemente, a crear una mayor felicidad tanto a nivel público como a nivel privado. Las dos obras de usted a que aludo servirán, señor, de norma y ejemplo de autoeducación. La escuela y otras instituciones didácticas suelen basarse en principios equivocados, y funcionan dentro de un torpe mecanismo casi siempre orientado a metas equívocas. Su dispositivo, empero, es bien simple y el objetivo totalmente acertado, y mientras los padres y los jóvenes se vean desprovistos de otros medios para prepararles para la

vida, el hallazgo de usted de que en la práctica el secreto reside en la capacidad de uno mismo, es de enorme valor. La influencia que se puede ejercer en el carácter de una persona de edad madura es de poca transcendencia; en la juventud es cuando se configuran nuestros hábitos y perjuicios más radicales, cuando se fija nuestra vocación profesional, nuestras inclinaciones y se decide nuestro matrimonio. En definitiva, cuando se es joven se fija el rumbo, se recibe la educación que va a valer nos hasta la generación siguiente; se fija nuestra personalidad hacia adentro y hacia la sociedad. Como nuestra vida se edifica sobre esa juventud, lo que ella nos marque es lo que seremos durante toda nuestra existencia. Pero es que su autobiografía no ha de servir solamente para los autodidactas, sino como educación del hombre prudente, que aprenderá y mejorará su personalidad con el ejemplo de la conducta de otro hombre prudente y discreto. Tampoco tenemos por qué privar al débil de carácter del beneficio de poder aprender de otros la fortaleza, sobre todo si tenemos en cuenta los errores que la humanidad ha cometido por falta de guía, en toda su historia. Por eso, señor mío, no dudo en exhortarle a que enseñe a los demás lo mucho que se puede hacer y que se lo enseñe tanto a los padres como a los hijos, invitando a todos los hombres discretos y a los demás a parecerse a usted. Cuando vemos lo crueles que pueden ser los estadistas y los guerreros para con la humanidad y lo absurdo de la conducta de personas muy distinguidas para con su prójimo, no cabe duda de que resultará de lo más aleccionador ver muchos ejemplos de proceder pacíficos y ecuanímenes, y sacar la consecuencia de que ser grande, civilizado y envidiable es perfectamente compatible con la hombría de bien y el buen humor.

Los pequeños incidentes que usted haya de relatar también resultarán útiles, ya que todos precisamos fundamentalmente normas de prudencia en nuestros más corrientes trances y la forma en que usted se comportó frente a ellos ha de resultar de lo más interesante. Puede dar, en cierta medida, una especie de clave de la vida, servir para explicar muchas cosas que gran cantidad de hombres debieron haberse explicado a sí mismos alguna vez, y ofrecerles la oportunidad de alcanzar la sabiduría y la clarividencia. Lo más parecido a la experiencia propia es ver revestida de interés la de aquellos que han sabido desenvolverse bien en condiciones similares a las nuestras; eso es lo que la pluma de usted puede brindar; estoy convencido de que las cosas que nos parecen más simples las mostrará usted con gran originalidad, igual que si se tratara de temas políticos o filosóficos importantes. En definitiva, ¿qué cosa más importante puede haber que la propia vida, incluidos sus errores?

Han existido hombres de una virtud ciega, otros que se han perdido en especulaciones mentales y otros que han procedido con astucia, pero para el mal. En cambio usted, señor mío, sabe enseñar en cada momento lo que resulta bueno, práctico e inteligente. Su autobiografía (y supongo que el

cuadro que estoy trazando del Dr. Franklin no es sólo de los rasgos de su carácter, sino también de su historia personal), deja bien claro que no ha sentido usted vergüenza de sus humildes orígenes, cosa tanto más importante cuanto que prueba lo poco que importan los orígenes para alcanzar la felicidad, la virtud y la grandeza. Como no hay fin sin medios, se ve por sus escritos cómo fue capaz de trazarse un plan antes de fijar sus objetivos. Y al propio tiempo podemos ver que, aun cuando el acontecimiento sea halagador, los medios son todo lo sencillos que la prudencia y la discreción dicta, es decir, los que aconseja la naturaleza, la reflexión y la costumbre, mostrará usted también que la virtud de saber esperar el momento oportuno es importante para alcanzar el éxito en el gran teatro del mundo. Como nuestras sensaciones se fijan fundamentalmente en el presente, tendemos a olvidarnos de que a cada instante forzosamente le han de seguir otros, de suerte que hemos de cuidarnos de acomodar nuestra conducta a todo el transcurrir de una vida. Usted parece que ha sabido aplicar con oportunidad sus saberes a cada momento de su vida llenándola de contenido y sano goce, en lugar de dejarse atormentar con estupideces, impaciencias o remordimientos. Eso es algo que puede resultar fácil a quienes han llegado a adquirir la imperturbabilidad que aprendieron de los grandes hombres, que muchas veces se caracterizan precisamente por su paciencia. Su corresponsal cuáquero (de nuevo doy por sentado que ésta mi carta retrata bien al Dr. Franklin) alababa mucho la sobriedad de usted, así como su diligencia y su templanza, que consideraba modélicas para la juventud. Resulta curioso que se haya olvidado de su modestia y su desinterés, sin los cuales le habría sido imposible haber sabido esperar su triunfo ni haberse sentido cómodo esperándolo, lo cual es una gran lección que muestra la mezquindad de la gloria y la importancia de saber controlar nuestra mente. Si este corresponsal hubiese conocido la reputación de usted tan bien como yo la conozco, hubiera dicho que los primeros escritos y acciones de usted garantizaban el interés por su «Biografía» y por «El arte de la virtud», y que, a su vez, estas dos obras atraerían la atención general hacia aquellos escritos y acciones. Es ésta una gran ventaja de los personajes multiformes, que sirve para realzar todos sus atributos, y que es tanto más útil cuanto que son muchas las personas que no aciertan a encontrar los medios para perfeccionar su inteligencia y su personalidad aunque no les falte la decisión de hacerlo. Una última reflexión, señor, mostrará la utilidad didáctica de su vida simplemente por ser una mera biografía. Su estilo literario puede parecer pasado de moda y, sin embargo, es muy aleccionador, sobre todo si se compara con el de muchos intrigantes y figurones, con el de bastantes personajes monásticos atormentados y con el de vacuos literatos. Y si animara a que se escribieran otras obras de este estilo e impulsara a que hubiera más personas que viviesen vidas dignas de escribirse, su biografía sería más valiosa que todas las «Vidas paralelas» de Plutarco juntas. Pues bien: cansado como

me encuentro de imaginarme y representarme a un personaje ideal, cada rasgo del cual sólo corresponde a una persona en el mundo sin alabarla por ello, va siendo hora de que concluya mi carta, querido Dr. Franklin, apelando a su propia personalidad. En consecuencia, deseo de todo corazón que haga patentes al mundo los auténticos rasgos de su personalidad, para que no puedan los demás caer en la tentación de deformarlos o calumniarlos. Teniendo en cuenta su edad, su prudencia y su peculiar forma de pensar, no es probable que nadie que no sea usted conozca suficientemente los hechos de su vida o las intenciones de su mente. Y además de todo lo anterior, la tremenda revolución que estamos viviendo en estos momentos servirá para que fijemos la atención en el autor de esa biografía. Una biografía que pretende que se han seguido principios virtuosos debe demostrar que, efectivamente, así fue. Como es indudable que la personalidad de usted será la que más se analizará, es justo y conveniente (incluso pensando en los efectos que pueda tener en su extenso país que está surgiendo, y también en Europa e Inglaterra), que aparezca respetable y eterna. He mantenido siempre que, para promover la felicidad humana, es preciso demostrar que el hombre no es, ni siquiera en nuestros tiempos, un animal abyecto; y aún es más necesario probar que dirigirle bien puede perfeccionar grandemente un ser. Por eso mismo aspiro con todas mis fuerzas a ver cómo se llega a admitir como algo axiomático que existen buenas personas en la especie humana; pues en el momento en que todos los humanos pensarán que no había salvación para el hombre, se caería en la más profunda desesperación, y todos optarían por pescar en el río revuelto de la vida, sin otra mira que su propio egoísmo. Emprenda cuanto antes, señor mío, la tarea que le pido. Muéstrese como bueno puesto que lo es; lleno de templanza, puesto que la tiene; y, sobre todo, demuestre que usted es una persona que desde la infancia ha amado la justicia, la libertad y la concordia y que ese amor ha hecho que, de forma natural y coherente, actuara usted como le hemos visto hacerlo en los últimos diecisiete años de su vida; consiga hacerse no sólo respetar sino querer de los ingleses. Cuando piensen favorablemente de los individuos de la patria de usted, estarán más próximos a creer en esa patria; y cuando sus paisanos se aperciban del buen concepto en que les tienen los ingleses, también se sentirán mejor dispuestos a pensar bien de ellos. Difunda más aún sus opiniones; no se detenga en la frontera de aquellos que hablan inglés, sino que, dado que usted ha sentado tantos principios respecto a la naturaleza y la política humanas, trate de mejorar a toda la humanidad. Como no he llegado a leer nada de la biografía en cuestión y sólo conozco a quien la vivió, hablo un poco por presunciones, lo cual no me impide estar seguro de que la vida y el libro a que me estoy refiriendo («El arte de la virtud»), colmarán todos mis anhelos, máxime si usted se decide a acomodarlos a las opiniones que he intentado expresar. Si, a pesar de ello, no resultaran tan satisfactorias como desea éste su fanático admirador, al menos

habrá logrado usted reunir unos escritos que interesarán a todos los humanos, lo cual ya es bastante para realzar lo que de noble hay en el hombre, que, de otro modo, está abocado a las tinieblas con que le acosan la inquietud y el dolor. En esta esperanza y en la confianza de que sabrá usted prestar oídos a ésta mi súplica, le ruego se sirva aceptarme como su más atto. s. s., etc.

Firmado: Benj. VAUGHAM

Continuación del relato de mi vida, comenzando en Passy, 1784.

Ha transcurrido algún tiempo desde que recibí las cartas anteriores y no he podido dar satisfacción a lo que en ellas se me pedía por culpa de mi exceso de trabajo. Por otro lado, si hubiera estado en casa con mis papeles para ayudar a la memoria, podría haber sido más fácil, pero mi regreso es problemático y, como ahora dispongo de algún tiempo de ocio, voy a tratar de recopilar datos y fechas y escribir lo que pueda. Si vivo para volver a casa, podré entonces hacer las correcciones necesarias.

Como no tengo ningún ejemplar aquí de lo que he escrito antes, no recuerdo si me he referido ya a cómo me las arreglé para abrir la primera biblioteca pública de Filadelfia, que con tan humildes comienzos se ha desarrollado de forma tan considerable, aunque sí recuerdo haber narrado lo que hice hasta aproximadamente 1730, año de aquel hecho. Por consiguiente, comenzaré mi recopilación a partir de ese momento, debiendo desecharse cuanto haya podido contar ya.

En aquel entonces, cuando me establecí en Pennsylvania, no existía ninguna buena librería en ninguna de las colonias al sur de Boston. Por supuesto que en Nueva York y Filadelfia los impresores se ocupaban también del negocio de la papelería, pero sólo vendían papel, almanaques, coplas y romances y algunos libros corrientes de texto. Los que amaban la lectura no tenían más remedio que pedir sus libros a Inglaterra. Los socios del «Junto» tenían los suyos propios, que no eran muchos. Habíamos dejado la cervecería donde nos reuníamos y habíamos alquilado una habitación para nuestras juntas y entonces propuse que lleváramos libros a dicha habitación no sólo para facilitar las consultas que suscitasen nuestras reuniones, sino para que todos nosotros pudiéramos llevarnos a casa, con entera libertad, los que deseáramos. Así se hizo para satisfacción de todos, pero sólo por algún tiempo. De ahí, visto el servicio que prestaba, surgió la idea de crear una biblioteca pública de suscriptores. Confeccioné los estatutos con la valiosa ayuda de un técnico en la materia, Mr. Charles Brockden, fijándose las cuotas anuales para la compra de los primeros libros y para futuras adquisiciones. No pudo incrementarse mucho la biblioteca en sus comienzos, pues el número de lectores era limitado y de pocos recursos. En conjunto no pasaron de cincuenta lectores los que pude alistar con gran trabajo, en su mayoría jóvenes que trabajaban en el

comercio y que pagaban cuarenta chelines por cabeza por suscribirse, más diez chelines en concepto de cuota anual. Con esos pequeños ingresos empezamos a importar libros. Se abría la biblioteca una vez por semana y se distribuían los préstamos de libros con recibos, comprometiéndose el usuario a pagar el doble si no los devolvía a tiempo. Esta biblioteca resultó un éxito y fue copiada en otras ciudades y provincias. Las donaciones enriquecían los fondos bibliográficos y en suma se puso de moda leer. Como, por otra parte, no abundaban los espectáculos, la lectura era un recurso, de suerte que en pocos años nos consideraban los forasteros gente más instruida y culta que la de nuestro nivel social de otros países.

Cuando estábamos a punto de firmar los artículos a que antes he hecho referencia, que para nosotros y nuestros herederos eran vinculantes por espacio de cincuenta años, Mr. Brockden, el escribano, nos dijo que aun siendo jóvenes, teníamos pocas posibilidades de vivir para ver el término del plazo legal establecido. Se equivocó, puesto que buena parte de nosotros estamos vivos aún, pero el documento redactado quedó sin valor a los pocos años, al redactarse unos estatutos por los que se daba a la compañía carácter perpetuo.

Las objeciones y reservas con que tropecé al solicitar suscripciones me hicieron ver muy pronto lo erróneo de aparecer como promotor de un proyecto útil del que cabía esperar una cierta fama, en vista de lo cual me dispuse a quedar en un segundo plano, presentándolo como idea de «un grupo de amigos» que me habían pedido que hiciera algo en favor de los amantes de la lectura. De esta forma las cosas rodaron más suavemente, con lo que yo me di cuenta de las ventajas que la nueva estrategia presentaba, que luego he puesto repetidamente en práctica, con éxito, y que les recomiendo encarecidamente. A veces un ligero sacrificio de la vanidad personal y dejar que los demás se adornen con plumas ajenas, compensa a la hora de buscar resultados prácticos. Además, el mecanismo de la propia envidia hará que esas plumas vuelvan a su legítimo propietario.

Con la biblioteca conseguí no sólo realizar un servicio público, sino incrementar mis conocimientos. Cada día dedicaba una o dos horas al estudio, con las consiguientes ventajas en cuanto a compensar la falta de aquella instrucción que mi padre pensó un día en darme. Leer era, además, el único entretenimiento que yo me permitía, ya que no frecuentaba tabernas, ni ligaba, ni me dedicaba a otras frivolidades. El negocio me seguía exigiendo que me dedicara a él con toda diligencia, ya que estaba todavía en deuda por la imprenta, tendría pronto unos hijos que educar y había de enfrentarme con dos competidores que se habían establecido antes que yo. Pero mi situación iba mejorando; las costumbres frugales continuaban siendo mi norma de vida, conforme con los consejos que mi padre me daba de pequeño y aquel

proverbio de Salomón que solía repetirme: «Aquel que es diligente en su vocación será presentado ante los reyes y no ante los hombres mezquinos.» Desde entonces vi en la diligencia y laboriosidad un medio idóneo de alcanzar riqueza y distinción, aunque no aspiraba a ser recibido exactamente por reyes, cosa que luego resultó ser cierta, ya que me han recibido nada menos que cinco e incluso me he sentado con el de Dinamarca, como su invitado, a cenar.

Existe un proverbio inglés que dice:

Quien quiera medrar

que consulte a su mujer.

Tuve la suerte de que la mía fuera tan laboriosa y tan frugal como yo. Me ayudaba, llena de alegría, en mi negocio, doblaba y juntaba los cuadernillos, atendía la tienda, compraba trapos viejos para los fabricantes de papel, etc. No empleamos a ningún doméstico inútil. Nuestra mesa era sencilla y el mobiliario de nuestro hogar de lo más barato. Mi desayuno, por ejemplo, consistió durante bastante tiempo en pan y leche (nunca té), servido en un cuenco de barro de dos peniques, con una cuchara de un penique. Nótese, no obstante, cómo el lujo puede meterse de rondón en las familias a pesar de sus principios. Cierta mañana avisan para desayunar y me encuentro con una taza de porcelana y una cuchara de plata que mi mujer, sin consultarme, había comprado por la enorme cantidad de veintitrés chelines, con la única excusa de que su marido merecía comer con cuchara de plata y con un servicio de china como lo hacían todos nuestros vecinos. Esta fue la primera vez que la plata y la porcelana entraron en nuestra casa; luego siguieron haciéndolo, a medida que nuestras posibilidades aumentaban, hasta que alcanzaron en conjunto y gradualmente un valor de varios cientos de libras.

Mi educación religiosa había sido presbiteriana y aunque algunos de sus dogmas, tales como los mandamientos de Dios, el de que hay elegidos y réprobos, etc., me parecían incomprensibles y otros dudosos, y no me dejaba ver casi nunca en los cultos públicos dominicales de la secta, porque dedicaba ese día libre a leer, siempre tuve ciertos principios religiosos. No dudé jamás, por ejemplo, de la existencia de la Divinidad como principio creador del mundo y de la Providencia que lo gobernaba. Siempre creí que lo mejor para servir a Dios era hacer el bien al prójimo; que nuestra alma es inmortal, que el mal se castiga y la virtud se premia o aquí o en el más allá. Para mí éstos eran los principios básicos de toda religión, y como se encontraban en todos los credos religiosos de nuestro país, yo los respetaba pero no a todos lo mismo, porque me daba cuenta de que estaban mezclados con otras normas que no inspiraban, promovían o reforzaban moralidad alguna, ya que sólo servían para dividirnos y enemistarnos unos con otros. Este respeto y mi opinión de que hasta en lo peor se puede encontrar algo bueno, me movió siempre a evitar

decir nada que pudiera menoscabar el buen concepto que otra persona tuviera de su religión, y como a nuestra provincia llegaba cada vez más gente y no cesaban de necesitarse y erigirse iglesias y lugares de culto por colecta, nunca me negué a contribuir con mi ébolo, sin fijarme de qué secta se trataba.

A pesar de que rara vez asistía a cultos públicos, yo no dejaba de admitir su utilidad cuando se hacían con propiedad y nunca dejé de pagar mi contribución anual para sostener al único ministro presbiteriano que teníamos en Filadelfia. A veces me visitaba como amigo y me amonestaba por no asistir a la iglesia, lo que de vez en cuando hacía, incluso en cierta ocasión por espacio de cinco domingos consecutivos. Si hubiera sido, en mi opinión, aquel ministro un buen predicador, quizás hubiera seguido acudiendo al culto, a pesar de mis estudios dominicales, pero sus sermones eran, sobre todo, o polémicos o explicativos de las doctrinas características de nuestra secta, y me resultaban excesivamente áridos, faltos de interés y poco edificantes al no inculcar principio moral alguno, pues parecía que se orientaban más a hacernos presbiterianos que buenos ciudadanos. En una ocasión tomó como tema de su plática el versículo del capítulo cuarto de las cartas a los Filipenses, que dice: «Por lo demás, hermanos, atended a cuanto hay de verdadero, de honorable, de justo, de puro, de amable, de laudable, de virtuoso y de digno de alabanza, a eso estad atentos». Yo imaginaba que con semejante texto no podría faltar alguna lección moral, pero me equivoqué porque continuó enumerando los cinco puntos de la apostólica epístola, a saber: 1.º) Observad la fiesta del domingo. 2.º) Leer con diligencia las Sagradas Escrituras. 3.º) Asistir a los cultos públicos. 4.º) Recibir los Sacramentos. 5.º) Otorgar el debido respeto a los ministros del Señor. Puede que todos esos preceptos fueran muy santos y muy buenos, pero como no eran lo que yo esperaba del texto, desesperé de encontrar tales enseñanzas en aquellos sermones y dejé de asistir. Años atrás, en 1728, había yo redactado una pequeña obra litúrgica o plegaria para mi uso personal, que se titulaba Artículos de fe y actos religiosos. Volví a usarla y nunca más volví a la iglesia. No niego que se me pueda reprochar tal decisión, pero es algo en lo que no entro, pues lo que ahora me propongo es relatar los hechos y no disculparme por ellos.

También fue por aquel entonces cuando concebí el osado y difícil proyecto de llegar a la perfección moral. Deseaba vivir sin cometer nunca falta alguna y estaba dispuesto a aprovechar todo lo que la naturaleza, la costumbre y la amistad pudieran proporcionarme para ello. Como yo sabía o creía saber lo que era bueno o malo, no veía razón ninguna para hacer aquello siempre y evitar esto. Pronto vi lo difícil de mi empeño porque mientras mi atención se concentraba tratando de defenderme contra una falta, me veía sorprendido por otra. El hábito se aprovechaba de la falta de atención, y la inclinación natural con frecuencia triunfaba sobre la razón. Acabé por admitir que el puro deseo teórico de practicar la virtud no era suficiente para evitar que tropezásemos, y

que había que romper con los malos viejos hábitos y adquirir otros buenos para que pudiésemos confiar en una rectitud de conducta uniforme y duradera. A este fin me apliqué basándome en el método que voy a explicar.

De las diversas listas de virtudes morales con que me había tropezado en mis lecturas saqué en consecuencia que con diversas palabras y diverso número de prácticas todos venían a decir lo mismo. La templanza, por ejemplo, unos la reducían a la comida y la bebida, mientras que otros la entendían como moderación en todos los placeres, apetitos, inclinaciones o pasiones, fueran mentales o físicos, incluyendo entre ellos a la avaricia y a la ambición. Yo me propuse, sólo por aclarar conceptos, alargar la lista de nombres cada uno con unos pocos conceptos, en lugar de utilizar unos pocos nombres y muchos conceptos. Coloqué bajo el nombre de trece virtudes todo cuanto de deseable o necesario se me ocurrió entonces, y añadí a cada virtud un corto precepto que aclaraba totalmente la extensión que yo daba a su significado.

Estas eran las virtudes y preceptos:

1. Templanza. No comer hasta sentirse torpe. No beber hasta achisparse.
2. Silencio. Hablar sólo cuando favorezca a los demás o a uno mismo. Evitar conversaciones baladíes.
3. Orden. Cada cosa en su sitio. Que cada parte de nuestros negocios tenga su tiempo de hacerse.
4. Decisión. Decidir hacer lo que se debe hacer. Hacer sin desmayo lo que se ha decidido.
5. Frugalidad. No gastar sino en lo que beneficie a los demás o a nosotros, es decir, no desperdiciar nada.
6. Laboriosidad. No perder tiempo. Emplearse siempre en quehaceres útiles. Cortar todas las acciones innecesarias.
7. Sinceridad. No causar daño engañando. Pensar con justicia e inocencia y, si hablamos, hacerlo en consecuencia.
8. Justicia. No hacer daño a nadie con injurias y no dejar de hacer las buenas acciones que tenemos la obligación de realizar.
9. Moderación. Evitar los extremismos. Abstente de sentirte agraviado por las injurias que te hagan, por más que creas que tienes razón para ello.
10. Limpieza. No consentir la falta de limpieza en el cuerpo, la ropa o la casa.
11. Tranquilidad. No dejarse perturbar por banalidades o por accidentes normales o inevitables.

12. Castidad. Usar pocas veces del sexo como no sea por razones de salud o para perpetuar la especie, y nunca hasta el extremo de que produzca debilitamiento físico o mental o menoscabo de la tranquilidad o el buen nombre de uno mismo o de los demás.

13. Humildad. Imitar a Jesucristo y a Sócrates.

Yo me proponía adquirir el hábito de estas virtudes y para ello juzgué necesario no dispersarme tratando de alcanzarlas todas a la vez, sino una a una, convencido de que al lograr algunas se haría más fácil llegar a poseer las demás. Por eso comencé con la templanza, pues tiene una amplia aplicación en todo y nos procura la serenidad y la claridad de juicio, tan necesarias para mantenernos vigilantes en todo momento contra la vuelta a los malos hábitos y a las tentaciones. Una vez afianzado en la templanza, sería más fácil conseguir la virtud del silencio. Como yo deseaba incrementar mi saber al tiempo que mejoraba en virtud, como pensaba que en la conversación es más necesario saber escuchar que hablar y, en consecuencia, quería perder la costumbre que estaba adquiriendo de charlotear sin parar, de hacer juegos de palabras y de abusar de los chistes, cosas buenas sólo para compañías intrascendentes, puse la virtud del silencio en segundo lugar. Con este buen hábito y el siguiente, que era el orden, esperaba yo obtener una mejor economía del tiempo que me sería útil para mi perfeccionamiento moral y para mis estudios. Luego lucharía por lograr hacer habitual en mí la decisión, con la cual sería posible la firmeza necesaria para lograr otras virtudes; la frugalidad y la laboriosidad me liberarían de lo que restaba de mi deuda y me aportarían holgura e independencia, con las cuales resultaría más fácil practicar la sinceridad y la justicia; y así sucesivamente... Considerando que el examen diario de conciencia estaría en armonía con el consejo que Pitágoras nos legó en versos de oro, ideé el siguiente método para efectuar dicho examen.

Me hice un librito en el que dediqué una página a cada una de estas virtudes, y reglé, con tinta roja, siete columnas en cada página, de suerte que cada día de la semana tuviera su correspondiente columna, y en la parte superior de cada columna marqué con una letra cada día de la semana. Las columnas las crucé con líneas horizontales rojas y al comienzo de cada espacio horizontal escribí la primera letra de una de las virtudes. A lo largo de este espacio horizontal dedicado a una virtud, y en la columna correspondiente a cada día, iría marcando con un pequeño punto negro cada una de las faltas que, tras el diario examen de conciencia, viera que había cometido contra dicha virtud en aquella fecha.

Me propuse dedicar especialmente cada semana a una virtud diferente. Así, en mi primera semana puse especial cuidado en no cometer falta alguna contra la templanza, sin hacer hincapié especial en las demás, marcando por la noche, eso sí, las faltas en las que pudiera haber incurrido aquel día. Si, por ejemplo,

al final de esa primera semana lograba que en la primera línea, dedicada a la letra «T», no apareciera ningún punto negro, juzgaba que el hábito de aquella virtud se había afianzado y su vicio correspondiente debilitado, por lo que a la semana siguiente podía aventurarme a dedicar mi atención a la siguiente virtud, esforzándome porque, en esa semana, en los espacios de arriba no hubiera ningún punto negro. Siguiendo este procedimiento hasta repasar la lista de las virtudes, terminaba el ciclo completo en trece semanas, que podía repetir cuatro veces al año. Y de igual manera que quien quiere limpiar de malas hierbas un jardín no trata de arrancarlas todas al tiempo, porque la tarea sería superior a sus fuerzas, sino que limpia un macizo y luego otro hasta terminar con todos, así yo tendría el placer y el estímulo (por lo menos ésa era mi esperanza) de observar cómo los puntos negros iban desapareciendo de mis recuadros hasta que al final de mis ejercicios morales las columnas se verían limpias de faltas después de trece semanas de examen diario de conciencia.

La leyenda que encabezaba mi libro de ejercicio de virtudes estaba sacada del Catón de Addison y rezaba así:

Mi tesis es ésta: Si hay un poder sobre nosotros (y lo hay puesto que la naturaleza lo proclama bien alto en sus obras), debe complacerse en la virtud, y quien le complazca se sentirá sin duda feliz.

También incluí una cita de Cicerón:

O vitae philosophia dux! O virtutum indagatrix, expultrixque vitorum! Unus dies bene et ex preceptis tuis actus, peccanti immortalitati est anteponeendus.

Y otra más de los proverbios de Salomón que alude a la sabiduría y a la virtud y que dice:

«Lleva en su diestra la longevidad y en su siniestra riqueza y los honores»... «Sus caminos son caminos deleitosos y son paz toda su senda» (III, 16, 7). Confiado en que Dios es la fuente de toda sabiduría, pensé que era justo y necesario pedir su ayuda para obtenerla y, a tal fin, compuse la siguiente oración, que coloqué delante de mis tablas de examen de conciencia para recitarla todos los días:

¡Oh Bondad Todopoderosa, oh Padre magnánimo, oh Señor misericordioso! Aumenta mi inteligencia para que pueda descubrir cuáles son mis verdaderos intereses, fortalece mi voluntad para poder hacer lo que mi inteligencia me dicte. Acepta mis buenas obras para con tus otros hijos, que son la única forma que está a mi alcance de corresponder los continuos favores que me dispensas.

También utilizaba de vez en cuando otra oración extraída de los Poemas de Thomson:

Señor de la luz y de la vida, suprema Bondad
Enséñame el bien, muéstrate a mí
Sálvame de la vanidad, el error y el vicio
Protégeme de toda mezquindad. Llena mi alma
con el conocimiento, la paz consciente y la virtud pura,
eterna, sagrada y sublime bienaventuranza.

El precepto del orden exigía que cada parte de mi quehacer encontrara su momento preciso. Por eso, una página de mi librito contenía el siguiente plan para que las veinticuatro horas del día tuvieran su ocupación.

Comencé a poner en práctica mi plan para examinar mi conducta, y salvo breves intervalos, lo seguí durante algún tiempo. No me dejó de sorprender el gran número de faltas que descubrí en mí, si bien me cupo la satisfacción de constatar que ese número fue disminuyendo con el tiempo. Para evitarme la molestia de renovar mi librito de vez en cuando, o de tener que borrar las marcas de las faltas y hacer sitio para otras anotaciones, porque a fuerza de borrar se me hacían agujeros en el papel, decidí pasar mis tablas y mis preceptos a las hojas de marfil de un libro de notas en el que trazaba las líneas con tinta roja que no desaparecían fácilmente. Sobre dichas líneas yo anotaba mis faltas con lápiz de mina negra, que luego podía borrar con una esponja húmeda. Después de algún tiempo sólo realicé un ciclo anual y, más tarde, sólo un ciclo en varios años; finalmente dejé de ocuparme por entero de este diario al verme obligado a viajar de continuo y debido a mis ocupaciones múltiples, pero nunca me olvidé de llevar conmigo el librito. Mi plan para adquirir el orden me produjo un buen número de preocupaciones, y si bien comprobé que era viable para el hombre de negocios que contase con algún tiempo libre, para un regente de imprenta, por ejemplo, la cosa no era tan sencilla, porque el patrón debe cuidar las relaciones sociales y cada dos por tres me veía precisado de recibir a gentes de negocios en las horas que a ellos les convenía. El orden se refiere también a la colocación de cada cosa en su sitio, ordenar los papeles, etc. Me parecía enormemente difícil habituarme a ello; por no estar acostumbrado al método desde joven y por disfrutar de una extraordinaria memoria, no me daba cuenta de los inconvenientes de no ser ordenado y metódico. La adquisición de esta virtud me exigía concentrar la atención con tan dolorosos esfuerzos, las faltas que cometía en este capítulo me resultaban tan particularmente mortificantes, hacía tan escasos progresos en mejorarme en este aspecto y mis recaídas en el orden eran tan frecuentes, que casi llegué a pensar en claudicar y admitir que tendría que vivir con este defecto en mi carácter. Era como aquél que compró un hacha a su vecino el herrero y quería que toda la hoja estuviera tan brillante como el filo. El herrero

accedió a pulirla pero a condición de que el otro le diera a la rueda de amolar. El cliente daba vueltas a la rueda mientras el herrero apretaba fuertemente la pala del hacha contra la piedra, lo que hacía la labor de aquél muy fatigosa. El cliente no hacía más que soltar la manivela para ver cómo iba el hacha, y finalmente decidió llevársela como estaba sin pulirla más. «No», le decía el herrero, «siga, dele a la rueda, que la iremos puliendo poco a poco, que le quedan aún manchas». Y el nombre terminó por decir: «Sí..., pero es que creo que me gusta más con alguna que otra mancha...».

Eso es lo que creo que les sucede a muchos, que por falta de un método como el mío encuentran arduo el adquirir buenos hábitos y terminar con los malos, y al final renuncian a la lucha y llegan a la conclusión de que les gusta más «el hacha con algunas manchas» Igual me ocurría en ocasiones y me preguntaba a mí mismo si ese afán mío de perfección moral no sería en cierto modo una afectación que, de saberse, me haría parecer ridículo a los ojos de los demás, y me decía qué el tener un carácter muy perfecto podía entrañar el inconveniente de suscitar la envidia y el odio; que un hombre benévolo podía al fin y al cabo permitirse tener algunos defectillos para que sus amigos le considerasen más humano. No lo sé, pero lo que sí descubrí es que con respecto a la virtud del orden yo era incorregible, y ahora que soy viejo y me falla la memoria, la echo mucho de menos. En conjunto, sin embargo, sin haber llegado ni mucho menos a la perfección, al menos me cabe la satisfacción de haberlo intentado, lo que, en sí, estoy convencido ha contribuido a hacer de mí un hombre mejor y más feliz. Es como esos que quieren imitar una escritura perfecta y que, aunque no lleguen a lograrlo, han adiestrado al menos su mano, de suerte que han sido capaces de mejorar su escritura lo suficiente como para hacerla bastante buena y legible.

No le vendrá mal a la posteridad saber que gracias a este pequeño artificio y con la ayuda de Dios, este antepasado de ustedes pudo vivir lleno de felicidad hasta cumplidos los setenta y nueve años de edad, que es cuando escribo esto. Lo que ocurra de aquí en adelante sólo Dios lo sabe. En manos de la providencia está que me sobrevengan infortunios durante el resto de mis días, pero si llegan, el recordar la felicidad pasada me servirá para soportar con más resignación lo que Dios quiera mandarme. A la templanza le atribuyo haber gozado de excelente salud toda mi vida y lo que me pueda quedar de mi fuerte naturaleza. A la laboriosidad y la frugalidad achaco la relativa facilidad de mi existencia y la adquisición de una fortuna, y sobre todo el poder haber sido un ciudadano útil y haber logrado hacerme acreedor de una cierta reputación entre la gente culta. A la sinceridad y a la justicia debo la confianza de mi país, así como los honrosos empleos y cargos que me confirió. Finalmente achaco a la influencia conjunta de todas las virtudes, incluso en el imperfecto grado en que me fue dado adquirirlas, mi equilibrio de carácter y la jovialidad en el conversar, que aún hace que mi compañía sea buscada, por

agradable, hasta por los jóvenes. Y espero, por consiguiente, que algunos de mis descendientes me imiten en esto y que se aprovechen de mis enseñanzas en su favor.

Es preciso señalar que aunque el plan moral a que me he referido no carecía totalmente de dimensión religiosa, no contenía ningún rastro de los mandamientos concretos de confesionalidad particular alguna. Lo evité de propio intento, persuadido como estaba de lo útil y lo perfecto de mi método, que de esta forma podría ser adoptado por individuos de cualquier credo religioso. Por otra parte, si había de publicarse algún día, como era mi intención, nadie, fuera de la secta que fuese, albergaría contra él prejuicio de ninguna especie. Me propuse redactar un breve comentario sobre cada una de las virtudes, denotando sus ventajas y los inconvenientes del vicio correspondiente. Mi libro podría haberse titulado *El arte de la virtud*, puesto que mostraba los modos y maneras de adquirir las virtudes, lo que le hubiera hecho diferente a las exhortaciones a la verdad al uso, que no dan noticia sobre el método que ha de seguirse para lograrlas. Son como el que predica una caridad meramente verbal, que exhorta al hambriento y al desnudo a comer y a vestirse sin decirles cómo o dónde pueden procurarse alimentos y ropas (Santiago, II: 15, 16).

Sucedió, empero, que mi intención de escribir y publicar tal comentario nunca se hizo realidad. Lo que hice, eso sí, fue ir anotando brevemente las ideas, reflexiones y razonamientos, etc., que se me iban ocurriendo al respecto, para luego utilizarlas cuando encontrara tiempo de redactar el comentario. Todavía conservo algunas de aquellas anotaciones, pero mi empresa privada en la primera parte de mi vida, y los negocios públicos en la segunda, me impidieron dar cima a mi proyecto, que quedó aplazado una y otra vez. La razón fue que yo lo concebía como un trabajo grande y extenso y que exigía una dedicación total, de que no pude nunca disfrutar.

Hubiera querido explicar con elocuencia mi doctrina de que las malas acciones no son perjudiciales porque estén prohibidas, sino que están prohibidas porque son perjudiciales a la naturaleza del hombre y que, en consecuencia, interesaba a todos ser virtuosos incluso para ser felices en este mundo. En consecuencia, y como siempre existirá en este mundo un conjunto de comerciantes ricos, de nobles, estados y príncipes que necesiten colaboradores honestos para administrar sus negocios, y dado que esos colaboradores honrados escasean, yo hubiera deseado esforzarme por convencer a los jóvenes de que no hay cualidades más idóneas para hacer a los pobres ricos que la honradez y la integridad.

Mi lista de virtudes contaba sólo con doce en un principio. Sin embargo, un amigo mío cuáquero tuvo a bien informarme de que se me consideraba como persona altanera y que la soberbia asomaba con frecuencia a mis labios

cuando hablaba; que a menudo me hacía insistente e insolente, sin darme por contento con llevar razón, de todo lo cual me convenció al darme claros ejemplos de esa mi actitud. Me propuse corregir tales excesos y comencé por anotar la humildad en mi lista, tomando esta palabra en toda su extensión. No es que pueda pavonearme de haber logrado enraizar en mí esta virtud, pero al menos mi comportamiento pareció mejorar en este campo. Me hice el propósito de contenerme para no refutar directamente las ideas de los demás, y de evitar reafirmar mi postura con expresiones dogmáticas. Incluso me prohibí, en cumplimiento de las viejas normas de nuestro club «Junto», utilizar expresiones pretenciosas tales como «ciertamente», «indudablemente» y otras por el estilo. Por eso adopté otras como «creo», «me parece que...», «ahora pienso que...», que creía más humildes. Si alguien afirmaba algo que a mí me parecía erróneo, me negaba a mí mismo el placer de contradecirle tajantemente poniendo al punto en evidencia lo absurdo de su aserto; en cambio, trataba de contestarle haciéndole observar que aunque en ciertas circunstancias su parecer podría resultar cierto, en las presentes «parecía que...» o «pensaba que...» la cosa era algo diferente. Pude darme cuenta de las ventajas de esta postura enseguida, al desarrollarse las conversaciones en un clima más agradable. La modestia de mi tono verbal hacía que el interés en escucharme se intensificara en el auditorio, al tiempo que decrecía el prurito de la contradicción. Además me sentía menos mortificado si era a mí a quien se consideraba errado, siéndome más fácil, en cambio, obtener en los demás el reconocimiento de sus propios errores si, por el contrario, era yo el que estaba en lo cierto. Esta nueva postura, que al principio me ponía un poco tenso por pugnar con mi inclinación natural, llegó a serme tan consustancial que puedo decir que en los últimos cincuenta años no hay nadie que pueda afirmar que ha oído nada que sonase a dogmático salir de mi boca. Es a esta costumbre (además de a la virtud de la integridad) a la que creo debo la ascendencia que de joven tuve sobre mis conciudadanos cuando les proponía crear nuevas instituciones o reformar las viejas, así como la influencia que lograban mis palabras en los consejos o asambleas públicos cuando fui miembro de ellos. Porque lo cierto es que yo no fui nunca un buen orador; ni la elocuencia ni la corrección del lenguaje eran mi fuerte y no paraba de titubear cuando buscaba la expresión idónea, y sin embargo conseguía generalmente que se aceptaran mis propuestas.

A decir verdad, no creo que haya en nosotros otra pasión más reacia a dejarse domeñar que la del orgullo. Tratad de ocultarlo; luchad contra él; ahogadlo, mortificarlo; hagáis lo que hagáis, estad bien seguros de que volverá a resurgir donde y cuando menos lo esperéis. En este relato lo veréis tal vez aparecer con frecuencia porque, por mucho que uno pretenda haberlo vencido, se puede caer en la debilidad de sentirse orgulloso por nuestra humildad.

OTROS ESCRITOS

A. ESCRITOS SOBRE RELIGIÓN Y CIENCIA

DISERTACIÓN SOBRE LA LIBERTAD Y LA NECESIDAD, EL PLACER Y EL DOLOR (1725)

A JAMES RALPH

Muy señor mío:

De acuerdo con su petición, voy a darle noticia de mis creencias presentes sobre el universo. Se las daré con toda sinceridad y si le valen de satisfacción me daré yo también por satisfecho. Sé de antemano que mi planteamiento es susceptible de numerosas objeciones por parte de lectores con menos discernimiento que usted; pero no es en esos lectores en quienes pienso al escribir. Le tengo que prevenir de que tenga cuidado en distinguir las partes hipotéticas de mis razonamientos de las concluyentes. Se podrá dar usted cuenta de lo que tomo como tema de tesis y de simple hipótesis. En conjunto lo someto a su parecer, y tendré en cuenta su estima y criterios para valorar yo mismo mi trabajo.

Sección Primera: Libertad y Necesidad

I. Se dice que existe un primer motor, llamado Dios, autor del Universo.

II. Se le considera poseedor de sabiduría, bondad y poder sumos.

Estas dos premisas vienen a ser coincidentes entre todas las sectas y opiniones y las doy por sentadas como previas a mi argumentación. Lo que viene a continuación, por consiguiente, no es más que una cadena de conclusiones derivadas de ellas que sólo se mantendrán en la medida en que resulten verdaderas o falsas.

III. Es toda bondad, luego no puede hacer más que el bien.

IV. Es todo sabiduría, luego no puede equivocarse.

Lo verdadero de estas proposiciones en relación con las dos primeras es, a mi juicio, evidente; opino que ni la bondad absoluta puede dar lugar a lo malo ni la sabiduría infinita a lo erróneo, o caeríamos en una contradicción que repugnaría al sentido común del hombre.

V. Es todopoderoso; luego no puede existir ni actuar nada en el universo contra o sin su conocimiento; y lo que Él consiente ha de ser bueno, ya que es

la bondad misma; luego no existe el Mal.

La eterna cuestión es ¿Unde Malum? Muchos de los pensadores que en el mundo han sido se han sentido perplejos ante esta pregunta. Se admite que existen muchas cosas y actos a los que calificamos de malos: el dolor, la enfermedad, la necesidad, el latrocinio, el crimen, etc. Que en realidad no son ni males ni enfermedades ni defectos en el orden universal, se demostrará en la sección próxima, así como en la presente proposición y en la siguiente. Evidentemente, suponer que algo exista o se haga en contra de la voluntad del Todopoderoso es negarle esa condición de todopoderoso. Son contradicciones indefendibles. Y negar que toda cosa o acción cuya existencia Él consienta han de ser buenas, es negar sus dos atributos de Sabiduría y Bondad.

Los filósofos nos dicen que nada se hace en el universo sino porque Dios lo hace o lo permite. Tal cosa, como es todopoderoso, es cierta, pero ¿por qué esta distinción entre hacer y permitir? En efecto: ellos dan por sentado que hay muchas cosas en el universo que existen de tal modo que no son perfectas, y que se hacen cosas que no debieran hacerse. Tales cosas o acciones no pueden atribuírselas a Dios porque empezamos por atribuirle la Sabiduría y la Bondad. Ahí reside la clave de la palabra permitir. Él permite que se hagan, nos dicen estos filósofos. Pero nosotros razonamos de esta suerte: si Dios permite que se ejecuten acciones es porque o le falta poder o le falta voluntad para impedirlo; si admitimos que le falta poder, negamos que sea Todopoderoso, y si negamos que le falta voluntad de impedirlo, negamos que la acción sea mala o que Él sea la bondad absoluta, porque el mal es esencialmente contradictorio con la suprema Bondad.

Se me dirá tal vez que Dios permite las malas acciones con fines justos y razonables. Pero ésta es una afirmación que se autodestruye, desde el momento en que un Dios infinitamente bueno no puede permitir nunca el menor mal y cualquier cosa que Él permita que exista para fines buenos, por el mero hecho de permitirla, se convierte en buena.

VI. Si una criatura está hecha por Dios, dependerá de Dios, de quien recibirá toda su fuerza, con lo cual esa criatura no podrá hacer nada que sea contrario a la voluntad de Dios, porque Dios es Todopoderoso, sino que tendrá que ser agradable a ella; pero lo que sea agradable a ella, debe ser bueno, porque Él es bueno. Así, pues, no podrá ninguna criatura hacer nada que no sea bueno.

Esta proposición viene a ser lo mismo que la anterior, aunque más completa, y su conclusión igual de evidente. Aunque una criatura pueda realizar muchas acciones que su prójimo llame malas y que necesariamente ocasionen a su autor sufrimientos (que su prójimo llamará castigos). Esta proposición prueba que esa criatura no puede ejecutar cosas intrínsecamente

malas o desagradables a los ojos de Dios, y que las dolorosas consecuencias de sus malas acciones (o las que así se consideran), no son, ni tienen por qué ser, ni castigos ni desgracias, es algo que veremos a continuación.

No obstante, el difunto y erudito autor del libro titulado *La religión de la naturaleza* (que le envió adjunto) nos ha proporcionado una pauta con la que poder descubrir cuáles de entre nuestras acciones se pueden denominar buenas y cuáles malas. Consiste esa creencia en lo siguiente: «Toda acción realizada de acuerdo con la verdad es buena; y toda acción contraria a la verdad es mala; actuar de acuerdo con la verdad es utilizar y estimar cada cosa como lo que es, etc. Es decir: si A le roba el caballo a B y se marcha con él, no lo usa como lo que es como propiedad de otro, sino como propio, lo que es contrario a la verdad y es por ello malo.» Pero, como dice este mismo caballero (sección I, proposición VI): «Para juzgar correctamente lo que es cada cosa hay que tener en cuenta no sólo lo que es desde un determinado punto de vista, sino desde cualquier otra posición; y hay que tener presente la descripción completa de la cosa en cuestión. En el caso mencionado habría que tener presente que A es un ser naturalmente codicioso, inquieto por la posesión del caballo de B, lo cual le produce una inclinación a tomarlo, más fuerte que su miedo al castigo a que se expone por hacerlo. Esto es la verdad, y A actúa de acuerdo con esa verdad cuando roba el caballo. Además, si se prueba que es verdad que A no controla sus actos, resultaría indiscutible admitir que actúa de acuerdo con la verdad, sin poder hacerlo de otro modo.»

No es que con esto se quiera alentar el robo o defenderlo. Es sólo a título de argumentación y no puede tener ningún efecto perjudicial. El orden y concierto de las cosas no se verá afectado por razonamientos de esta naturaleza, y resultaría en este sentido tan justo y necesario, y tan acorde con la verdad, que a B le repugnara el robo de su caballo y lo castigara, como que A le robara el caballo a B.

VII. Si, por consiguiente, la criatura se encuentra limitada en sus acciones y no puede ejecutar sino aquellas que Dios le permite, no dispondrá de nada que pueda llamarse libertad, libre albedrío o capacidad para hacer o no hacer.

Por libertad se entiende en ocasiones la ausencia de impedimento. En este sentido todas nuestras acciones puede decirse que son consecuencia de nuestra libertad, pero es una libertad del mismo tipo que la de un cuerpo grávido que cae a tierra; tiene libertad de caer, pero, al propio tiempo, no puede evitarlo, careciendo de libertad para permanecer suspendido en el aire.

Vamos a utilizar el mismo argumento en otro sentido. Supongamos que, en la acepción común de la expresión, somos agentes libres. Como el hombre forma parte de esta gran máquina que es el universo, sus acciones corrientes son requisito para que esa máquina siga moviéndose, y entre las cosas pueda

elegir unas y rechazar otras, siendo por ello libre. Pero en cada momento concreto siempre habrá algo que es lo óptimo que se puede hacer y, por consiguiente, eso será lo bueno entonces y con respecto a ello todas las demás cosas serán, en aquel momento, malas. Para saber qué es lo óptimo que puede hacerse, y qué es lo que no lo es, es preciso que podamos prever las intrincadas consecuencias de cada una de nuestras acciones respecto del orden universal, tanto presente como futuro. Pero resulta que hay innumerables consecuencias y tan incomprensibles que se escapan al que no es omnisciente. Como esas cosas no las podemos prever, no tenemos más que una posibilidad entre diez mil de acertar, y nos veremos perpetuamente constreñidos a andar en tinieblas, a perturbar el universo, pues cada equivocación que cometa una parte de él será una falta o una mancha en el orden del conjunto del universo. ¿No será, por tanto, necesario que nuestras acciones sean gobernadas y orientadas por una providencia sapientísima? ¡Qué precisas y perfectas son todas las cosas en el mundo de la naturaleza! ¡Qué orden el de cada pieza dentro del conjunto! ¡No se puede descubrir ni el menor fallo! Los que han estudiado los reinos vegetal y animal demuestran que su armonía y su belleza no se pueden superar. ¡Y qué decir de los cuerpos celestes, de las estrellas y los planetas! ¿Es que hemos de admitir que en el orden moral haya de darse una negligencia que no se advierte en el natural? Sería como pensar en un artífice inteligente que hubiera construido curiosa máquina o un reloj, instalando todas sus ruedecillas y engranajes con tal interdependencia que no pudiera funcionar si no es con la mayor regularidad y sin fallos de ninguna de sus piezas, y a pesar de lo cual hubiera dejado que algunas de ellas se moviesen con independencia, ignorantes del general interés del reloj. Las tales piezas, moviéndose a su antojo, trastornarían todo el conjunto, obligando a trabajar incesantemente al operario encargado de repararlo. En este caso, ¿no estaría indicado como remedio quitarle a esa máquina las piezas rebeldes y sustituirlas por otras que se atuviesen al orden general?

VIII. Si no existe en realidad el libre albedrío en las criaturas, no existirían tampoco ni el mérito ni el demérito en ellas.

IX. Y, en consecuencia, todas las criaturas habrían de recibir de su creador idéntica estimación.

Parece que estas conclusiones se siguen necesariamente de lo anterior, pues no existe ninguna razón, en realidad, para que el Creador otorgara su estima en grado diverso a unas u otras partes de su obra, si ha usado de la misma Sabiduría y Bondad para crearlas, y todo vicio o defecto quedan automáticamente excluidos por su voluntad como contrarios a su naturaleza. El argumento entonces quedaría reducido a lo siguiente: Cuando el Creador concibió al universo, o su intención fue que todas las cosas existentes se ordenaran de la misma suerte en que están ahora, o su voluntad fue que lo

estuviesen de otra manera. Decir que las quiso de otra manera es admitir que han contradicho su voluntad y roto el orden que él impuso, cosa incompatible con su Poder. Por consiguiente, habremos de concluir que todas las cosas existen hoy de una manera grata a su Voluntad y que, en consecuencia, todas son igualmente buenas y por ello igualmente estimadas por Él.

A continuación procederé a demostrar que, al ser todas las obras del Creador igualmente estimadas por Él, todas son igualmente utilizadas, como es justo que lo sean.

Sección II

... A continuación haré un breve sumario de todo lo anterior.

1. Se da por sentado que Dios, Creador y Regulador del universo, es infinitamente sabio, bueno y poderoso.

2. Como consecuencia de Su infinita Sabiduría y Bondad, se admite que cuanto haga debe ser infinitamente sabio y bueno.

3. A menos de que algo o alguien se interpusiera en sus designios, lo cual es imposible porque Él es todopoderoso.

4. Consecuentemente con Su infinito Poder, se afirma que nada puede existir ni hacerse en el universo sin Su Voluntad, y que eso ha de ser necesariamente bueno.

5. Por eso el mal queda excluido, y con él, todo mérito o demérito; y, de la misma forma, se descarta toda preferencia de Dios por una parte de la creación.

Este es el resumen de la primera parte.

Pues bien, las nociones usuales sobre la justicia nos dirán que si todas las cosas creadas son igualmente agradables al Creador, deben ser usadas de la misma manera por Él. Y que lo son se deduce del argumento anterior. No obstante, vamos a confirmarlo demostrando cómo se usan por igual.

1. Una criatura dotada de vida y conocimiento capaz de sufrir intranquilidad y dolor.

2. Ese dolor produce deseos de liberarse de él en proporción a su intensidad.

3. Satisfacer ese deseo produce un placer de igual intensidad.

4. Por lo que el placer es equivalente al dolor.

De estas premisas se desprende:

1. Que todas las criaturas experimentan tanto placer como dolor.

2. Que la vida no es preferible a la insensibilidad, ya que placer y dolor se destruyen entre sí; que al ser al que se le sustraen diez grados de dolor de diez grados de placer no le queda nada, con lo que viene a estar en igualdad con el ser que sea insensible.

3. La primera parte demuestra que todas las cosas deben ser utilizadas por igual porque el Creador las estima por igual. Y esta segunda parte demuestra que son estimadas por igual porque son usadas por igual.

4. Como toda acción es consecuencia de la insatisfacción, la distinción entre vicio y virtud queda descartada...

5. No cabe pensar en un estado de mayor felicidad que el presente, porque placer y dolor son inseparables...

Me doy cuenta de que la doctrina que aquí expongo no encontraría, caso de publicarse, más que una acogida indiferente, ya que la humanidad propende a dejarse halagar. Todo lo que satisface a nuestro orgullo y tiende a exaltar a nuestra especie sobre el resto de la creación nos lo solemos creer más fácilmente, mientras que las verdades que son desagradables se rechazan con la mayor indignación. «¿Qué?, se dirá, ¿es que nos vamos a comparar con los animales innobles del campo, con lo más bajo de la creación? ¡No, eso no se puede admitir!» Pero, si utilizamos el sentido común aunque sea sólo un poco, los gansos seguirán siendo gansos por mucho que pensemos que son cisnes, y la verdad no tiene más que un camino por mucho que a veces resulte desagradable o nos mortifique.

ARTÍCULOS DE FE Y ACTOS RELIGIOSOS (1728)

PRINCIPIOS BÁSICOS

Creo en la existencia de un ser supremo y perfectísimo, autor y padre de los mismos dioses, porque creo que el hombre no es el ser más perfecto, sino un ser por debajo del cual existen muchos seres inferiores, y por encima tiene a otros superiores.

Además, cuando proyecto mi imaginación hacia el firmamento, más allá de las visibles estrellas fijas, hacia el espacio infinito, y lo concibo lleno de soles como el nuestro, cada uno con su coro de mundos eternamente girando en torno suyo, y contemplo la pequeñez de la esfera en que habitamos, me parece que, incluso para mi pequeña imaginación, no somos nada, y que yo mismo soy menos que nada, y que no tengo sentido apenas.

Y al pensar en estas cosas, imagino que representa una gran vanidad

suponer que la perfección suma pueda considerar a algo tan insignificante como hombre. Más concretamente: como me resulta imposible hacerme idea clara de lo infinito e inaprehensible, no puedo concebir nada que no sea un padre infinito que no espera ni exige ninguna adoración o alabanza de nuestra parte porque está muy por encima de nosotros.

Pero, al propio tiempo, como los hombres están animados por un principio común que les lleva a la devoción o a la adoración de algún poder desconocido; y como los hombres están dotados de razón, a diferencia de los demás animales de la especie viviente, tengo que pensar que mi deber como hombre consistirá en presentar respeto y acatamiento divino.

Por ello pienso también que el Infinito ha creado muchos seres o dioses muy superiores al hombre, y que pueden comprender sus perfecciones mejor que nosotros y, de esta suerte, ofrecerle una oración más racional y gloriosa.

Y así como entre los hombres las alabanzas del ignorante o del niño no las toman en serio el pintor o el artista inteligentes, sino que sólo se sienten agradados y honrados por las alabanzas de los hombres y los artistas prudentes, también ocurre así en el mundo divino.

Puede ser que esos dioses creados sean inmortales; o que después de vivir durante mucho tiempo otros ocupen su puesto.

Sea de ello lo que fuere, pienso que todos estos dioses son poderosos, buenos y sabios en grado sumo, y que cada uno dispone para sí de un sol esplendoroso rodeado de un admirable y hermoso sistema planetario.

Es a ese Dios bueno y sabio individual, autor y dueño de nuestro sistema, al que yo pongo como objeto de nuestras plegarias y de nuestra adoración, porque quiero pensar que posee en sí mismo alguna de las pasiones que ha puesto en nosotros y que, como nos ha dotado de razón para que podamos comprender su sabiduría en la creación, no le somos indiferentes y gusta de nuestras alabanzas y se ofende cuando nos olvidamos de Él o desatendemos Su culto.

Por muchas razones entiendo que es un ser bueno, y de la misma manera que yo me sentiría feliz de tener un amigo tan sabio, bueno y poderoso, me tendré que preocupar de la manera en que me pueda hacer más digno de él.

Después de las alabanzas que se derivan de su sabiduría y que se le deben, pienso que se sentirá complacido con la felicidad que experimentan aquellos que Él ha creado; y ya que sin la virtud el hombre no puede ser feliz en este mundo, creo firmemente que Él se complace en ver que yo soy virtuoso, porque se complace en verme feliz.

Como ha creado muchas cosas que parecen hechas para disfrute del

hombre, creo que no se sentirá ofendido cuando vea cómo sus hijos se solazan de muchas maneras y con variadas e inocentes cosas. Y creo igualmente que no son inocentes tales cosas si resultan perjudiciales al hombre.

Le amo, por consiguiente, por su bondad, y le adoro por su sabiduría.

No dejaré, por tanto, de alabarle sin cesar porque ello es obligado y es cuanto le puedo dar a cambio de sus muchos favores y gran bondad para conmigo; y decidiré ser virtuoso, para ser feliz y para complacerle a Él, que se deleita en verme feliz. ¡Amén!

ORACIÓN

Preludio. Consciente de que antes de dirigirme a la Divinidad mi alma debe encontrarse tranquila y serena, y libre de toda pasión o perturbación cualesquiera, y elevada con la dicha y la alegría racionales, he de usar un semblante que manifieste mi respeto filial mezclado con una sonrisa tal que deje ver mi alegría interior, mi satisfacción y mi admiración.

¡Oh padre bueno! ¡Oh Dios sapientísimo! ¡Tú que contemplas la sinceridad de mi corazón y mi devoción, concédeme la continuidad de tus favores!

1. ¡Oh creador y padre! ¡Creo que tú eres bueno, y te complaces con el contento de tus hijos! ¡Alabado sea por siempre tu nombre!

2. Tú que has creado el sol esplendoroso y todos los mundos a los que haces moverse con la energía de tu poder y a los que, con tu sabiduría, has dotado de leyes maravillosas. ¡Alabado sea por siempre tu nombre!

3. Tú que con tu sabiduría has hecho todas las cosas. Tú, que has creado al hombre infundiéndole vida y razón. Tú que le has colocado por encima de las demás criaturas. ¡Alabado sea por siempre tu nombre!

4. Tu sabiduría, tu poder y tu bondad resplandecen por doquier: en el aire, en las aguas, en los cielos y en la tierra; cuidas las aves, las innumerables criaturas que pueblan las aguas; proporcionas el frío y el calor, la lluvia y el sol en cada estación; nos das los frutos y las cosechas. ¡Alabado sea por siempre tu nombre!

5. Tú que aborreces la traición, el engaño, la malicia, la venganza (la intemperancia) y todos los otros vicios en tus criaturas; tú que amas la justicia, la sinceridad, la amistad; tú padre y benefactor mío. ¡Alabado sea por siempre tu nombre! ¡Amén!

(Después de esto, no vendría mal leer parte de alguna obra como Sabiduría divina en la obra de la creación, de Ray, o Blackmore sobre la creación o la Demostración de la existencia de Dios, del arzobispo de Cambray, etc., o permaneciendo unos minutos en silencio meditando sobre estas cuestiones...)

Posteriormente se entonará el siguiente:

HIMNO AL CREADOR, por Milton

¡He aquí la gloria de tus obras, padre del bien!

¡Todopoderoso, sorprendente y maravilloso es el escenario del Universo!

¿Cómo no lo serás Tú entonces?

Hablad vosotros que sois los que mejor podéis hacerlo, vosotros hijos de la luz, ángeles que lo contempláis y con canciones y coros, noche y día, rodeáis su trono regocijándoos en los cielos. En la tierra uníos todas las criaturas para exaltarle sin cesar.

La más hermosa de las estrellas, la última en la sucesión de la noche.

Sol, tú no perteneces al reino de las sombras. ¡Prenda segura del día! Tú que coronas la risueña mañana con tu círculo luminoso, alábalo con tu esfera al despuntar el alba, en la dulzura de las primeras horas.

¡Tú, sol, ojo y alma del inmenso mundo, confirma su grandeza, canta sus alabanzas en tu eterna órbita, cuando brillas en lo alto o cuando la luna va en pos de ti!

¡Tú, luna; tú que encuentras al sol de oriente, tú que convives con las estrellas del cielo y las cometas que lo cruzan! ¡En mística danza cantadle vuestra alabanza y el triunfo de la luz sobre las tinieblas!

¡Tú, aire! ¡Vosotros, los elementos todos!, los más ancianos frutos del vientre de la naturaleza, que en el círculo perpetuo de la órbita cuaternal multiplicáis, mezcláis y nutrís a todas las cosas. Que vuestra incesante variación sirva para dar eterna gloria al Sumo Hacedor.

Vosotras las nubes y las nieblas que os eleváis de la colina o del lago brumoso hasta que el sol tiñe de oro vuestras faldas de flecos, subid en alabanza al gran Autor del mundo.

Sea entre las nubes de un cielo gris o en la tierra sedienta bajo el aguacero.

En el alba o en el ocaso, siempre cantando su alabanza.

Alabadle a Él, ¡oh vientos!, los que sopláis desde los cuatro puntos cardinales, respiréis suaves o airados. Moviendo vuestras copas, vosotros, pinos, y balanceándoos con las plantas adoradle.

¡Fuentes!, las que susurráis mientras fluis con melodiosos murmullos, alabadle igualmente.

Unid vuestra voz seres vivientes, vosotros pájaros vuestro canto se eleva hasta las puertas del cielo.

Llebad en vuestras alas y vuestras endechas nuevas alabanzas.

Y los que nadáis en las aguas; y los que andáis sobre el suelo; los que pisoteáis la tierra o los que os arrastráis sobre ella.

Sed testigos por mí si estoy callado, por la mañana o por la noche, que la colina, el valle, la fuente o la fresca umbría hagan llegar mi canción de alabanza.

(Seguirá otra lectura de algún libro o parte de un libro, donde se comente o se aliente alguna de las virtudes.)

PETICIÓN

Como debido a nuestra propia ignorancia no podemos estar seguros de que muchas cosas que pedimos a la Divinidad demostrarían ser bienes efectivos si los poseyéramos, y como tengo razón para esperar y creer que la bondad de nuestro padre celestial no nos negará una participación adecuada a los disfrutes temporales si por medio de una vida santa y virtuosa conseguimos sus favores y amabilidad, no quiero pedir esas cosas, sino, con toda humildad y sinceridad de corazón, expresar mis más acendrados deseos de que nos ayude en nuestras resoluciones y empeños para erradicar el vicio y abrazar la virtud; esta súplica me ayudará, al menos, a recordarme mis deberes.

Para que nos libremos del ateísmo y de la infidelidad, de la impiedad y la profanación y para que, al dirigirme a Ti, evite cuidadosamente la irreverencia y la ostentación, el formalismo y la hipocresía. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que sea leal a mi príncipe y leal a mi patria, para que vele por su bien, sea valiente para defenderla, obediente a sus leyes, para que aborrezca la traición y la tiranía. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que sea obediente, humilde y sumiso con mis superiores; para que evite el orgullo, el desacato y la contumacia. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que sea generoso, condescendiente, clemente; para que proteja al inocente desgraciado y evite la crueldad, la dureza, la opresión, la insolencia y la severidad injustificada. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que evite la censura, la calumnia y la detracción; que no mienta ni envidie; ni engañe, ni estafe, ni adule, ni odie, ni sea perverso, mentiroso o ingrato. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que mi amistad sea siempre sincera, leal y confiada; para que sea justo e imparcial; para que cuide de no caer en el orgullo o en la ira (que es una locura transitoria). ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que sea honesto en mis tratos; moderado en el placer, lleno de franqueza, humanidad y benevolencia. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que sea agradecido con mis benefactores, generoso con mis amigos, caritativo con los pobres, compasivo con los desgraciados. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que evite la avaricia y la ambición, la envidia, la intemperanza, la falsedad, el despilfarro y la lascivia. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que consiga integridad y equilibrio de espíritu; decisión ante las dificultades, fortaleza en la aflicción y puntualidad en el cumplimiento de mis promesas; mansedumbre y prudencia en mi conducta. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que use de la ternura con los débiles, sea respetuoso con los ancianos; amable con mis vecinos; bondadoso con mis compañeros; hospitalario con los forasteros. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que sea adverso a la murmuración, la maledicencia, la detracción, la difamación, la astucia, la avidez; para que aborrezca la extorsión, el perjurio y toda otra ruindad. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que sea honrado y de buen corazón, amable y misericordioso, bueno, abierto de mente, para que me alegre con el bien de los demás. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que siempre tenga respeto al honor y la probidad, posea una inocencia total y para que al final llegue a ser virtuoso y magnánimo. ¡Ayúdame, Dios misericordioso; ayúdame, oh Padre!

La ingratitud es uno de los vicios peores y por eso te pido que no me olvide de agradecer los favores recibidos del Cielo.

ACCIÓN DE GRACIAS

Por la paz y la libertad; por nuestro sustento y nuestro vestido, por nuestras cosechas; por el pan y el vino; por la leche; por todo alimento saludable. ¡Gracias Señor, gracias!

Por los beneficios comunes del aire y de la luz; por el útil fuego y el agua deliciosa. ¡Gracias Señor, gracias!

Por la ciencia y la literatura; por todas las artes prácticas; por mis amigos y por su prosperidad y por mi escasez de enemigos. ¡Gracias Señor, gracias!

Por todos tus innumerables beneficios; por la vida, la razón y el uso del lenguaje; por la salud, la alegría y por cada momento agradable. ¡Gracia Señor, gracias!

DOCTRINA PARA PREDICAR

Existe un Dios, Padre del universo.

Es infinitamente bueno, poderoso y sabio.

Es omnipresente.

Ha de ser adorado con oraciones y acciones de gracias, hechas tanto en público como en privado. Ama a sus criaturas que aman y hacen el bien a los demás y las recompensará o en este mundo o en el otro.

El alma humana no muere con el cuerpo, sino que, después de esta vida será más feliz o más desgraciada, según hayan sido sus acciones.

Los hombres justos han de unirse para fortalecer la causa de la virtud en el mundo y de esta suerte fortalecerse en la virtud.

El conocimiento y la enseñanza han de cultivarse, y ha de vencerse la ignorancia.

Sólo los virtuosos son sabios.

La perfección del hombre está en la virtud...

A JOSIAS Y ABIAH FRANKLIN

13 de abril de 1738

Queridos y respetados padres:

Recibí la vuestra del día 21 de marzo, mostrándoos, al parecer, preocupados por ciertas opiniones mías que os parecen erróneas. No declino mi posible culpabilidad, pues los hombres somos débiles e imperfectos en nuestra inteligencia, que se ve influida por la educación, las costumbres, las lecturas y las compañías, y pienso, además, que muy vanidoso y osado tiene que ser el hombre que afirme que todo lo que él cree es verdadero y todo lo que rechace, falso. Esto es algo que quizás resulte asimismo aplicable a cualquier secta, iglesia o confesión que se declare infalible, mientras niega la infalibilidad a los papas y a los concilios. Mi opinión es que las creencias sólo pueden juzgarse por lo que influyen o por los efectos que causan. Y si alguien no tiene ninguna que le sirva para hacerle menos virtuoso o más pecador, habrá de admitirse que sus creencias no son peligrosas. Este es, según opino, el caso mío. Siento que os inquietéis por mi culpa, y si fuese posible alterar las propias opiniones para agrandar a los demás, nadie mejor dispuesto que yo a hacerlo en vuestro honor. Pero como no está a nuestro alcance pensar como otro ni parecerse se a otro, lo único que puede esperarse de mí es mantener mi inteligencia abierta a la convicción; oír pacientemente y examinar los pareceres de todos, y si al final continúo con mis mismos errores, será cosa de esperar de vuestra caridad que me compadezcáis y excuséis, en vez de hacerme reproches. Entretanto, lo que sí es cierto es que os agradezco vuestro

desvelo y preocupación por mí.

En cuanto a lo de los francmasones, lo único que puedo hacer es decirle a mi madre que me crea cuando le aseguro que son en general unas gentes inofensivas y no tienen principios ni prácticas contrarios a la religión o a la educación. Y no puedo hacer otra cosa para que mi madre cambie la opinión que sobre ellos tiene, ya que no se permite la entrada en esa sociedad secreta a las mujeres. En esto sí le doy cierta parte de razón para estar disgustada con ellos, pero sólo en eso. En las demás cosas creo que no debe juzgar hasta estar mejor informada, ejercitando entre tanto la caridad.

Mi madre se duele de que uno de sus hijos pertenece a la secta ariana y otro a la arminiana. Lo que sean estas sectas no puedo decirlo porque no las conozco bien. Lo cierto es que estos temas me interesan bastante poco. Creo que la religión cabal y verdadera se ha visto siempre perjudicada cuando se ha dado más importancia a la ortodoxia que a la virtud. Según las Escrituras, no se nos juzgará el día del juicio final por lo que pensamos, sino por lo que hicimos, y no nos salvará decir: ¡Señor, Señor...!, sino demostrar que hicimos el bien a nuestro prójimo (San Mateo 25).

Aquí está lloviendo mucho últimamente, lo que, unido al agua del deshielo en las montañas, esta originando inundaciones en algunas zonas, que se llevan por delante puentes, barcos y de todo; de suerte que no hay forma de viajar y las postas no han podido moverse.

No sé nada del doctor Cook ni de nadie que con nombre haya estado por aquí.

Espero que el niño de mi hermana Jane se habrá puesto ya bueno.

Respetuosamente, vuestro hijo

B. F.

A EZRA STILES

9 de marzo de 1790

Reverendo y muy señor mío:

... Usted quiere saber algo acerca de mi religión. Es la primera vez que me lo preguntan, pero como no debo dejarle sin respuesta, voy a tratar de decirle en pocas palabras cuáles son mis creencias. Creo en un solo Dios, Creador del universo. Creo que Él lo gobierna con Su providencia. Que debe recibir adoración. Que la mejor manera de servirle es hacer el bien a las demás

criaturas. Creo que el alma del hombre es inmortal y que en la otra vida recibirá en justicia lo que sus acciones merezcan. Estos son, para mí, los principios de toda religión verdadera, y yo los considero tales con independencia de la secta donde se observen.

En cuanto a Jesús de Nazareth, de quien particularmente me pide opinión, creo que tanto su sistema ético como su religión, tal como nos lo han hecho saber, son los mejores que ha habido o habrá, si bien pienso que han sufrido alteraciones que les han ido corrompiendo, y, como la mayor parte de los disidentes de Inglaterra, abrigo algunas dudas acerca de su divinidad. Esta es una cuestión, sin embargo, en la que prefiero no dogmatizar, ya que nunca la he estudiado y creo ocioso tratar de estudiarla a estas alturas, pues pronto tendré la oportunidad de conocer la verdad con menos trabajo. No veo inconveniente, sin embargo, en que se crea en ella, si esa creencia tiene el buen efecto como probablemente es el caso de que las doctrinas de Jesús sean más respetadas y mejor cumplidas. Por otra parte, no veo yo que el Ser Supremo se ofenda por ello y señale con algún signo especial a los que no creen en ella, en su gobierno del mundo, para mostrarles su disgusto.

No me queda más que añadir; por lo que a mí toca, habiendo experimentado la bondad de ese Ser, que me ha protegido y otorgado prosperidad durante toda mi larga vida, no me cabe la menor duda acerca de que continuará haciéndolo en la venidera, a pesar de que no tenga yo el menor merecimiento para ello...

P. S. Confío en que no me exponga usted a críticas y censuras publicando algún trozo de mi misiva. Siempre he dejado a los demás disfrutar de sus propios sentimientos religiosos, sin censurarlos por los que yo pudiera considerar inadmisibles o incluso absurdos. Todas las sectas que aquí existen y son muchas han contado siempre con mi buena voluntad y he procurado ayudarlas con suscripciones para que edificaran sus lugares de culto. Y como nunca me he opuesto a ninguna de esas doctrinas, espero irme de este mundo en paz con todas ellas...

DIARIO DE VIAJE (1726)

Sábado, 21 de agosto.

Esta mañana perdimos de vista el «Yoker», impulsados por un ventarrón del Este. Por la noche llegó un pobre pajarillo a bordo (exhausto y a punto de morir), que se dejó coger sin moverse. Calculamos que nos encontraríamos como a unas doscientas leguas de la costa y nos explicamos la fatiga de aquel

pobre emigrante alejado de la costa por los vientos e incapaz de volver a encontrar su camino. Le recibimos con hospitalidad y ternura, ofreciéndole de comer y beber. Pero rehusó aceptar nada y supongo que no viviría mucho. En otra ocasión, hace unos días, pasó algo parecido y creo que el gato de a bordo mató al avecilla.

Lunes, 22 de agosto.

Esta mañana he visto varios peces voladores, pero muy pequeños. Todo el día hemos tenido vientos favorables.

Martes, 23 de agosto, y miércoles, 24, vientos favorables. Sin novedad.

Viernes, 2 de septiembre.

Esta mañana cambió el viento. Algo favorable. Capturamos un par de delfines y los comimos fritos como cena. El sabor era aceptable. Estos peces son sorprendentes: sus cuerpos son de un color verde brillante con tonos plateados y sus colas de un amarillo oro, que se vuelve gris en cuanto se les saca de su elemento. Observé que al cortarlos en rodajas, recién capturados, para utilizarlos de carnada, no perdían su lustre y colorido. Todos podemos darnos cuenta de ese error tan frecuente entre los pintores consistente en representar siempre a estos peces muy retorcidos y deformados, cuando lo cierto es que son de los más airosos y elegantes que existen. No se me ocurre explicación de esta aberración (ya que no existe ser viviente alguno en la naturaleza que se asemeje a los delfines de las pinturas) que pensar que tratan de imitar su actitud en el momento de saltar, dándoles entonces un aspecto monstruoso como con cabezas de toro, un hocico de puerco y una cola como la de un tulipán agrandado. Los marinos me dieron otra razón, aunque bastante caprichosa: que como este hermoso pez sólo se captura en el mar, y a bastante distancia hacia el sur, los pintores lo han deformado, a fin de que las mujeres embarazadas no sientan antojo por algo que no se les puede proporcionar...

Miércoles, 21 de septiembre.

Esta mañana el mayordomo ha sido llevado a cubierta y azotado en castigo de haber malgastado harina en los pudings y por otras torpezas parecidas. El día ha estado tranquilo y ha hecho mucho calor. Había decidido que hoy me bañaría en el mar y lo habría hecho si no hubiera sido por la presencia de un tiburón, el mortal enemigo de los bañistas, que me hizo desistir. Parecía medir unos cinco pies de largo y nadaba en torno al barco, a cierta distancia, lenta y majestuosamente, seguido por casi una docena de peces-piloto de diferentes tamaños, el mayor de los cuales no abultaba más que una cabaña pequeña y el más pequeño como un dedo meñique. Dos de estos diminutos acompañantes estaban todo el tiempo pegados a su hocico y, según parece, el tiburón se guía por los movimientos de esos peces, mientras que el resto del grupo le rodeaba

con naturalidad. Nunca se verá ningún tiburón que no vaya con semejante cortejo, cuyos componentes sirven de proveedores indicándole las mejores presas, a cambio de ser protegidos por él contra el hambriento y peligroso delfín. Se considera muy glotonas a los tiburones, pero aquél despreció absolutamente la carnada que se le echó de cebo. Supongo que más tarde comería a satisfacción.

Miércoles, 28 de septiembre.

Hemos tenido vientos cambiantes y tiempo variable la noche pasada, acompañados de abundante lluvia; ahora el viento vuelve a soplar del Oeste y no hay más remedio que tener paciencia. Esta mañana hemos recogido algunas ramas de sargazos (que se extienden desde las islas occidentales hasta las costas americanas); y entre ellas había una que tenía algo singular. Como todas, tenía hojas de más de dos centímetros de largo, el borde dentado y un fruto en forma de cereza amarilla y hueco en su interior; pero, además de ese fruto, llevaba otro de aspecto animal de lo más sorprendente. Era una especie de molusco en forma de corazón cuya base salía de la rama y tenía contextura cartilaginosa. Adheridos a esa rama pudimos contar como unos cuarenta de estos vegetales-animales, de los que los más pequeños contenían una sustancia semejante a la carne de la ostra, y los más grandes tenían movimiento. Abrían sus valvas a cada momento y proyectaban al exterior un conjunto de patas a medio formar, no muy diferentes de las de los cangrejos; el interior era de la misma materia gelatinosa y blanda. Mirándola más de cerca pude advertir en esta rama de sargazo un minúsculo cangrejo que corría entre sus hojas, tan pequeño como la cabeza de un clavo de diez peniques, de color amarillento, similar al de la propia planta. Todo esto me dio motivos para pensar que era una hijuela de la rama y que no hacía mucho había estado en la misma fase que los otros embriones que seguían encerrados en sus valvas, de donde seguramente procedería por generación; eso, y todo el resto de las extrañas características de la rama y sus frutos, me indicaron que terminarían convirtiéndose en cangrejos a su debido tiempo. Para fortalecer mi suposición, decidí conservar la rama en agua salada y renovar ésta cada día hasta desembarcar, al objeto de observar si, en efecto, nacían los cangrejos, y recuerdo que durante nuestro último día en calma vimos sobre la superficie del mar un cangrejo de grandes proporciones que iba de una a otra rama de las que estaban alrededor, como tratando de comerse algo, y también recuerdo que con frecuencia he visto en Boston, Nueva Inglaterra y en Portsmouth, Inglaterra, pequeños cangrejos, con una concha de caracol a la espalda, nadar en aguas saladas. Es probable que la naturaleza les proporcionase esas conchas duras para protegerse hasta tanto desarrollasen la suya propia, y una vez solidificada ésta, se desprenderían de su refugio provisional, aventurándose con sus propios medios. Son tan corrientes las metamorfosis entre los gusanos de seda, mariposas e insectos varios, que nada tiene de particular que también se den

entre otras especies. Ese día el capitán de un «Snow», acompañado por uno de sus pasajeros, subió a bordo con nosotros pero como empezó a soplar el viento, no se quedaron a comer y regresaron al buque para aprovechar la buena racha.

Jueves, 29 de septiembre.

Al cambiar el agua donde conservaba la rama desde ayer, he encontrado otro cangrejo mucho más pequeño que el anterior, que, al parecer, acababa de abandonar su vivienda. Pero las algas comenzaron a secarse y el resto de los embriones murió. No obstante, la presencia de ese nuevo cangrejo me convenció de que al menos ese tipo de animales se genera de esta forma. El capitán del barco irlandés cenó a bordo. No había casi nada de viento.

Viernes, 30 de septiembre.

Estuve en la vela anoche para observar un eclipse de luna, que según el calendario de Londres ocurriría a las cinco de la mañana, el 30 de septiembre. A nuestra altura comenzó hacia las once de la noche y duró hasta casi las dos de la madrugada, llegando a ocultar hasta la mitad de la cara lunar y alcanzando el punto culminante hacia la una y media, por lo que pudimos comprobar que nos encontrábamos en un meridiano a unas cuatro horas y media de Londres, o sea, 67,5 grados de longitud y que nos quedaban por recorrer más de cien leguas. Era el segundo eclipse que yo había visto en esos quince días. Por la noche perdimos de vista al barco irlandés y le volvimos a avisar por la mañana dos leguas a barlovento. Esta tarde hablamos con él de nuevo. Hubo muchos delfines alrededor nuestro durante tres o cuatro días, pero no cogimos más que uno, pues no querían picar. He vuelto a coger nuevas algas de las de la corriente del golfo con el bichero del barco, con más conchas y con muchos cangrejos del tamaño de la uña de un dedo meñique. Uno de ellos incluso tenía aún adherido un pedazo de la concha donde había estado en su fase de embrión. Ello me sirvió para reafirmarme en mi opinión acerca de la peculiar metamorfosis de aquellos crustáceos. He puesto algunos ejemplares de todas aquellas muestras, algas, conchas, cangrejos, etc., en un frasco con agua salada (al no tener alcohol), esperando que se conserven y para poder estudiarlos más despacio en tierra. El viento sopla del S. O.

Martes, 11 de octubre.

Esta mañana levamos el ancla con viento fresco y pasamos a la altura de Newcastle, desde donde nos saludaron deseándonos buena travesía. El tiempo era espléndido. El sol reanimó nuestros miembros entumecidos, con la caricia de sus tibios y luminosos rayos. El cielo está alegre, sólo adornado de pequeñas nubes dispersas color de plata. Las suaves brisas de los bosques nos refrescan y confortan con la perspectiva de sentirnos libres, después de tanta calma e inmovilidad. En pocas palabras: todo contribuyó a proporcionarme el

día más agradable que recuerdo. Al pasar a la altura de Chester, algunos del pasaje quisieron desembarcar, impacientes como estaban de pisar tierra firme, para seguir el viaje hasta Filadelfia por tierra. Sólo quedamos a bordo cuatro pasajeros. No quisimos afrontar el cansancio del viaje por tierra, pues la travesía nos había debilitado mucho. Hacia las ocho de la noche cayó el viento y echamos el ancla en Redbank, a seis millas de Filadelfia, y pensamos que nos veríamos obligados a dormir a bordo aquella noche, pero tuvimos la satisfacción de recibir a bordo a algunos jóvenes de Filadelfia que habían salido a dar una vuelta en su barco y que se prestaron a llevarnos con ellos; aceptamos su ofrecimiento y hacia las diez de la noche desembarcamos en Filadelfia, felicitándonos cordialmente unos a otros de haber concluido felizmente tan larga, aburrida y peligrosa singladura a Dios gracias!

A JARED ELIOT

13 de febrero de 1750

Muy señor mío:

Sé que quería usted saber mi opinión acerca de las tormentas del NE. que se incuban a sotavento. Hace ya varios años hubo un eclipse de luna a las nueve de la noche que me interesaba observar; pero había habido una tormenta la noche antes y el nordeste continuó soplando violentamente esa noche y todo el día siguiente; el cielo estaba cerrado de nubes negras y había constantes chubascos, por lo que no hubo manera de observar el eclipse. La tormenta causó grandes daños en toda la costa, según contaron los periódicos de Boston, Newport, Nueva York, Maryland y Virginia. Pero lo que a mí más me sorprendió fue leer en un diario de Boston un relato sobre la observación del eclipse desde esa ciudad, pues yo creía que, como la tormenta venía del NE., primero a Boston que a nosotros, y que habría impedido la observación allí. Escribí a mi hermano para enterarme y me contestó que el eclipse allí fue una hora antes del comienzo de la tormenta. Desde entonces he preguntado de vez en cuando a viajeros y a mis correspondientes del NE. y SO., y he leído lo que decían los periódicos de Nueva Inglaterra, Nueva York, Maryland, Virginia y Carolina del Sur, y me he encontrado con que las tormentas del nordeste empiezan por sotavento, siendo normalmente más fuertes allí que a barlovento. Así, por ejemplo, la última tormenta de octubre que afectó a ustedes el día 8, empezó el 7 en Virginia y Carolina del Norte y revistió mayor violencia allí.

No sé la razón del fenómeno y, por tanto, sólo puedo hacer conjeturas al respecto. Supongamos que en una enorme extensión de tierra y mar del

continente, Florida y el Golfo de Méjico, por ejemplo, el tiempo está despejado durante algunos días y como el sol calienta fuertemente la atmósfera se carga mucho. Supongamos ahora que otra extensión de tierra situada al NE., tal como Pennsylvania, Nueva Inglaterra, Nueva Escocia y Terranova, se encuentran entonces cubiertas de nubes y que el aire allí está frío y condensado. Lógicamente, el aire enrarecido tenderá a subir y el más condensado próximo a él ocupará su sitio; luego ocurrirá igual con el aire más denso que esté cerca y así sucesivamente, de suerte que sucede lo mismo que cuando enciendo mi chimenea y se produce una corriente constante de aire que va desde la puerta al fuego. El movimiento empieza en la chimenea, donde el aire que el fuego calienta se eleva, y el espacio que antes ocupaba lo llena luego el aire más frío que estaba próximo a él y el proceso se repite con los sucesivos volúmenes de aire hasta llegar a la puerta. Igual ocurre con el agua que va por la acequia del molino y se mueve según se vayan abriendo las compuertas, precipitándose a ocupar el sitio vacío una nueva corriente líquida siempre en la dirección al desagüe por donde se escapó la primera. En nuestro continente tenemos una cadena montañosa de nordeste a suroeste, paralelamente a la costa. Esto creo que ha de contribuir a dar dirección a los vientos, o al menos a influir en ellos de alguna forma. Si estas conjeturas no le satisfacen, me gustaría saber qué piensa usted al respecto.

Queda de usted...

A PETER COLLINSON

Filadelfia, 25 de agosto de 1755

Muy señor mío:

Como ya cuenta usted con mis escritos anteriores sobre los torbellinos y otros fenómenos parecidos, le envío ahora un relato de lo que a este respecto he podido observar últimamente.

Encontrándome en Maryland montando a caballo con el coronel Tasker y otros caballeros cuando nos dirigíamos a su finca, donde nos recibieron con gran amabilidad a mí y a mi hijo, pude ver en el valle que se abría a nuestra vista una pequeña manga de aire que empezaba a formarse en la carretera y que se hacía ver gracias al polvo que contenía y levantaba. Tenía forma de un pan con azúcar y giraba y se movía colina arriba en nuestra dirección, haciéndose cada vez más grande que un barril corriente y luego se iba ensanchando a medida que subía, de forma que a los 40 o 50 pies de altura parecía tener un diámetro de más de 20 o 30. Todos se quedaron mirándola,

pero mi curiosidad era más grande y no pude por menos de galopar tras ella, pudiendo verla de cerca y observar cómo se iba sorbiendo el polvo del suelo. Como dicen que si se atraviesa el agua de un surtidor de un tiro, el surtidor se rompe, traté de romper esta pequeña manga de aire, atravesándola repetidas veces con golpes de mi fusta, pero sin efecto alguno. Luego se apartó del camino y se dirigió al bosque, haciéndose cada mayor, llevándose no ya el polvo, sino la hojarasca que cubría copiosamente el suelo y produciendo un gran estruendo con las hojas y las ramas de los árboles, llegando a doblar algunos de ellos bastante corpulentos de forma sorprendente. Aunque la manga de aire avanzaba tan despacio que un hombre andando podía seguirla, sin embargo su movimiento circular era formidablemente rápido. Gracias a las hojas que el torbellino transportaba pude apreciar claramente que la corriente de aire que las impulsaba se movía en dirección ascendente describiendo una espiral, y cuando vi que el torbellino seguía intacto después de haber envuelto en su tromba a los árboles que encontraba, no me extrañó que mi fusta no le hubiera afectado. Aún acompañé al remolino por espacio de unos tres cuartos de milla o así, hasta que las ramas rotas de los árboles volaban peligrosamente a mi alrededor y consideré más prudente alejarme de aquel riesgo. Me detuve y vi cómo se alejaba, haciéndoseme claramente visible su parte más alta por las hojas que había levantado a tanta altura que no parecían más grandes que si fueran moscas. Mi hijo, que por entonces se había reunido conmigo, aún siguió tras el torbellino hasta que éste se alejó del bosque y cruzó una plantación de tabaco abandonada, donde, al no poder arrancar del suelo más hojas o polvo se fue diluyendo y haciéndose invisible. El viento tenía la misma dirección que nuestra marcha, pero la trayectoria de la tromba era casi opuesta a ella, aunque no se mantenía en línea recta, sino que hacía eses y se aceleraba o se detenía algunos segundos. Al reunimos con nuestros compañeros estaban todos asombrados de la cantidad de hojarasca que el viento normal había levantado por encima de nuestras cabezas a tanta altura. Esas hojas fueron cayendo hasta que nos apartamos casi tres millas del lugar en que vimos comenzar el remolino. Al preguntarle yo al coronel Tasker si tales mangas de aire eran normales en Maryland, me contestó de broma: «No, no son muy corrientes; ésta la hemos preparado expresamente para el señor Franklin...» Y verdaderamente la habían preparado muy bien.

Quedo de usted...

A PETER COLLINSON

11 de julio de 1747

Muy señor mío:

Tal como le informaba en mi anterior carta, durante el transcurrir de nuestras experiencias en materia eléctrica hemos observado algunos fenómenos especiales que para nosotros resultaban inéditos y de los que prometí darle noticia, aun a sabiendas de que quizá ya le resultarían familiares en atención a lo abundante de sus propias experiencias con agua.

El primer efecto maravilloso que he observado es que los cuerpos afilados son especialmente idóneos para atraer y repeler electricidad, según se desprende de lo siguiente.

Se coloca una bola de hierro de unas dos o tres pulgadas de diámetro en la boca de una botella seca de vidrio. Con una hebra fina de hilo de seda que penda del techo y que termine justamente en la boca de la botella se suspende encima de ésta una bola pequeña de corcho del tamaño de una canica. La longitud de la hebra debe ser tal que la bola de corcho descansa contra un lado de la bola de hierro. Si se electriza se verá que la bola es repelida como unas cuatro o cinco pulgadas, más o menos, de acuerdo con la cantidad de electricidad. En tal situación, si se pone frente a la bola de hierro la punta afilada de un punzón largo y delgado, a una distancia de unas seis o siete pulgadas, se verá que la bola de hierro ya no repele a la bola de corcho, sino que ésta se junta con aquélla. Para producir el mismo efecto con 'un objeto romo ha de acercarse éste hasta menos de una pulgada de la bola de hierro y hacer saltar una chispa. Para probar que es la terminación aguzada la que atrae la descarga eléctrica, se toma la parte metálica del punzón y se la separa de su mango de madera, se la pone en un bloque de lacre y si volvemos a acercarlo hasta la distancia mencionada, o más cerca, no ocurrirá ya nada; pero si se desliza el dedo a lo largo del lacre hasta llegar al metal del punzón, la bola de corcho se desplazará de nuevo hacia la bola de hierro. Si se acerca la punta en la oscuridad veremos que incluso a un pie de distancia o más se produce un destello como el de una luciérnaga o culebrilla luminosa. Cuanto menos afilado sea el punzón, más cerca habrá que llevarlo para observar la luz y a cualquier distancia que se vea la luz se producirá la descarga eléctrica y desaparecerá el fenómeno de repulsión. Si la bola de corcho en cuestión así suspendida es repelida y se acerca rápidamente un objeto puntiagudo, a una distancia considerable, es sorprendente ver cómo también de repente la bola oscila hacia el tubo eléctrico. También causan ese efecto objetos de madera aguzados siempre que no estén secos, pues la madera totalmente seca no es mejor conductora de la electricidad que el lacre.

Para ver que los objetos puntiagudos repelen y atraen descargas eléctricas, se pone una larga aguja de acero sobre el hierro y eso impide a éste electrizarse hasta el punto de repeler la bola. O se coloca una aguja en el extremo de un cañón de escopeta o de una varilla de hierro de forma que

quede como una especie de bayoneta y veremos que mientras se mantengan así, el cañón de la escopeta o la varilla no se electrizan ni sueltan chispas aunque se aplique el tubo eléctrico al otro extremo, sino que la descarga se produce silenciosamente y sin resplandor, de forma continua en la punta. Si se hace el experimento a oscuras veremos que no se advierte ninguna diferencia.

Por consiguiente, la repulsión entre la bola de corcho y la bola de hierro se interrumpe de estas formas: 1) vertiendo arena fina sobre ella se va interrumpiendo gradualmente; 2) soplando; 3) provocando humo con madera quemada; 4) con la llama de una vela aunque esté a un pie de distancia, en cuyo caso la interrupción es momentánea. El resplandor de un carbón incandescente de la chimenea y también el de un hierro al rojo también producen semejantes resultados, pero no a tan gran distancia. El humo de resina seca, cuando cae sobre un hierro caliente, no destruye en cambio esa repulsión, sino que es atraído por igual hacia la bola de hierro y el corcho, creando un bello halo alrededor, con extraños dibujos en cierto modo similares a las figuras de la Teoría de la Tierra, de Burnet o de Whinston.

Este experimento debe hacerse en un espacio cerrado donde el aire no se mueva, porque si no fracasará.

La luz solar repentinamente concentrada con una lupa aun por largo rato sobre el corcho y la bola de hierro no tiene consecuencia sobre la repulsión. La diferencia entre la luz solar y la menor del fuego es otro de los extremos que más nos chocaron a todos.

Hemos mantenido durante bastante tiempo la opinión de que la corriente eléctrica no se creaba, sino que se acumulaba por fricción, y que era un elemento que se difundía y era atraído por otros cuerpos, sobre todo el agua y los metales. Incluso llegamos a descubrir y experimentar este flujo a la esfera eléctrica y su reflujo de ella, gracias a unas diminutas aspas de molino de papel rígido situados oblicuamente en finos alambres que les servían de eje; y también por ruedecitas del mismo material, pero con la forma de aspas de molino de agua. Sobre la colocación y uso de cada tipo de rueda y los resultados de cada caso, podría escribirle, si tengo tiempo, algunas observaciones. El que uno no se electrizaba estando de pie sobre cera, por frotación con el tubo eléctrico y extrayendo la chispa del mismo, y el que sí era posible electrizar a una persona o cosa que estuviera en contacto con el suelo pasando el tubo eléctrico cerca de ellas, etc., era algo que nosotros ya sabíamos antes de conociésemos la investigación debida a Mr. Watson, y esto era parte de las novedades que quería contarle. Pero ahora querría sólo mencionar algunos detalles que no figuran en esa obra y nuestras correspondientes reflexiones, si bien quizá podría ahorrarle las últimas.

1. Una persona de pie sobre cera, que se frote con el tubo, y otra que

también esté sobre cera y atraiga la chispa (siempre que no se toquen una a otra), parecen estar electrizadas para quien las observa desde el suelo. Recibirá esta persona una chispa cuando se aproxime a cualquiera de esas personas con los nudillos por delante.

2. Pero si las personas que están sobre la cera se tocan mientras se excita el tubo, ninguna parecerá electrizarse.

3. Si se tocan una a otra tras excitar el tubo y hacer saltar la chispa, tal como se ha dicho, se producirá una descarga entre ellas mayor que la que se produciría entre cualquiera de ellas y la tercera persona que esté en el suelo.

4. Después de la descarga, ninguna de ellas notará que está electrizada.

Para nosotros, todo este experimento significa lo siguiente: Como se ha explicado, la corriente eléctrica es un elemento común que las personas descritas tienen en igual proporción antes de que se haga ninguna operación con el tubo. La persona A que está de pie sobre la cera y frota el tubo eléctrico recoge corriente eléctrica de ella misma y la lleva al tubo. Como su comunicación con la masa se interrumpe a causa de la cera, su cuerpo no vuelve a cargarse. B (que también está sobre cera), al pasar los nudillos cerca y a lo largo del tubo, recibe la corriente recogida allí de A; y como su comunicación con tierra está también cortada por la cera, retiene la mayor cantidad que ha recibido. A la persona C, que está sobre el suelo, le parece que las dos anteriores están electrizadas, pues por tener solamente ella la cantidad media de corriente eléctrica, recibe una descarga al aproximarse a la persona B, que está sobrecargada, pero da otra cantidad a A, que tiene menos carga. Si A y B se aproximan y entran en contacto, la descarga es aún mayor porque la diferencia de carga eléctrica entre ellos es más grande. Después de ese contacto ya no salta más descarga entre ninguno de ellos y C porque se ha igualado la carga eléctrica en todos. Y si se tocan mientras se están cargando, la igualdad nunca se interrumpe y el fluido eléctrico se limita a circular. De esto hemos deducido algunas proposiciones. Decimos que B (y cualquier cuerpo en sus mismas condiciones) se electriza positivamente; A, negativamente, o más bien, que B se electriza más y A menos. Así, en nuestros experimentos diarios electrizamos los cuerpos más o menos, según nos parece. Para electrizar más o menos sólo es preciso saber lo siguiente: que las partes del tubo o esfera que se frota, en el instante de la fricción, atraen la corriente eléctrica y que por consiguiente la roban del cuerpo que lo excita; que las mismas partes enseguida que cesa la fricción están dispuestas a ceder la corriente que han recibido a cualquier cuerpo que tenga menos. Así es como se puede hacer circular electricidad, tal como Mr. Watson ha podido también comprobar. Se puede acumular corriente eléctrica en cualquier cuerpo o sustraerla de él con sólo ponerlo en contacto con el excitador o con el receptor y cortando el contacto con la tierra o masa común. Creemos que este ingenioso

caballero se engañaba cuando imagino (como dice en su nota) que la chispa eléctrica bajaba por el alambre del techo al cañón de escopeta y de ahí pasaba a la esfera, electrizando así el aparato al hombre que daba vueltas a la manivela, etc. Nosotros más bien creemos que la corriente es repelida y no atraída por ese alambre y que la máquina y el hombre y todo el circuito estaban electrizados en menos, es decir, tenían menos electricidad que las cosas que los rodeaban.

Como el barco está a punto de zarpar, no le puedo pormenorizar tanto sobre la electricidad en América como yo quisiera. Me limitaré a mencionarle algunos detalles más, a saber, que hemos descubierto que el plomo granulado va mejor para rellenar la ampolla de vidrio que el agua, porque se calienta mejor y se mantiene mejor caliente y seco cuando el aire está húmedo. Que quemamos alcohol con el alambre de la ampolla. Que hemos encendido velas, que acaban de ser apagadas, haciendo pasar la chispa a través del humo, entre el alambre y las despabiladeras. Que hemos logrado una simulación del rayo haciendo pasar el alambre en la oscuridad sobre un plato de porcelana con flores doradas, o aplicándola a los marcos dorados de los espejos, etc. Que hemos electrizado a una persona veinte veces o más seguidas con sólo tocar el alambre con el dedo, de esta forma: La persona se pone de pie encima de la cera, le damos la botella electrizada para que la tenga en la mano, tocamos el alambre con el dedo y luego tocamos la mano o la cara a esa persona. Siempre saltan chispas. Pudimos aumentar la fuerza de la descarga del «beso eléctrico» en gran medida, gracias a lo siguiente: Se colocan A y B de pie sobre la cera; o A sobre la cera y B sobre el suelo, y luego se le da a uno de ellos la ampolla electrizada en la mano mientras el otro coge el alambre, y se produce una pequeña descarga; pero si aproximaban sus bocas, la descarga era mayor y sufrían un fuerte calambre. Ocurre lo propio si un caballero y una señora C y D que están también de pie sobre cera, cogen las manos de A y B, y se estrechan la mano como para saludarse. También colgamos de un fino hilo de seda una araña artificial, hecha con un trocito de corcho quemado y las patas de hebras de hilo negro, en la que metimos unos perdigones de plomo para darle mayor peso. Encima de la mesa sobre la que colgaba la araña pusimos verticalmente un alambre tieso, igual de alto que la ampolla y el cable, a una o dos pulgadas de la araña. Luego le hicimos moverse con sólo colocar la ampolla electrizada a igual distancia pero al otro lado del bicho. Este se desplazaba hacia el alambre de la ampolla, y sus patas se doblaban al tocarlo. Luego saltaba y se dirigía al alambre de la mesa y vuelta al alambre de la ampolla, siempre moviendo las patas de la manera más divertida y con gran apariencia de vida para quienes no estaban en el truco. El bicho continuará con sus movimientos más de una hora si el tiempo está seco. También electrificamos encima de cera y en la oscuridad un libro que tenía una doble incrustación de alambre de oro en las tapas, luego aplicamos los nudillos al

dorado y surgió la chispa por toda la superficie dorada como un relámpago, pero no en la parte de cuero. Tampoco brota la chispa si se toca el cuero en lugar del dorado. Siempre frotamos los tubos con una gamuza por el mismo lado y tuvimos cuidado de no mancharlos con las manos al cogerlos, con lo que funcionaron bien en todo momento sin que fallaran, sobre todo si se guardaban en cajas de cartón bien envueltos en franelas. Hago mención de este detalle porque en los escritos publicados en Europa sobre la materia se menciona con frecuencia la frotación del tubo como si se tratara de un ejercicio agotador. Las esferas nuestras están fijadas en unos soportes de hierro como ejes que las atraviesan de lado a lado. En el extremo del eje hay una pequeña manivela con la cual se puede hacer girar a la esfera como si fuera una piedra de afilar. Este sistema nos parece muy cómodo porque el aparato ocupa poco, es portátil y puede guardarse en una caja estanca si no se utiliza. Es cierto que la esfera no gira tan rápidamente como cuando se emplea la rueda grande, pero no creemos que la rapidez tenga tanta importancia en este caso, pues con pocas vueltas basta para cargar la ampolla lo suficiente, etc.

INSTRUCCIONES PARA LA CONSTRUCCIÓN DE PARARRAYOS (1753)

Dios ha permitido en su magnanimidad para con la humanidad que por fin se descubriese el sistema de defender las viviendas contra las calamidades de los rayos. El método para lograrlo consiste en lo siguiente: Se coloca una varilla pequeña de hierro (puede valer la varilla que se utiliza para la fabricación de clavos), de tal largo que un extremo se clave en la tierra húmeda unos tres o cuatro pies, y el otro sobresalga de seis a ocho pies sobre la parte más alta del edificio. En la parte alta de la varilla se conecta como un pie de alambre de latón del calibre del tamaño de las agujas corrientes de calceta, y se afila su parte superior. La varilla se fija al edificio con unas cuantas grapas. Si se trata de un granero o una casa grande, puede ponerse una varilla con su terminación aguzada en cada una de las esquinas del edificio uniéndolas con un cable que vaya por el caballete del tejado. El edificio dotado con tal artilugio no será dañado por el rayo, que será atraído por las varillas puntiagudas y bajará a tierra por los cables, sin causar perjuicio alguno. También las embarcaciones con esas varillas aguzadas en el remate de sus mástiles y con un cable que termine en uno de los obenques hasta el agua, se librarán de los daños de los rayos.

A BARBEU DUBOURG Y TOMAS FRANCISCO DALIBARD

Writings, VI, 44-47

Queridos amigos:

Mi respuesta a su pregunta acerca de cómo hacer más tierna la carne por medios eléctricos sólo se funda en conjeturas, ya que no he experimentado suficientemente sobre este tema. Todo lo que puedo indicarles ahora es que pienso que la electricidad puede tener utilidad en esto, en base a las siguientes observaciones:

Se ha observado que el rayo, al enrarecer y vaporizar la humedad que se contiene en la madera por ejemplo la de un roble separa sus fibras y las astilla en pequeños pedazos, y al penetrar en los metales más duros, como es el hierro, también separa al instante sus partículas, haciéndolo pasar del estado sólido al líquido. Por eso creo que es probable que esa sutil materia, al atravesar los cuerpos de los animales con gran rapidez, pueda hacerlo con fuerza suficiente como para producir un efecto semejante.

La carne animal recién matada al modo convencional es firme, dura y no excesivamente comestible, ya que sus partículas están unidas entre sí de forma tenaz. Después de cierto tiempo se atenúa esa cohesión, a medida que avanza el proceso de su putrefacción, que culmina en una total separación; la carne se hace tierna y deviene especialmente apta para el consumo.

Con frecuencia se ha puesto de relieve que los animales muertos por rayos se pudren al instante. No creo que ocurra siempre así, pues la intensidad de la descarga, aunque sea suficiente para matar, puede no serlo para desintegrar todas las fibras y partículas de la carne, y ponerla tierna, que es el estado previo al de la putrefacción. Por eso existen casos en que los animales muertos por descargas eléctricas se conservan mejor que los muertos convencionalmente, aunque en otras ocasiones la putrefacción rápida sea la norma general. Me aseguraba una persona muy respetable que había tenido la oportunidad de presenciar algo muy interesante en este aspecto. Un rebaño completo ovejas que se encontraba reunido en un lugar de Escocia, bajo un árbol, fue muerto por una centella, y como era ya tarde avanzada, el propietario, deseoso de salvar lo que pudiera, envió a algunas personas de madrugada para recoger a los animales muertos. Pero eran tales la putrefacción y el hedor, que no tuvieron valor para cumplir las órdenes del propietario y enterraron a los animales con piel y todo. No es insensato pensar que entre el momento de su muerte y el de la putrefacción hubo un instante en el que la carne estaba tierna y en perfectas condiciones de consumirse. Pensemos además en las personas que han comido aves de corral muertas por nosotros mediante esa imperfecta imitación del rayo que es la electricidad e inmediatamente después cocinadas, han declarado que su carne era extraordinariamente tierna.

La escasa utilidad de este procedimiento quizá haya impedido que se

adoptase con carácter general, pues aunque ocurra a veces que llega a una casa de campo de forma inesperada algún grupo de forasteros o en una posada aparecen más huéspedes de los que se esperan y es preciso matar enseguida más animales que de ordinario, como suelen llevar hambre no se fijan demasiado en que la carne por estar recién muerta resulte algo correosa. Como este método eléctrico de matar los animales es por lo demás instantáneo y por consiguiente más humanitario, existen motivos para pensar en sus ventajas entre aquellas personas que sienten compasión por los animales sacrificados. A esas personas yo les aconsejaría lo siguiente: Se prepara una batería con seis elementos o vasos grandes (con capacidad de veinte a veinticuatro pintas cada una), como si se tratara del experimento de Leyden, y una vez establecido el circuito normal desde la superficie interior de cada uno con el conductor principal, y tras haberles dado la máxima carga (que con un buen aparato es cosa de minutos y puede medirse con un electrómetro), los cables pueden arrollarse a los muslos de las aves. El que maneja las pilas sujeta al ave por las alas y cierra el circuito para que reciba la descarga del conductor principal, produciéndole la muerte instantánea. Se corta la cabeza al instante para desangrarlas y el animal se despluma y adereza enseguida. La descarga de tal aparato se considera suficiente para matar a un pavo de unas diez libras de peso, e incluso puede valer para sacrificar a un cordero lechal. Sólo la experiencia nos dirá cuáles son los animales y los tamaños indicados para cada caso. Probablemente no se necesitará menos electricidad para poner tierna una pequeña ave vieja que para lograr lo mismo con un ave grande joven. Es fácil, por otra parte, producir la electricidad que se necesite. Todo consiste en aumentar el número de los vasos que hacen de elementos en la batería eléctrica. Con seis de esos vasos, sin embargo, la descarga ya es muy violenta, y el que maneje el aparato ha de ser muy prudente para no sufrir en su propia carne la descarga en vez de producírsela al volátil en cuestión...

RELATO DE LAS RECIÉN INVENTADAS ESTUFAS DE PENNSYLVANIA (1744)

En estas colonias del norte los habitantes encienden fuegos en las chimeneas para sentarse al amor de la lumbre y lo hacen por término medio siete meses al año, es decir: desde comienzos de octubre hasta finales de abril y en ocasiones hasta ocho meses cuando los inviernos son más largos y hay que calentarse parte de septiembre y de mayo.

La madera ha sido nuestro combustible normal durante cien años y cada cual la tenía prácticamente a la puerta de su casa; ahora hay que traerla a veces desde distancias superiores a las 100 millas, con los consiguientes gastos para

el presupuesto familiar.

Como mucho de nuestro bienestar y comodidad depende en tan larga temporada del elemento fuego, y como el combustible se ha puesto tan caro y (a medida que se vayan talando más bosques) será más escaso, cualquier alternativa que ahorre el consumo de madera y facilite el mejor aprovechamiento del fuego con métodos especiales para hacerlo o conservarlo, parece digno del interés y atención de todos.

Las nuevas estufas responden a esas necesidades (se han experimentado durante tres inviernos por un buen número de familias de Pennsylvania) y este prospecto se propone relatar los resultados.

El propio lector será el mejor juez sobre este método de calefacción, comparándole con los existentes antaño y hogaño.

Por ello, es preciso comprender antes algunas de las propiedades del aire y del fuego, tales como:

1. Que el aire se enrarece por el calor y se condensa con el frío. La misma cantidad de aire ocupa más espacio estando caliente que cuando está frío. Esto es fácil de comprobar con unos cuantos experimentos sencillos. Tómese una garrafa de cristal transparente (un tarro tipo florentino sin la cubierta de paja es lo mejor), se pone al fuego y al calentarse el aire, éste se enrarece y parte de él se escapa de la botella. Dese la vuelta a la botella, métase el gollete en un recipiente con agua y apártese del fuego; el aire se enfriará y reducirá su volumen, por lo que se podrá ver cómo el agua asciende por el cuello de la botella ocupando el sitio dejado por el aire que salió. Poner junto a la botella un trozo de carbón incandescente y, al recibir el aire de dentro el calor que irradia, de nuevo se dilatará y hará que salga de ella el agua. O bien llenar una vejiga hasta la mitad de aire; atadla fuertemente a la boca de la botella y dejadla ésta al fuego hasta que la vejiga esté a punto de quemarse. Al calentarse el aire se podrá observar cómo se dilata la vejiga hasta ponerla tensa de tan hinchada. Llevadla entonces a un sitio fresco y podrá entonces observarse cómo se deshinchaba, quedando en su estado primitivo.

2. El aire enrarecido se dilata con el calor y se hace más ligero, por lo que puede ascender en el seno de otro aire de mayor densidad. Cuando la madera, el aceite y otro elemento más ligero que el agua se coloca en el fondo de un recipiente con agua, subirá a la superficie. Lo mismo ocurre al aire enrarecido con respecto al aire en su estado corriente, hasta que aquél se enfríe y adquiera la misma densidad que éste.

Así pues, el fuego que se enciende en cualquier chimenea hace que el aire a su alrededor se enrarezca al calor y se haga más ligero, tendiendo a escapar por la chimenea, con lo que el aire de la habitación (que se desplazará hacia

donde se establezca esa corriente) ocupará su sitio, enrareciéndose a su vez y ascendiendo de nuevo por el tubo de la chimenea. El lugar que ocupaba el aire que es desplazado de esta forma de la habitación lo llena el aire fresco que entra por puertas, ventanas y, si éstas están cerradas, por cualquier otro orificio, como es fácil comprobar arrimando una vela encendida al agujero de una llave. Si la habitación está cerrada herméticamente, de suerte que el aire no pueda renovarse, no se establecerá el tiro de aire de la chimenea y el humo terminará llenando la estancia.

1. El fuego (el fuego corriente, convencional) proporciona luz, calor y humo. Los dos primeros se mueven en línea recta y con gran rapidez; el último se separa del combustible y se desplaza impulsado por las corrientes de aire enrarecido. Sin una circulación constante ascendente que elimine los humos, éstos se irán concentrando en torno al fuego hasta que lo sofocuen.

2. El calor debe separarse del humo y de la luz por medio de una placa de hierro que aunque deje pasar el calor a su través, impide el paso de los dos primeros.

3. El fuego emite radiaciones térmicas junto con las luminosas en todas direcciones. Pero el calor más apreciable se produce en la parte superior del fuego, donde, además de las radiaciones del calor, tiene lugar una corriente continua ascendente de aire caliente.

Las ventajas de esta estufa.

Sus ventajas respecto a los hornillos corrientes son:

1. Que toda la habitación se temple por igual y no es preciso que todos se amontonen junto al fuego, pudiendo sentarse algunos incluso cerca de las ventanas aprovechando la luz natural para leer y escribir, hacer calceta, etc. Se pueden sentar cómodamente en cualquier parte de la habitación, con las consiguientes ventajas en casos de familias numerosas, que, de no ser así, precisarían tener dos chimeneas encendidas por no haber cabido todos en una sola.

2. Si uno se sienta cerca de estos hogares, no se siente la desagradable corriente de aire frío que le corta la espalda y los tobillos, como ocurre con los fuegos corrientes, donde es fácil resfriarse al tostarse casi la parte delantera mientras la espalda se hiela.

3. Si está uno sentado en las proximidades de una junta o puerta, etc., mal cerradas no se expone a esas corrientes frías, igualmente causa de resfriados, tos, catarros, dolores de muelas, fiebres, pleuresías y otras muchas enfermedades, que son tan corrientes en las habitaciones calentadas con los fuegos habituales.

4. Caso de enfermedad, el nuevo hogar está especialmente indicado para habitaciones donde descansa el enfermo, ya que reparte equilibradamente el calor y renueva el aire sin peligro alguno. Un hogar de tamaño pequeño vale para caldear una habitación, si las chimeneas están preparadas para él, poniéndolo en funcionamiento en el término de media hora. La temperatura y calor uniformes en la habitación se consideran especialmente favorables en algunos casos de epidemias. Así ocurrió en los inviernos del 1730 y del 1736, cuando la viruela se extendió por Pennsylvania y murieron muy pocos niños de la colonia alemana, en proporción a los que murieron de la colonia inglesa, achacándose por algunos la causa a la mejor calefacción utilizada por los alemanes en comparación con los ingleses y que hizo que la epidemia fuera tan benigna como por lo general es en las Indias Occidentales, aunque todo esto son conjeturas sobre las que sólo los médicos pueden dar una opinión autorizada.

5. En las chimeneas corrientes la mayor cantidad de calor asciende por la salida de humos y se pierde, al tiempo que se provoca una importante corriente por la chimenea, por la que se marcha el calor ascendente, descendente y lateral. El calor que da el fuego por radiación directa y que se desplaza hacia la habitación, vuelve otra vez a la chimenea en parte y se pierde de la forma descrita. Con este nuevo hogar el calor ascendente, que normalmente escapa, calienta la cubierta de hierro e irradia por igual su calor a toda la habitación. Igualmente, el calor lateral y el que se irradia por la parte posterior del hogar y por la caja de aire se reparte también por toda la habitación, pues, como se observará, se forma una corriente de aire caliente continua que sale de la chimenea y recorre la estancia. Basta encender una vela bajo el frente de la chimenea y se verá cómo la llama se orienta hacia la habitación, si se colocan unos papeles humeantes a los lados se verá también por la dirección del humo la circulación de ese aire.

6. Con este nuevo hogar la pérdida de calor se reduce al mínimo y el ahorro de leña es evidente, cosa nada de despreciar en los lugares en que sea cara.

7. Cuando se encienden velas cerca de este hogar, se apreciará cómo no oscilan casi nada sus llamas, como ocurre con los lares usuales, con los que la llama se orienta hacia la chimenea.

8. El no producir humo acaba con el problema de la suciedad en los muebles y el lloriqueo de los ojos.

9. Este hogar evita, además, el hollín en los tubos y chimeneas de salida de humos, ya que las impurezas y partículas han de volver a pasar por las llamas, que las consumen antes de salir, gastándose menos combustible al quemarse éste mejor. Por lo demás, la trampilla de aireación permite regular la

intensidad de ignición de la leña y su rendimiento al hacer que su llama sea más uniforme y que la producción de humo decrezca.

10. Si se atascase la chimenea con la carbonilla, no sería probable que se incendiase, y si ocurriese así, resulta mucho más fácil sofocarlo y apagarlo.

11. Este hogar se enciende muy fácilmente, sin más ayuda que la de la trampilla de ventilación o un fuelle.

12. También se puede apagar con mayor rapidez cerrando la aireación, dejando las pavesas medio apagadas pero dispuestas a reavivarse a voluntad.

13. Una vez caldeada la habitación, el calor se mantendrá durante toda la noche.

14. Finalmente, el fuego durante la noche es totalmente seguro, pues no saltan chispas que puedan prender fuego a la habitación y causar daños.

Estas ventajas hacen que sin perder la presencia real del fuego, como ocurre en las estufas holandesas, pueda además calentarse agua para hacer un té o calentar las planchas, o los calentadores de cama o un recipiente con comidas, sin más que ponerlo encima, etc.

A JOHN FRANKLIN

8 de diciembre de 1752

Querido hermano:

Ayer reflexionaba yo sobre tu deseo de contar con un catéter flexible cuando se me ocurrió de repente la forma posible de lograrlo, y pensando que quizás no te fuera fácil entender mi descripción cómo yo lo imaginaba, me fui al platero y le di las instrucciones pertinentes para fabricar uno (esperando allí hasta que lo terminó) para podértelo mandar por este correo. Ahora que lo tengo, me temo que sea demasiado grande para que resulte idóneo, en cuyo caso creo que cualquier platero podría reducir sus proporciones retorciéndolo o haciendo un alambre de menor espesor y colocando un tubo más pequeño a su extremo, si es que el tubo resultase absolutamente preciso. Este aparato se puede cubrir con una membrana de tripa fina pequeña, previamente lavada y mantenida a remojo en un baño a base de una solución de alumbre, sal y agua durante toda la noche, y luego bien seca, con lo que no se pudrirá fácilmente; luego se humedecerá de nuevo, ajustándola bien a los tubos de cada extremidad, donde hay unos rebajes para la cuerda con que hay que atarla y luego engrasar la superficie. O también se puede usar sin esa membrana, sin más que frotarla con sebo rellenando bien todas las juntas. Creo que esa

manera resultará en cualquier caso lo suficientemente flexible para poder adaptarse a las vueltas del conducto y al propio tiempo será lo suficientemente rígido para avanzar por él. De no serlo, te incluyo un alambre que podrás utilizar para darle rigidez a la parte posterior del tubo cuando la parte anterior es empujada hacia adelante. A medida que el aparato avance se puede ir retirando el alambre un poco. El tubo es de tal naturaleza que al sacarlo decrece su diámetro y puede moverse con mayor facilidad. Es una especie de tornillo que se puede meter o sacar dándole vueltas. Se precisa práctica para utilizar correctamente cualquier útil o herramienta nuevos, y la práctica quizá aconseje irle añadiendo mejoras al tiempo que enseñe el mejor método de su utilización...

Quedo, afectuosamente, querido hermano...

A JUAN BAUTISTA BECCARIA

13 de julio de 1762

Reverendo:

En cierta ocasión me prometí a mí mismo darme la satisfacción de verle en Turín. Como no ha podido ser ni es probable que ocurra, ya que estoy a punto de regresar a América, mi país natal, me despido de usted (entre otros de mis amigos europeos) por carta.

Le agradezco la honrosa mención de que me ha hecho objeto frecuentemente en sus cartas cerca de Mr. Collinson y otros, por la generosa defensa suya de mis experimentos eléctricos. También le agradezco el valioso regalo de su nuevo trabajo, gracias al cual he recibido mucha información y que me ha complacido altamente. Me gustaría poder corresponderle deleitándole con algo mío, pero desgraciadamente no dispongo de nada últimamente acerca de ese particular, ni sé de nadie aquí que se dedique a algo parecido.

No obstante, quizás le agrade, puesto que vive en un país eminentemente musical, tener un relato de un nuevo instrumento que venga a enriquecer los que esa deliciosa ciencia ya poseía en abundancia. Como dicho instrumento parece especialmente apto para música italiana, sobre todo la de carácter suave y melódico, trataré de describírselo y de hablarle de su construcción por si usted o alguno de sus amigos quieren copiarlo, sin tomarse el trabajo de experimentar como lo he tenido que hacer yo antes de confeccionarlo.

Probablemente haya oído usted hablar de la suavidad del sonido que puede obtenerse con un vaso normal pasando un dedo húmedo por su borde. Un tal

Mr. Puckridge, caballero irlandés, fue a quien primero se le ocurrió utilizarlo como instrumento musical y efectivamente interpretó muchas melodías con él. Reunió varios vasos de diferentes tamaños, los puso sobre una mesa el uno junto al otro y los afinó a la escala musical, llenándolos más o menos de agua. El sonido se obtenía pasando los dedos alrededor de sus bordes. Por desgracia, el inventor murió abrasado aquí junto con su instrumento, en un incendio que acabó con su casa. Mr. E. de Laval, miembro de la Royal Society, hizo una copia de ese instrumento, mejorándolo, y ése fue el primero que yo vi y oí. Me encantó la delicadeza de sus tonos y su calidad musical, por lo que me empeñé en hacer otro modelo en el que las piezas de vidrio se dispusieran de forma más conveniente y estuvieran más juntas para poder ampliar la escala tonal y facilitar su manejo. A tal fin, hice una serie de pruebas hasta que conseguí lo que me proponía. Y de lo cual le voy a dar noticia.

Los vasos se fabricaron soplando el vidrio hasta darle la forma más aproximada a una semiesfera, con un cuello o carguillo en la parte central. El grosor de vidrio cerca del borde será de una décima de pulgada aproximadamente, como máximo, haciéndose más gruesa en la parte cercana al cuello, que en los vasos de mayor tamaño tiene una altura de una pulgada y una anchura de pulgada y media, dimensiones que van reduciéndose proporcionalmente a medida que decrece el tamaño de los vasos, pero sin que el cuello del más pequeño llegue nunca a ser más corto de media pulgada. El vaso mayor mide nueve pulgadas de diámetro y el más pequeño tres. Entre esos dos extremos hay veintitrés vasos de tamaños escalonados, cada uno un cuarto de pulgada más estrecho que el anterior. Para hacer el tipo de instrumento más sencillo se precisa fabricar al menos seis vasos de cada tamaño y a partir de ese número se reunirán hasta 37 vasos (suficientes para tres octavas con todos los semitonos y bemoles), que corresponderán a cada nota deseada o ligeramente superior hasta completar y afinar el conjunto. Es cierto que no son 37 tamaños en realidad, pero ocurre con frecuencia que dos vasos del mismo tamaño dan tonos ligeramente diferentes en una nota o media, debido al distinto grosor del vidrio, por lo que se puede escoger el más adecuado sin que se comprometa el resultado final y la regularidad de los tonos.

Una vez seleccionados los vasos y marcado cada uno al diamante con su correspondiente nota, han de afinarse reduciendo el grosor de los que son demasiado agudos, cosa que se logra con la piedra esmeril en todo su contorno desde el cuello hasta el borde, en una anchura de una o dos pulgadas, según se precise; esto se puede lograr comparando su sonido con el de un clavicordio bien afinado nota a nota. Cuando se termine con esta operación, hay que limpiar bien los vasos y sacarlos antes de cada prueba, porque si el cristal está húmedo el tono se hace ligeramente más grave; el esmerilado se hará muy poco a poco hasta llegar a obtener el tono preciso. Esto es lo más delicado de

todo, porque si se excede uno en ello no hay otro remedio que rebajar el borde para corregirlo, con lo que se precisa pulimentarlo de nuevo, con las consiguientes complicaciones.

Una vez afinada toda la batería de vasos hay que ponerlos en un recipiente que lleva un eje para sujetarlos. La caja que yo construí mide tres pies de largo, once pulgadas de ancho en su parte mayor y cinco en la menor, para adaptarla a la forma cónica del juego de vasos. Se cierra la caja con una tapa de bisagra.

El eje, que es de hierro, atraviesa la caja horizontalmente por la mitad y va apoyado en dos cuellos de eje, uno en cada extremo, para que pueda girar. El eje es redondo, con un diámetro de una pulgada la parte más gruesa y que se va aguzando hasta llegar a un cuarto de pulgada en la parte más fina. De su parte más gruesa sale, a través de la caja, una espiga, en la que sujeta una rueda mediante un tornillo. Esta rueda sirve como catalina para que el movimiento sea uniforme cuando a la espiga, con los vasos, se le hace girar con un pie, como si se tratara de una rueda. Mi rueda es de caoba, tiene un diámetro de 18 pulgadas y es bastante gruesa, de suerte que puede lastrársela con un arillo de plomo de unas 25 libras de peso. Lleva una clavija de marfil en la parte exterior de la rueda, a unas cuatro pulgadas del eje, y en la parte superior de la clavija se sujeta el extremo de la cuerda que sube desde el pedal móvil, que pone en movimiento la rueda. La caja se apoya en un bastidor sujeto por cuatro patas.

Para sujetar los vasos al eje, se pone primero una pieza de corcho en cada cuello de vaso, bastante apretado y sobresaliendo un poco, de suerte que ningún vaso toque a su vecino, lo que produciría un chirrido. Estos corchos van perforados con agujeros de diversos tamaños, para ajustarse a la parte del eje en que cada vástago haya de fijarse. Cuando se colocan los vasos, sujetándolos fuerte con ambas manos, otra persona ha de dar vueltas al eje hasta que encaje perfectamente, teniendo sumo cuidado de que no se salte el cristal del cuello y para que no tenga holgura, porque si no el vaso se moverá y tropezará con los vasos vecinos, con el consiguiente chirrido. Una vez instalados los vasos uno dentro del otro de forma que vayan de izquierda a derecha en orden decreciente de tamaño, sus cuellos quedan orientados hacia la rueda, cada vaso metido en el anterior. El borde de cada uno sobresale del anterior como una pulgada o tres cuartos de pulgada o media pulgada a medida que van siendo pequeños. Es de estas partes prominentes de los vasos de donde salen los tonos, sin más que poner el dedo encima mientras el eje y los vasos giran.

El vaso más grande que da la nota «sol», que es un tono ligeramente por debajo de una voz corriente y entre ésta y mi «sol» más alto se incluyen tres octavas completas. Para distinguir fácilmente cada vaso con la vista, he

pintado bien visibles cada nota y cada bemol con colores de acuerdo con el siguiente código: cada semitono, blanco; «do», rojo; «re», naranja; «mi», amarillo; «fa», verde; «sol», azul; «la», añil; «si», morado, y «do», rojo de nuevo. De esta forma los vasos con el mismo color (excepto el blanco) son siempre octavas entre sí.

El instrumento se toca sentándose en medio de la batería de vasos, como quien se dispone a tocar el clavicordio, y dando vueltas a la rueda con un pedal, humedeciéndolos de vez en cuando con una esponja con agua limpia. Los dedos al comienzo deberán mojarse ligeramente, pero sin que se tenga nada de grasa. A veces es bueno ponerse un poco de tiza en las yemas, porque así al roce con los vasos arrancan sonidos más nítidos. Se utilizan las dos manos para tocar. Los sonidos se obtienen mejor cuando los vasos giran alejándose del dedo que los toca, en vez de acercándose a él en su giro.

Las ventajas de este instrumento consisten en que sus tonos son mucho más suaves que los de cualquier otro. Además, pueden atenuarse o acentuarse a voluntad, sólo con variar la presión de los dedos, y en que el instrumento una vez afinado no precisa ya volverse a afinar jamás.

En gracia a la nomenclatura musical de usted, me he permitido tomar prestado su nombre llamándole armónica.

Quedo de usted respetuosamente...

A BARBEU DUBOURG (1773)

... Siendo un muchacho, recuerdo haber construido dos paletas de forma ovalada y con un orificio para el dedo pulgar, que permitiese sujetarlas con la palma de la mano. Se parecían mucho a las que utilizan los pintores. Cuando nadaba me ayudaba con ellas a guisa de palas y avanzaba más rápidamente. Lo único es que enseguida se me cansaban las muñecas, por lo que decidí atarme a los pies una especie de sandalias para ver si mejoraba algo, pero pronto me di cuenta de que en la natación el impulso lo da más bien la cara interna del pie, con lo que las grandes suelas de las sandalias apenas ayudaban.

Aquí existen chalecos flotadores para nadar, hechos de lona y con tacos de corcho en su interior.

No sé nada de la «escafandra» de M. de la Chapelle.

Sé por experiencia lo mucho que alivia al que tiene que nadar una distancia larga ponerse de vez en cuando de espaldas y variar de la forma que sepa la manera de autopropulsarse.

Cuando se sufren calambres en las piernas, el método de librarse de ellos es dar una rápida y fuerte sacudida con la parte afectada, cosa que el nadador puede hacer sacando la pierna fuera del agua mientras se le mantiene a flote de espaldas.

En verano, cuando más calor hace, no hay peligro en bañarse porque el agua de los ríos está caliente por el sol, pero arrojarse al agua en primavera, cuando el agua está fría y el cuerpo está caliente por haber hecho ejercicio al sol, es una imprudencia que puede acarrear consecuencias fatales. Recuerdo el caso de cuatro muchachos que habían estado segando toda la jornada y decidieron darse un chapuzón en una fuente de agua fresca. Dos de ellos murieron en el acto, el tercero murió a la mañana siguiente y sólo el cuarto se recuperó a duras penas. Una mojadura abundante agua fría en circunstancias similares suele tener el mismo efecto en Norteamérica.

El deporte de la natación es uno de los más sanos y agradables del mundo. Después de nadar una hora o dos por la tarde se duerme fresco toda la noche por mucho calor que haga en verano. Quizá sea porque se abren los poros y el sudor insensiblemente se acrecienta y produce este frescor. Está comprobado que el ejercicio frecuente de la natación es un buen remedio contra la diarrea, llegando incluso a producir estreñimiento. A este respecto, para el que lo padezca y no sepa nadar o no pueda nadar por no ser temporada idónea, un baño tibio que limpie y depure la piel puede ser un buen remedio, a veces de resultados sorprendentes. Lo digo por experiencia propia y repetida y por la de otras personas a quienes les he hecho esta recomendación.

Espero no aburrirle si termino estas apresuradas líneas diciendo que, como la manera habitual de nadar no es, en último término, más que un remar con los brazos y pies y que por ello puede resultar fatigoso cuando la distancia que se ha de nadar es grande, existe un método mediante el cual el nadador puede recorrer grandes distancias con facilidad, ayudándose de una vela. Yo descubrí este sistema por casualidad de la siguiente manera.

Siendo muchacho, me entretenía cierto día haciendo volar una cometa de papel y al acercarme a la orilla de un estanque de casi una milla de ancho, até el extremo de la cuerda a una estaca, subiendo la cometa a gran altura por encima del estanque mientras yo me dedicaba a nadar en él. Al poco tiempo sentí deseos de jugar con la cometa sin dejar de nadar, por lo que volví a la orilla, desaté la cuerda y volví al agua. Pude comprobar entonces que si me ponía a hacer el muerto manteniendo la cuerda de la cometa entre mis manos, el viento movía mi cuerpo en la superficie del agua de la forma más agradable. Le dije a otro chico que estaba allí que me llevase mi ropa a la otra orilla del estanque y me dispuse a cruzarlo a impulsos del viento que nos movía a la cometa y a mí. A veces tenía que detenerme un instante, pues me parecía que como iba demasiado deprisa la cometa descendía demasiado. De esta manera

conseguí que la cometa volviera a subir. Nunca volví a practicar tan original modalidad de natación, pero estoy convencido de que se podría cruzar el canal de la Mancha de Dover a Calais con tal sistema. Pero el paquebote resulta de momento más cómodo...

A JORGE WHATLEY

23 de mayo de 1785

Mi buen amigo:

Al oír a Mr. Dollond decir que mis gafas dobles no valen más que para algunos ojos especiales, me entran dudas acerca de si sabe exactamente en qué consisten. Me imagino que, en términos generales, se admite que un cristal con una convexidad uniforme hace que una persona vea mejor a la distancia normal de la lectura pero no a larga distancia. Por eso al principio tenía dos pares de gafas, que tenía que alternar a veces, ya que, cuando viajo, leo de vez en cuando, y con frecuencia me gusta contemplar el paisaje. Como el cambio de gafas me resultaba molesto y a veces no encontraba a mano el par que necesitaba, hice que me cortaran las lentes por la mitad y que me colocaran dos mitades diferentes en el mismo círculo. De esta forma encargué que me las construyeran y desde entonces las llevo siempre puestas y con sólo levantar o bajar la mirada, sin necesidad de cambiarme de gafas, veo lejos o cerca perfectamente. Esto me ha resultado de lo más práctico, pues estando en Francia, por ejemplo, me ocurría constantemente que las gafas que me valían para ver lo que estaba comiendo, me impedían ver las caras de los que estaban sentados al otro extremo de la mesa cuando se dirigían a mí, con lo que, al no ver sus labios, no siempre comprendía, sólo por sus voces, lo que me estaban diciendo. Puedo así confesar, aunque suene raro, que me fue posible entender mejor el francés gracias a mis gafas.

DESCRIPCION DE UN APARATO PARA COGER LIBROS DE LOS ANAQUELES

Enero de 1786

Las personas de edad encuentran incómodo tener que instalar una escalera de mano para coger libros de las estanterías de las bibliotecas, bien por la propia torpeza de sus años o porque sufran de vértigo o simplemente por resentirse de las articulaciones. Sin hablar, claro, de lo molesto que es tener

que cambiar de sitio la escalera para alcanzar libros que estén en otra sección de la biblioteca.

Para evitarles esos trabajos, así como la molestia de tener que llevar la escalera de un lado a otro, he construido el siguiente utensilio que llamo brazo extensible.

El brazo es una vara de pino de una pulgada de grueso y ocho pies de largo... El índice y el pulgar están hechos de dos piecitas de madera de fresno de pulgada y media de ancho y de un cuarto de pulgada de grosor. Se fijan con tornillos a ambos lados del extremo de la vara; el índice sobresale una pulgada y media más que el pulgar. Esas piecitas se van haciendo más delgadas hacia su extremo para que puedan introducirse entre los lomos de los libros fácilmente. Van taladrados con unos agujeros minúsculos, accionados por un cordel del tamaño de un cañón de pluma de ganso, que lleva un lazo en su extremo. Ese cordel, que pasa por los agujeros de los «dedos», recorre la vara hasta el otro extremo y lleva una serie de mandos equidistantes unas cuatro pulgadas.

Se utiliza este instrumento sujetándolo con una mano y accionando la cuerda e introduciendo «los dedos» del extremo superior a los lados del libro que se desee coger, abriéndolos más o menos según el grosor del tomo, y, una vez sujeto, se afianza la cuerda que enlaza esas agarraderas por detrás del libro, como en un lazo, y se retira, sin más. Según se saca hay que darle al aparato un cuarto de vuelta de giro para que el libro baje horizontal y no caiga. Los nudos sirven para que no se deslice la cuerda y se mantenga la tensión, que sólo se interrumpe cuando se coge el libro.

Todo nuevo instrumento requiere cierta práctica antes de utilizarse con toda eficacia, pero en éste la práctica es mínima.

Construido con las medidas que se ha indicado, funciona satisfactoriamente con libros en tamaños duodécimo y octavo. Los libros tamaño cuarto y folio resultan demasiado pesados, lo cual no es un gran problema, pues por lo general suelen colocarse en las estanterías inferiores de la biblioteca, pudiendo cogerse directamente.

Para colocar de nuevo el libro en su sitio, se realiza la misma operación, sólo que en sentido contrario.

PROPUESTAS ACERCA DE LA EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD EN PENNSYLVANIA (1749)

OBSERVACIONES AL LECTOR

Se ha insistido en lamentar como algo adverso a los intereses de la juventud de esta provincia, la carencia de una academia donde se pudiera proporcionar una educación decente a los jóvenes. El siguiente documento da una serie de sugerencias con vistas a preparar un plan encaminado a ese objetivo. Ha sido bien acogido por algunas personalidades preocupadas por el bien de la comunidad, a las que se ha comunicado previamente para que lo hagan imprimir y distribuir, con intención de contar con las opiniones y consejos de hombres que cuenten con experiencia y conocimientos en estas materias, como paso previo a su puesta en marcha. Existen razones para creer que este proyecto se apoyará con calor por todas las personas beneméritas del país. Aquellos que deseen contribuir al proyecto con sus ideas respecto a las especialidades que hayan de enseñarse, el orden de sus estudios, el método de enseñanza, la organización económica del centro o cualquier otra cuestión relevante para el éxito de la empresa, pueden mandarme noticias suyas a la mayor brevedad por carta dirigida a B. Franklin, impresor, en Filadelfia.

PROPUESTA

La educación idónea de los jóvenes, de acuerdo con el parecer de personas prudentes de todas las épocas, representa la garantía más firme y la mejor base de la felicidad, tanto de las familias como de la comunidad. Por eso casi todos los gobiernos se han ocupado con atención preferente de crear y sostener centros docentes con objeto de que los hombres del mañana se preparen para servir a la comunidad de forma honrosa para ellos mismos y para su país.

Muchos de los primeros colonizadores de estas provincias eran hombres que habían recibido una buena educación en Europa, y a su prudencia y buena administración debemos gran parte de nuestra actual prosperidad. Ellos trabajaron mucho pero no podían hacerlo todo. Las generaciones actuales no parecen estar igualmente dotadas, pues aunque a la juventud americana no se le niega capacidad, la capacidad requiere cultivo porque es como un buen terreno, que si no es cultivado y sembrado, no producirá más que malas hierbas.

Para conseguir las ventajas que se derivan de un incremento del saber, y evitar las funestas consecuencias que acarrea la ignorancia, se dan las siguientes sugerencias, orientadas a constituir un plan de educación de la juventud de Pennsylvania.

Se propone:

Que aquellas personas con conciencia cívica, cultura y tiempo libre soliciten credencial que les capacite para incorporarse a las tareas de crear una Academia para la educación de los jóvenes, dirigirla, dotarla de profesores, darle sus estatutos, hacerse cargo de donaciones, comprar terrenos, etc., y procurar que de vez en cuando su número se incremente con otras personas

que juzguen oportuno proponer.

Que los miembros de esta corporación consideren una satisfacción, y también en cierta medida un deber, visitar con frecuencia la Academia, alentar y tratar con los jóvenes y con sus profesores para, por todos los modos a su alcance, incrementar la utilidad y la reputación de este proyecto; que consideren a los alumnos en cierta medida como a sus propios hijos, tratándoles con afecto y familiaridad y cuando se porten bien y ultimen sus estudios disponiéndose a enfrentarse con la vida, les ayuden en lo que puedan con el mayor sentido de solidaridad a encontrar empleo y destino, sea en el comercio, la administración, el matrimonio o cualquier otra salida que les resulte ventajosa, prefiriéndoles a cualquiera otra persona en igualdad de méritos.

Y si hay personas que se aficionan de tal manera al cultivo de las flores, a plantar, injertar, polinizar y a otras tareas similares, que abandonan todos los restantes esparcimientos, ¿qué inconveniente puede existir que les impida aficionarse al cultivo de las jóvenes inteligencias?; en ese sentido nos habla Thompson cuando dice:

«Es una alegría ver florecer la humanidad cuando la razón aún niña se desarrolla y reclama una mano cuidadosa que le preste su ayuda.

¡Deliciosa tarea la de estimular a la tierna inteligencia!

Hacer que una idea en germen pueda brotar, y regar su mente con el agua de la enseñanza, es insuflar el espíritu vivificador, de suerte que el generoso afán prenda en el ardiente pecho.»

Que se le proporcione a la Academia una sede, si no es posible en la ciudad, a no mucha distancia de ella, en lugar prominente y seco, pero no lejano a un río, y que tenga un jardín, un huerto, un prado y un campo o dos donde poder recrearse,

Que se le dote a la institución de una biblioteca (si está en el campo, pues en la ciudad es suficiente contar con las que ésta disponga), dos mapas de todos los países, globos terráqueos, instrumentos matemáticos, de aparatos para experimentos físicos y mecánicos, láminas abundantes, locales, etc.

Que el rector sea persona de buena inteligencia y moralidad, diligente, paciente, con conocimiento de lenguas y ciencias, que escriba y hable con pulcritud la lengua inglesa, disponiendo de cuantos profesores auxiliares sean necesarios.

Que los alumnos internos hagan juntos sus comidas con sencillez, moderación y frugalidad.

Que para mantenerlos saludables y fortalecer sus cuerpos, se ejerciten con

frecuencia en correr, saltar, luchar, nadar, etc.

Que adquieran ropas que les distingan de otros jóvenes, si la academia está cerca de la ciudad o en ella, entre otras razones para que su comportamiento sea sobresaliente.

En lo que se refiere a sus estudios, sería muy conveniente que pudieran aprender cuanto sea útil, así como lo que resulte un adorno. Pero las artes de la inteligencia son abundantes y el tiempo breve; por eso, sería necesario enseñarles lo que sea más útil y lo que más complementa la personalidad, teniendo siempre presente las diversas profesiones que se proponen practicar.

Se tratará de que todos escriban con buena letra y rápidamente, pues esto les será útil a todos. Y también se les enseñará algo de dibujo, haciendo que copien láminas e instruyéndoles en el arte de la perspectiva.

También se les instruirá en aritmética, contabilidad y principios generales de geometría y astronomía.

La lengua inglesa podría enseñárseles con la gramática que utilizan ejemplarmente clásicos tales como Tillotson, Addison, Pope, Algernon Sidney, las cartas de Catón, etc. El estilo que habrá de cultivarse es el caracterizado por la claridad y concisión. Se enseñará a leer pronunciando con nitidez y entonación, no con monotonía, sin teatralidad, exageración o desaliño.

Para formarles el estilo se les hará escribir cartas entre sí, redactar resúmenes de sus lecturas y escribir las mismas ideas que lean, pero con su propio estilo; contar relatos sobre lo leído con su personal modo de expresión, todo lo cual supervisará y corregirá su profesor, razonándoles las correcciones, etc., y explicándoles el peso y la importancia de las palabras, etc.

Para educarles la pronunciación será conveniente que hagan ejercicios de declamación, que repitan discursos de otros, que los pronuncien ellos, etc. El profesor estará presente en los ensayos y les enseñará, aconsejará y corregirá respecto a la pronunciación, etc.

Igual que la historia forma parte habitual de sus lecturas, por ejemplo traducciones de historiadores griegos, romanos, junto con historias modernas de la Grecia y la Roma antiguas, los alumnos aprenderán con esas lecturas de una forma amena y placentera toda suerte de conocimientos. Así:

La geografía puede enseñarse mediante la lectura de mapas, localizando los alumnos los sitios donde tuvieron lugar los acontecimientos históricos capitales; límites, situación, extensión de los diversos países donde aquellos ocurrieron.

- La cronología puede impartirse con ayuda de Helvicus u otro escritor de

su estilo que les enseñe cuándo sucedieron esos hechos, qué reyes o príncipes había entonces, quiénes fueron los contemporáneos famosos y los estados descollantes de la época, etc., fijándoseles bien en la memoria las edades principales.

Como se mencionarán con frecuencia las costumbres de la antigüedad, religiosas o civiles, en las clases de historia, habrá motivo para explicarlas, cosa que podrá hacerse con ayuda de láminas que muestren medallas, bajorrelieves y monumentos antiguos.

Respecto a la moralidad, al tiempo que se comenten las causas del progreso o la decadencia de la riqueza, el poder y el carácter de los hombres mencionados en las clases de historia, se resaltarán las ventajas de la templanza, el orden, la frugalidad, la laboriosidad, la perseverancia y otras virtudes. En general, con la lectura de la mejor parte de la historia deberá inculcarse en los jóvenes la belleza y la utilidad de la virtud en todas sus acepciones del espíritu ciudadano, de la fortaleza, etc.

- La historia dará ocasión a admirar los maravillosos efectos de la oratoria como instrumento idóneo para dirigir, convencer y acaudillar grupos humanos, ejércitos, ciudades y naciones. Y cuando las inteligencias de los jóvenes se muevan a admiración por estos hechos, es el momento de enseñarles los rudimentos del arte de la oratoria, que ellos estudiarán con gusto y aplicación. Luego se les puede familiarizar con los mejores cánones de la oratoria de los antiguos, subrayándoles la belleza de la misma. La oratoria política moderna se aprenderá sobre todo a través de la pluma y la prensa, resaltando sus ventajas en relación con los tiempos pasados, ya que llega a más personas y tiene mayor permanencia, etc.

La historia también podrá brindar frecuentes ocasiones de mostrar la necesidad de una religión pública, señalándose sus ventajas para la comunidad y para el individuo; los perjuicios de la superstición, así como las excelencias de la religión cristiana en comparación con otras religiones antiguas o modernas.

Y también facilitará la historia el camino para extenderse en las ventajas de las constituciones y normas legales; cómo las personas y propiedades quedan protegidas al unirse los hombres en sociedad y formar gobiernos, su repercusión en el fomento de la industria, la aparición de las artes y la mejora de la calidad de la vida; las ventajas de la libertad, las desventajas del libertinaje, los beneficios derivados de las buenas leyes y de la función de la justicia, etc. De esta suerte se grabarán en las jóvenes inteligencias los principios fundamentales de la sana política.

En el estudio de la historia surgirán de modo natural temas de razón o sinrazón, justicia e injusticia, que servirán de pretexto para ejercitar sus

actividades polémicas, tanto verbales como escritas. Cuando deseen el triunfo dialéctico ardientemente por las alabanzas que pueda reportarles, se darán cuenta de la utilidad de la lógica o arte del razonamiento para descubrir la verdad o defenderla y convencer a sus adversarios. Y será entonces cuando llegará la ocasión de que se versen en los principios de tal ciencia. Grocio, Puffendorf y otros autores por el estilo podrían ser de utilidad en esa fase para dirimir sus debates. Los debates públicos estimulan la imaginación, animan a ser diligentes y fortalecen las dotes naturales de las personas.

Cuando los jóvenes aprendan la vida y acciones de los grandes héroes de la historia y sepan que hablaron dos de las lenguas mejores que han existido, de las más expresivas, ricas y hermosas; que los escritos de estilo más refinado, las composiciones más acabadas, las creaciones más perfectas del ingenio y la sabiduría humanas están en esas lenguas que han desafiado el paso del tiempo y permanecerán vigentes mientras dure la humanidad; que nunca las traducciones les brindarán el placer que proporcionan los originales; que esas lenguas contienen todas las ciencias; que una de ellas ha devenido idioma universal por ser el idioma de los hombres cultos de todos los países, de modo insensible llegarán a experimentar el deseo de aprenderlas, aplicando su ingenio a la consecución de tal objetivo. Todos los que deseen dedicarse al servicio de la Divinidad deberán aprender griego y latín. Los que piensen dedicarse a la física, el latín, el griego y el francés; a leyes, el latín y el francés; al comercio, el francés, el alemán y el español. Y aunque no debe obligarse a todos al aprendizaje del griego y del latín o de las lenguas extranjeras modernas, si alguno lo desea verdaderamente, deben dársele los medios para lograrlo. Su inglés, aritmética y otras asignaturas fundamentales, en todo caso, nunca deberán ser descuidadas.

Si se les enseña la moderna Historia Universal podrán enriquecer sus ideas sobre la marcha de la humanidad de modo ejemplar, singularmente de su Madre patria y luego de estas colonias, de su nacimiento, desarrollo, utilidad para la Gran Bretaña, los aspectos alentadores y desalentadores, medios que pueden contribuir a su progreso, a la defensa de sus libertades, etc.

Además de la historia de la humanidad, sus épocas y naciones, deberán elegirse momentos y días adecuados para leer las mejores historias de la naturaleza, que no sólo serían recreativas para los jóvenes e inspiradoras de cartas y otras composiciones suyas, sino que después les resultarán de utilidad cuando sean comerciantes, artesanos o religiosos. A primeros les posibilitarán comprender mejor las propiedades de muchos productos, drogas, etc. A los segundos, mejorar sus conocimientos profesionales, ya que tendrán noticia de nuevas materias primas, nuevas mezclas, etc. A los últimos, adornar discursos y sermones con hermosas metáforas y hacerlos más sólidos, añadiéndoles nuevas pruebas de la existencia la bondad de la divina Providencia. Además,

el tono de sus conversaciones se enriquecerá con esas observaciones de temas naturales siempre tan aleccionadores, amenos y sugestivos en cualquier ocasión. La historia natural, además, brindará a los profesores no pocas oportunidades de aludir con tino a la prevención de enfermedades, con las consiguientes ventajas prácticas. Se podrán leer autores como Arbuthnot, para estudiar el aire y la alimentación; Lemery, sobre alimentación; Sanctorius, acerca del sudor, y una breve explicación servirá para hacer comprensibles éstas y otras materias a los jóvenes.

Mientras se entreguen al estudio de la historia natural, pueden también iniciarse en el conocimiento práctico de la horticultura, simientes, injertos, abonos, etc., con excursiones a los cultivos de las granjas cercanas, cuyos métodos de trabajo puedan luego comentarse con los alumnos, ya que la agricultura favorece a todos y su mejor conocimiento no perjudica a nadie.

Finalmente, la historia del comercio, de los inventos, del nacimiento de las manufacturas, los avances del tráfico mercantil, los cambios en sus sedes, sus causas, etc., servirán de materia de curiosidad y aprendizaje a los jóvenes, y junto con los relatos prodigiosos de los poderosos efectos de las máquinas de guerra, harán surgir en los alumnos el deseo de conocer la mecánica y las técnicas por las cuales el débil hombre puede obrar prodigios, ahorrarse esfuerzos y hacer más fácil la producción de las cosas que necesita. Entonces procederá enseñarles láminas de máquinas antiguas y actuales, explicándoselas y haciendo que las copien, completando esa enseñanza con conferencias sobre las ciencias experimentales.

Todo ese conjunto de disciplinas irá acompañado de la preocupación constante por inculcar en los alumnos el deseo de aprovechar todas las oportunidades y hacerse útiles y beneficiosos a los demás, que es la base de lo que, en términos generales, se llama buena educación, que tanto beneficia al que la posee y que tan agradable es para todos.

La idea de lo verdaderamente meritorio es también algo sobre lo que la juventud ha de ser debidamente orientada, y que consiste en la inclinación a servir con eficacia al país, a los amigos y a la familia. Esa eficacia (con la ayuda de Dios) se adquirirá y perfeccionará con el estudio, ya que debe ser el principio orientador de todo sistema de enseñanza.

B. ESCRITOS ECONÓMICOS

PLAN PARA LA CONDUCTA FUTURA (1726)

Los que escriben sobre arte poético nos enseñan que para componer algo que merezca ser leído, antes de nada tenemos que trazamos un plan armónico para ensamblar cada pieza de nuestra obra. De no hacerlo, corremos el peligro de resultar incongruentes. Me atrevo a asegurar que con la vida ocurre otro tanto. Yo nunca he trazado un esquema sistemático para mi vida y personalmente opino que ésa ha sido la causa de que haya resultado una sucesión inconexa de escenas, y ahora me propongo hacerlo mejor, trazándome un esquema de conducta de ahora en adelante, de suerte que la viva siempre como criatura racional que soy.

1. Es preciso que sea extremadamente frugal durante algún tiempo hasta que acabe de pagar mis deudas.

2. Esforzarme por decir siempre la verdad; no dar a nadie falsas esperanzas; ser sincero, en suma, en palabras y acciones, es el principal mérito de todo ser racional.

3. Emplearme con laboriosidad en cualquiera que sea el trabajo que me proponga, sin distraer mi mente en proyectos vanos de hacerme rico de repente, ya que son la laboriosidad y la constancia los medios más seguros para alcanzar la abundancia.

4. Resuelvo no hablar mal de nadie nunca, siquiera diciendo la verdad; más bien buscaré excusar las faltas que oiga se achacan a alguien, y en cuanto haya ocasión contaré lo bueno que sepa de quien quiera que sea.

A JANE FRANKLIN

6 de enero de 1727

Querida hermana:

Me complace altamente lo que el capitán Freeman me ha contado de ti. Por tu proceder cuando eras una niña siempre he creído que serías una mujer afable y buena, y sabes que siempre fuiste mi preferida. He estado pensando en cuál sería el mejor regalo que yo podría hacerte ahora que, según me cuentan, eres una belleza hecha y derecha que todos celebran. Casi me había decidido por una mesita de té, pero pensando que el papel de ama de casa es mucho más importante que el de mujer sociable, me inclino a una rueca, que espero sabrás aceptar como prenda de mi sincero afecto y amor.

Adiós, hermana. Recuerda que así como la modestia es la virtud que hace a la más corriente doncella agradable y encantadora, la falta de ella convierte a la más perfecta belleza en desagradable y odiosa. Así, cuando la más

refulgente de las virtudes femeninas brilla entre otras perfecciones corporales o intelectuales en una misma persona, hace a la mujer mas adorable que un ángel. Dispensa esta libertad con que te escribo y utilízala tú también conmigo. Queda de ti, tu amante hermano,

B. Franklin.

CONSEJOS A UN JOVEN COMERCIANTE

21 de julio de 1748

A MI AMIGO A. B.

Tal como deseabas, te escribo dándote algunas sugerencias que a mí me han sido útiles, por lo que creo que puedan serlo también para ti.

Recuerda que el tiempo es oro. Quien gana diez chelines al día con su trabajo y sale de casa o se sienta sin hacer nada la mitad del día aunque no gaste más que seis peniques en su diversión o en su ocio, no debe creer que ése es su único gasto, porque además ha malgastado cinco chelines.

Recuerda que el crédito es dinero. Si un hombre deja en mis manos un dinero después de pasar el plazo en que yo debía devolverlo, me da el interés, es decir, lo que ese dinero produzca durante el tiempo que tarde en pagarlo. Y ese importe se eleva a una considerable suma cuando alguien tiene amplio crédito y sabe hacer uso de ese crédito.

Recuerda que está en la misma naturaleza del dinero ser prolífico. El dinero produce dinero y ese dinero producido produce más dinero y así sucesivamente. Así, cinco chelines se convierten en seis; y los seis en siete, y así sucesivamente hasta que lleguen a ser cien libras. Y cuanto más haya, más producirá cada inversión y cada vez más deprisa. Y de la misma forma que el que mata a una cerda mata a sus posibles crías hasta la milésima generación, así quien mata una corona destruye todo lo que esa corona podría haber producido hasta sumar cientos de libras.

Recuerda que seis libras al año no son más que un plato de gachas al día. Y que por esa pequeña suma (que puede derrocharse a diario o en gastos innecesarios o en tiempo perdido) un hombre con crédito es capaz con sus propios medios de asegurarse la posesión y el disfrute de cien libras. Tal cantidad en manos de una persona industriosa se convierte en una abundante fuente de beneficios.

Recuerda el dicho de que el buen pagador es dueño y señor del bolsillo de los demás. Aquel que muestra que paga puntualmente lo que promete puede

en cualquier momento u ocasión conseguir todo el dinero que sus amigos puedan prestar. Esto resulta a veces muy importante; por consiguiente, no guardes el dinero que te hayan prestado ni una hora más del plazo prometido, porque, de otro modo, el incumplimiento se encargará de cerrar para siempre las bolsas de tus amigos.

Las cosas aparentemente más triviales pueden afectar al crédito del hombre y por eso hay que cuidarlas. El que el ruido de tu martillo suene a las cinco de la mañana o a las nueve de la noche en los oídos de un acreedor pueden representarte seis meses más de crédito. Pero si te ve en una mesa de billar o escucha tu voz en la taberna cuando debieras estar trabajando, te pedirá que le devuelvas su dinero al día siguiente. El que lleves trajes más lujosos que tu acreedor o su esposa o incurras en gastos mayores de los que él pueda permitirse, hiere su orgullo, y tu acreedor te apremiará para que le pagues con el fin de humillarte. Los acreedores constituyen una especie dotada de vista más aguda, oído más fino y memoria más lúcida que nadie en el mundo.

Los acreedores de buena naturaleza (aquellos con los que uno debe entenderse si los encuentra), se sienten molestos cuando se ven obligados a pedir que se les devuelva el dinero. Ahórrales esa molestia y te querrán doblemente. Al recibir una cantidad de dinero, divídela proporcionalmente a tus deudas entre los diversos acreedores y no te avergüences de pagarles una pequeña suma aunque la que les debas sea mayor, porque el dinero, poco o mucho, es siempre bien recibido. Tu acreedor preferirá sufrir la molestia de recibir diez libras que le lleves voluntariamente aunque sea en diez veces, una libra cada vez, a tener que visitarte diez veces hasta lograr que le pagues la deuda total. Además con esos pagos pequeños demostrarás tu buena disposición a devolver el dinero que te han prestado y quedarás como una persona honrada y ordenada, lo que, a su vez, incrementará tu crédito.

No pienses que todo lo que posees es tuyo y puedes vivir en consonancia con ello. Es éste un error en el que cae mucha gente que vive del crédito de los demás. Para evitarlo, lleva cuenta exacta durante algún tiempo de tus gastos e ingresos, y si te tomas el trabajo al principio de reseñar las diversas partidas de esa cuenta, tanto mejor, pues te percatarás de cómo gastos insignificantes pueden llegar a formar grandes sumas, y te darás cuenta de lo que podrías haber ahorrado, y de lo que puedes ahorrar en el futuro, sin grandes inconvenientes.

En suma: el camino de la fortuna, si deseas alcanzarla, es tan liso como el camino al mercado. Solamente depende de dos palabras, laboriosidad y sobriedad. No malgastes, pues, ni tu dinero ni tu tiempo; gástalos con sentido, pues aquel que gana lo que puede honradamente y ahorra cuanto gana (salvados los gastos necesarios), ciertamente llegará a ser rico, sí el Ser supremo que gobierna al mundo, a quien todos debemos elevar nuestra mirada

y pedirle sus bendiciones para nuestros negocios honrados, no usa de su providencia para decidir en otro sentido.

EL CAMINO HACIA LA RIQUEZA

7 de julio de 1757

Distinguido lector:

Tengo entendido que no hay nada que agrade más a un autor que ver citadas sus obras con respeto por otros autores cultos. Tal placer rara vez lo he experimentado yo, pues aunque haya sido dicho sea sin vanidad un eminente autor de almanaques cada año y por espacio de un cuarto de siglo, mis hermanos de pluma, por razones que desconozco, me han escatimado su aplauso y ningún autor se ha preocupado lo más mínimo de mí, de suerte que si mis escritos no me hubieran producido mis buenas ganancias, esa ausencia de alabanzas podría haberme llevado al desánimo.

Andando el tiempo llegué a la conclusión, sin embargo, de que es el pueblo el mejor juez de mis méritos, pues es el público el que me compra, y además en mis paseos y correrías por acá y por allá, en sitios donde nadie me conocía personalmente, he tenido muchas ocasiones de oír citar algunos de mis adagios con el añadido de: «como dice el pobre Richard». No dejé de satisfacerme esta observación por revelarme no sólo que mis consejos se tomaban en consideración, sino por permitirme descubrir un cierto grado de respeto por mi autoridad, y confieso que, para impulsar yo la práctica, recuerdo y repetición de esas máximas prudentes, a veces me he felicitado a mí mismo con gran seriedad.

Juzguen entonces lo que me habrá agradado la anécdota que les voy a relatar. Detuve mi caballo no hace mucho al ver un grupo de personas junto a un lugar en el que se realizaba una subasta de esos artículos que venden los mercaderes. No había llegado la hora de comenzar la venta y la gente conversaba acerca de lo mal que andaban los tiempos, cuando uno del grupo llamó a un viejo pulcro y sencillo que andaba por allí con sus cabellos blancos y le dijo: «Por favor, hermano Abraham, ¿qué piensas tú de estos tiempos? ¿No crees que con tanto impuesto van a arruinar al país?, ¿qué vamos a hacer para pagarlos? A ver, ¿qué nos aconsejarías tú?» El «hermano» Abraham contestó: «Si queréis saber mi consejo os lo voy a dar muy simplemente, porque para los prudentes con pocas palabras basta, y muchas palabras no van a llenarnos la andorga, según dice el pobre Richard.» El auditorio le insistió para que siguiera hablando y se agrupó en derredor mientras el viejo continuó

su prédica así:

«Amigos y vecinos míos. Los impuestos desde luego son muy duros, y si los que ha creado el gobierno fueran los únicos que tuviéramos que pagar, aún podíamos defendernos; pero es que hay muchos otros y más gravosos para algunos de nosotros. Dos veces más que por los impuestos hemos de pagar por nuestro ocio; tres veces más por nuestro orgullo y cuatro veces más por nuestra estupidez, y en estos últimos impuestos los tasadores fiscales no pueden hacernos reducciones. Así que oigamos buenos consejos y alguna solución encontraremos, porque Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos, como dice el pobre Richard en su almanaque de 1733.

Podría llamarse riguroso a un gobierno que impusiera a todos sus súbditos como impuesto la obligación de trabajar para ese gobierno una décima parte de su tiempo. Y, sin embargo, el ocio nos agrava mucho más a muchos de nosotros, si tomamos en consideración todo el tiempo que pasamos entregados a la pereza sin hacer nada de provecho y lo sumamos al que dedicamos a quehaceres vanos o diversiones. Vagancia y desidia que no traen más que enfermedades que nos acortan la vida. La pereza es como la herrumbre que desgasta más que el trabajo, pues mientras la llave se usa está siempre lustrosa, como dice el pobre Richard. Y además, ¿no pasamos durmiendo muchas más horas de las necesarias, olvidando que zorro que duerme no caza y que ya dormiremos bastante en la tumba?, como dice el pobre Richard. Si el tiempo es el máspreciado de los bienes, malgastarlo sería la mayor prodigalidad, porque, como dice el pobre Richard en otro lugar, el tiempo que se pierde ya no se puede recuperar; y lo que creemos tiempo suficiente casi siempre resulta escaso. Por eso hemos de aplicarnos a aprovecharlo en algo con sentido. Con diligencia haremos más, con menos perplejidad. La indolencia hace todo más difícil, mientras que la diligencia lo facilita, como dice el pobre Richard, y quien se levanta tarde anda con prisas todo el día y al llegar la noche no habrá alcanzado a todas sus obligaciones. La pereza camina tan despacio que pronto la pobreza le da alcance, dice el pobre Richard, y añade: Lleva asuntos, no dejes que ellos te lleven a ti; y levantarse pronto y acostarse pronto hacen al hombre sano, rico y sabio.

¿Qué significa desear y esperar mejores tiempos? Nosotros podemos hacer los tiempos mejores con nuestra diligencia. La laboriosidad no necesita deseos, dice el pobre Richard, y aquel que vive sólo de la esperanza morirá en ayunas. No hay ganancia sin trabajos, luego obtén con tus manos la riqueza que no te puedan dar las tierras que no tienes, y si las tienes, te las gravan bien los impuestos. O, como muy acertadamente observa el pobre Richard, el que tiene un oficio es como si tuviera una finca, y quien tiene una vocación dispone de una fuente de ingresos y honra, pero el oficio hay que trabajarlo, y la profesión hay que cumplir con ella, porque si no ni el uno ni la otra nos

darán ni para pagar nuestros impuestos. Si somos industriosos nunca nos moriremos de hambre, pues, como dice el pobre Richard, el hambre mira a la casa del hombre que trabaja, pero no osa entrar en ella. Ni tampoco osará entrar el alguacil o el agente de la autoridad, ya que la laboriosidad es buena pagadora de las deudas, mientras que la desesperanza las incrementa, dice el pobre Richard. Aunque no hayáis descubierto ningún tesoro, ni ningún pariente os haya dejado herencia, la diligencia es la madre de la buena suerte, como dice el pobre Richard, y Dios le da sus dones al diligente. Por eso hunde el arado profundamente mientras duermen los haraganes y tendrás grano para vender y para guardar, dice el pobre Dick. Haz todo lo que puedas, pues no sabes lo que el mañana te traerá, duda que hace decir al pobre Richard, un hoy vale por dos mañanas y, más adelante, no dejéis para mañana lo que podáis hacer hoy. Si fueseis esclavos, ¿no os avergonzaríais de que el buen amo os sorprendiera holgazaneando? Pues siendo como sois vuestros propios amos, avergonzaos de sorprenderos a vosotros mismos ociosos, que dice el pobre Dick. Cuando hay tanto que hacer por vosotros mismos, por vuestras familias, por vuestro país y por su Graciosa Majestad el Rey, estad en pie al salir el sol, no sea que este astro os vaya a mirar y os diga: ¡ahí está ese perezoso todavía en la cama! No manejéis vuestras herramientas de trabajo como con guantes, pues según dice el pobre Richard, gato con guantes no caza. Es cierto que el trabajo es mucho y tal vez os sintáis sin ánimos, pero no desmayéis y pronto advertiréis los resultados de vuestro esfuerzo, pues poco a poco la lluvia horada las piedras, y con diligencia y paciencia el ratón termina por partir en dos la cuerda, y pequeños hachazos acaban por hacer caer al fornido roble, según dice el pobre Richard en su almanaque de un año que ahora no recuerdo.

Se me antoja que alguno de vosotros puede decir: pero ¿es que no puede uno permitirse un poco de asueto? Y a ése yo le contestaría: querido amigo mío, escucha lo que dice el pobre Richard de que empleéis el tiempo bien si queréis ganáros el descanso, y puesto que no estáis seguros de que podréis disponer de un minuto, no desperdiciéis toda una hora. El ocio es tiempo que debe utilizarse en algo útil. Este se lo ganará el hombre diligente, no el vago. Por eso, como dice el pobre Richard, una vida de ocio y otra de pereza no son lo mismo. ¿Es que por ventura pensáis que la pereza os va a proporcionar más placer que el trabajo? Pues no, porque, como dice el pobre Richard, de la pereza nacen las perturbaciones y el descanso inmerecido se cobra su tributo. Muchos que no trabajan vivirán del cuento, pero el cuento se acaba cuando se acaba el condumio. Puesto que la laboriosidad es la que nos aporta comodidad, abundancia y respeto, aléjate de los placeres porque éstos se te darán por añadidura. La hilandera diligente tiene mucha parroquia, y cuando tienes una oveja y una vaca todos te saludan, todo lo cual también lo dice el pobre Richard.

Pero en nuestro trabajo debemos ser también constantes, asentados y cuidadosos. Debemos vigilar nuestros negocios con nuestros propios ojos sin confiar demasiado en que otros lo hagan por nosotros. Como dice el pobre Richard:

Nunca vi un árbol transplantado a menudo ni una familia que ande de acá para allá, que progresen tanto como los que están asentados.

Y también que tres mudanzas son peor que un fuego; y cuida de tu tienda que ella cuidará de ti; y si quieres que el trabajo se haga ve tú, si no, manda a alguien.

Quien del arado dependa,
de él se cuidará o de nada le servirá.

Es igual que aquello del ojo del amo engorda el caballo, o que la falta de cuidado causa más daño que la ignorancia. O lo de no vigilar nuestros operarios es como dejarles nuestra bolsa abierta. Confiar en exceso en los demás es la ruina de muchos, pues tal como dice el Almanaque, en los asuntos de este mundo los hombres se salvan no por la fe, sino por la falta de ella. Buen resultado da el que nos cuidemos de lo nuestro, pues el mencionado Richard dice que el aprender es para el que estudia y la riqueza para el cuidadoso, del mismo modo que el poder es para el osado y el cielo para el santo. Y luego dice: si quieres tener un criado fiel y que te agrade, sé tú el criado de ti mismo. Circunspección y cuidado habéis de tener, dice Richard, incluso en los más insignificantes asuntos, pues con frecuencia ocurre que una pequeña negligencia lleva a una grave contrariedad. Y aún añadiría que por falta de un clavo se perdió la herradura, y por perderse la herradura se perdió el caballo, y por perderse el caballo se perdió el jinete, que fue alcanzado y muerto por sus enemigos. Nada más que por no haber tenido cuidado del clavo de la herradura.

Y baste esto, queridos amigos, en lo que se refiere a la diligencia y el cuidado de los propios negocios. Pero es preciso añadir a todo esto la frugalidad si es que queremos que nuestra laboriosidad sea fructífera de verdad. Un hombre, si no sabe ahorrar de lo que gana, puede pasarse la vida junto a la rueda del molino y morir sin harina, porque una succulenta comida hace muy débil la voluntad, como bien dice el pobre Richard:

Muchas haciendas se dilapidan por falta de ahorro, porque las mujeres por el té, ni tejen ni hilan, y los hombres por la bebida ni labran ni forjan.

Si queréis ser ricos, se dice en otro Almanaque, pensad en el ahorro y no sólo en ganar. Las Indias no han hecho rica a España, porque los gastos han sobrepasado a los ingresos. Fuera de vosotros, pues, los caprichos costosos y no tendréis motivos para quejaros de los malos tiempos o las pesadas cargas

fiscales o las familias costosas, pues, tal como el pobre Richard dice:

Las mujeres y el vino, las diversiones y el engaño hacen menguar las fortunas y aumentar las necesidades.

Y en otro lugar se apunta que con lo que cuesta un vicio podrían criarse dos hijos. Quizá podáis pensar que un poco de té o una copa de vez en cuando no hace daño a nadie, que una alimentación un poco más cara, trajes un poco más lujosos o algo de diversión de vez en cuando tampoco tienen tanta importancia. Pero no olvidéis lo que dice el pobre Richard de que muchos pocos hacen un mucho y que tengamos cuidado con los gastos pequeños, porque una pequeña vía de agua acaba por hundir un barco grande. Los que adoran los lujos acabarán mendigando, y aún más: que los tontos dan las fiestas y los prudentes comen en ellas.

En esta ocasión estáis todos reunidos en esta subasta de chucherías y objetos curiosos y ostentosos que llamáis "bienes". Pero si no os andáis con cuidado se pueden tornar en "males" para algunos de vosotros. Esperáis que os los vendan baratos, quizá por debajo de su costo, pero si no los necesitáis, a pesar de su bajo precio serán caros para vosotros. Recordar lo que decía el pobre Richard: Comprad lo que no necesitéis y terminaréis vendiendo lo que os sea necesario; o ante lo que valga un penique, paraos antes a pensar. Con todo lo cual se quiere decir que la baratura puede ser sólo aparente, no verdadera, y que las gangas por distraer dinero de tus negocios pueden causarte más mal que bien.

En otra ocasión, en efecto, también nos dirá: Hay muchos que se han arruinado por comprar cosas que parecían baratas, y que es estúpido gastar dinero en compras de las que luego se arrepiente uno. Lo que no quita para que esta estupidez la practiquemos todos los días en que hay subastas por no seguir los consejos del Almanaque. Los prudentes, como dice el pobre Richard, aprenden con los errores de los demás, y los tontos no son capaces de hacerlo con los propios. Pero "Félix quem faciunt aliena Pericula cautum". Más de uno por comprarse un abalorio con que presumir va con la tripa vacía y tiene a su familia medio muerta de hambre. Las sedas y los rasos, los terciopelos y los brocados, como dice el pobre Richard, apagan la lumbre de las cocinas. Son cosas innecesarias para la vida y difícilmente se podrían considerar de utilidad, y sin embargo, sólo porque son bonitas, muchos las desean. Las necesidades artificiales de la humanidad llegan a ser de este modo más numerosas que las naturales. Y como dice el pobre Richard, por cada persona pobre hay cien indigentes. Con éstos y otros despilfarros por el estilo los nobles se empobrecen y se ven obligados a tomar préstamos de aquellos a los que antes despreciaban, pero que con laboriosidad y frugalidad han sabido mantener su posición económica. Por lo que parece claro que un labrador de pie es más alto que un caballero arrodillado, en frase del Pobre Richard. Quizá

tengan un pequeño predio del que van viviendo al día pensando que nunca se hará de noche y que por ir gastando poco a poco nunca se les acabará (el niño y el tonto, dice Richard, imaginan que veinte chelines y veinte años no se acaban nunca), y a fuerza de sacar y no meter pronto tocan fondo, y cuando eso ocurre comprenden lo de que cuando el pozo está seco se sabe lo que vale el agua. Pero lo hubieran sabido antes de haber seguido este consejo: si queréis saber el valor del dinero, id y pedidlo prestado, pues el que consigue un préstamo consigue una preocupación. Y no sólo él, sino también el que presta a esa gente se llena de preocupación cuando tiene que cobrar su dinero, pues tal como nos aconseja el pobre Dick:

La vanagloria del vestir con lujo es una maldición.

No dejes de consultar tu bolsa antes que a tu fantasía.

Y más adelante, cuando dice que la vanagloria es un mendigo tan chillón como la necesidad, y bastante más descarado. El que compre un lujoso objeto comprará diez más para mantener el tono. A esto dice el pobre Richard: Es más fácil eliminar el primer deseo que satisfacer todos los que vendrán después. Y es tan insensato que los pobres imiten a los ricos, como que la rana se hinchara para intentar parecerse al buey.

Las grandes propiedades pueden arriesgarse más, pero los barcos pequeños más vale que estén cerca de la costa.

Este tipo de vanaglorias, sin embargo, pronto encuentran su castigo, pues el orgullo que almuerza con la vanidad termina cenando con el desprecio, como dice el pobre Richard, o lo que es lo mismo, el orgullo desayunó con la abundancia, comió con la pobreza y cenó con la infamia. Porque al fin y a la postre, ¿de qué vale esta vanagloria por aparentar cuando tanto se arriesga y tanto se sufre por ella? No nos hace más sanos ni nos quita el dolor; no incrementa nuestros merecimientos personales; suscita la envidia y azuza a la desgracia.

¿Qué es una mariposa? A lo sumo

no es sino una oruga ataviada de gala.

Nada más que un petimetre llamativo.

Según dice el pobre Richard.

Sin embargo, ¡qué gran locura es entramparse por semejantes cosas superfluas! En esta subasta nos ofrecen seis meses de plazo para pagar. Ello habrá, sin duda, inducido a comprar a alguno que no podía desprenderse en el acto del dinero pero que ahora, pagando a plazos, cree que sí. ¿Por qué no pensamos antes en lo que nos ocurrirá si nos entrampamos? Cuando nos endeudamos damos a otro la llave de nuestra libertad. Si no puedes pagar a

tiempo, cuando veas a tu acreedor te sentirás avergonzado; y si le hablas sentirás temor, teniendo que darle excusas vergonzantes hasta que pierdas la veracidad y te degrades mintiendo. Como dice el pobre Richard, mentir será vuestra segunda falta; la primera habrá sido contraer deudas, y señala a este mismo propósito: la mentira cabalga a lomos de las deudas. Un inglés libre por su cuna no tendría jamás necesidad de avergonzarse ni atemorizarse de hablar con persona humana alguna, pero la pobreza con frecuencia priva al hombre de la virtud y del valor y es difícil que una bolsa vacía se mantenga en pie, como dice el pobre Richard con toda verdad. ¿Qué pensaríais de un príncipe o de un gobierno que dictara un edicto prohibiendo a los súbitos vestirse como caballeros o señoras bajo pena de cárcel o de esclavitud? ¿No responderíais diciendo que sois libres de vestirlos como os plazca y que tal edicto era un atentado contra vuestros derechos y por ello el tal gobierno sería tiránico? Pues eso es justamente lo que estáis a punto de hacer cuando contraéis deudas por comprar esos trajes ostentosos. Vuestro acreedor tiene atribuciones para, si así le place, privaros de vuestra libertad metiéndoos en prisión perpetua o venderos como siervos en caso de que no podáis pagarle. Y cuando hayáis cerrado el trato quizás penséis poco en que tendréis que pagar, pero los acreedores, como dice el pobre Richard, tienen mejor memoria que los deudores. Los acreedores, dice en otro lugar, forman una secta supersticiosa y son excelentes observadores del calendario. El día de pagar llega antes de que os lo penséis y el dinero se os pedirá antes de que estéis en disposición de pagarlo. O, si es que os acordáis de vuestra deuda, el día de pago, que primeramente os parecerá tan lejano, cada vez se os antojará más próximo. Os parecerá que el tiempo se ha puesto alas en los talones y en los hombros. Corta es la cuaresma de los que tienen que pagar deudas en Pascua de Resurrección, según Richard, pues el deudor es esclavo del prestamista y del acreedor. Es mejor execrar las cadenas y saber amar nuestra libertad e independencia. Sed laboriosos y libres; sed frugales y libres. Ahora quizás os veáis en días prósperos y penséis que podéis permitir os algún pequeño despilfarro sin quebranto, pero:

Para la vejez y la necesidad, ahorrad mientras podáis. No hay sol mañanero que dure todo el día.

Como dice el pobre Richard. La ganancia puede ser pasajera e incierta, pero mientras viváis el gasto será constante y cierto, y resulta más fácil construir dos chimeneas que mantener una encendida, como dice el pobre Richard. Por eso más vale que os acostéis sin cenar que levantaros con deudas.

Tomad todo lo que podáis y lo que podáis sostener, ésta es la piedra que tornará en oro todo vuestro plomo.

Como dice el pobre Richard. Y cuando hayáis encontrado vuestra piedra filosofal, seguro que no os quejaréis de lo malos que están los tiempos o de lo

altos que son los impuestos.

Tal doctrina, amigos míos, es la de la razón y la prudencia. A pesar de ello, no creáis que al final todo depende sólo de vuestra diligencia, de vuestra frugalidad y prudencia, que, aunque cosas excelentes en sí, no valen nada sin la bendición del cielo. Pedid con humildad esa bendición y no desdeñéis hacer caridad con aquellos que no disfrutaban de ella; por el contrario, consoladlos y ayudadlos. Recordad que Job sufrió y luego gozó de prosperidad.

Y para concluir, os diré que la experiencia es una cara escuela, pero que no existe otra donde puedan aprender los tontos y aprenderán poco en ella. Es bien cierto que podemos dar consejos pero no conductas. Y, como diría el pobre Richard, recordad sin embargo que aquellos que no desean ser aconsejados no pueden ser ayudados. Y que si nos negamos a escuchar a la razón, tengamos por seguro que acabará ésta por dejar oír su voz airada.»

Así concluyó su discurso el viejo. La gente escuchó, aceptó sus enseñanzas e inmediatamente hizo todo lo contrario de lo predicado, como si se hubiera tratado de un sermón rutinario. Se abrió la subasta y, contra todas las advertencias del viejo, la gente se dedicó a comprar de la manera más dispendiosa, a pesar de lo que se quejaban de los impuestos. Pude enterarme de que el anciano caballero de la plática había estudiado concienzudamente mis almanaques, asimilando todas las enseñanzas que yo había incluido en ellos respecto a los temas mencionados por espacio de veinticinco años. Las incesantes citas que de mí hizo en su arenga cansaron probablemente a todos excepto a mi vanidad, que disfrutó lo indecible con ellas, aunque yo era consciente de que ni siquiera una décima parte de la sabiduría que rezumaba de ellas me pertenecía y que en su mayoría yo no había hecho otra cosa que espigar lo que en todo tiempo y lugar se había cosechado. En todo caso, resolví yo ser el primero en sacar punto de la prédica, y aunque llevaba la idea de comprarme tela para un nuevo gabán, opté por seguir usando el viejo por algún tiempo. Lector, si tú haces lo mismo, seguro que sacarás tanto beneficio como el que yo saqué.

Quedo tuyo, siempre a tu servicio,

RICHARD SAUNDERS

C. ESCRITOS POLÍTICOS

ORDEN DEL DÍA DEL «JUNTO» (1727)

Las preguntas previas a cada sesión son:

1. ¿Ha leído usted el orden del día esta mañana para ver qué puede ofrecerle al «Junto» en relación con los puntos que contiene?, por ejemplo:

2. ¿Ha leído usted algo recientemente que le parezca digno de mención en el «Junto»?; sobre todo en temas de historia, moral, poesía, física, viajes, artes mecánicas u otros campos del saber.

3. ¿Conoce a algún ciudadano que haya fracasado en sus negocios últimamente? ¿Sabe usted la causa?

4. ¿Sabe de alguno que esté prosperando? ¿Por qué medios?

5. ¿Se ha enterado últimamente de cómo alguna persona adinerada de aquí o de fuera adquirió su hacienda?

6. ¿Conoce a algún conciudadano nuestro que últimamente haya hecho algo meritorio y merecedor de alabanza y emulación? ¿Conoce, por el contrario, a alguien que haya cometido algún error del que debemos prevenirnos?

7. ¿Ha observado o conocido usted últimamente algún hecho desgraciado debido a falta de templanza, a imprudencia, a pasiones sexuales, a alguna otra flaqueza o vicios? ¿Cuáles?

8. ¿Qué efectos beneficiosos, por el contrario, ha visto u oído que sean fruto de la templanza, de la prudencia, de la moderación o alguna otra virtud?

9. ¿Usted o alguna persona conocida suya ha estado últimamente enferma o herida? Caso afirmativo, ¿qué remedios ha empleado y con qué efectos?

10. ¿De quién sabe usted que salga pronto de viaje por mar o por tierra y que pudiera recibir un encargo?

11. ¿Se le ocurre algo ahora en lo que los «Junto» pudieran resultar útiles a la humanidad, al país, a sus amigos o a ellos mismos?

12. Desde la última reunión, ¿sabe si ha llegado algún forastero valioso a la ciudad? ¿Qué ha oído usted de su personalidad y merecimientos? ¿Cree usted que los «Junto» podrían ayudarle o estimularle como merece?

13. ¿Sabe de algún joven que esté empezando y al que crea digno de que el «Junto» le preste su apoyo?

14. ¿Ha observado recientemente algún defecto en la legislación del país que exigiese algún tipo de reforma o enmienda? ¿Se le ocurre alguna nueva ley que resulte necesaria?

15. ¿Ha observado usted últimamente alguna falta contra las legítimas

libertades del pueblo?

16. ¿Ha recibido ataques a su reputación últimamente? ¿Qué puede hacer el «Junto» a ese respecto?

17. ¿Tiene usted interés en entablar amistad con alguien al que «Junto» pueda presentarle?

18. ¿Sabe últimamente si se ha atacado a alguno de nuestros socios? ¿Cómo lo ha defendido usted?

19. ¿Le ha perjudicado alguien? ¿Está en manos del «Junto» intentar reparar el daño?

20. ¿De qué forma puede el «Junto» o alguno de sus miembros ayudarle en cualesquiera proyectos dignos se proponga realizar?

21. ¿Tiene usted entre manos algún negocio de importancia en el que, a su juicio, el consejo o ayuda del «Junto» pueda ser de utilidad?

22. ¿Qué beneficios ha recibido usted últimamente de cualquier persona no presente aquí?

23. ¿Existe alguna cuestión de opinión, justicia o injusticia que le gustaría que se discutiese?

24. ¿Ve usted algo que no esté bien en los procedimientos y usos actuales del «Junto» que pueda corregirse?

Cualquier persona que desee cumplir los requisitos establecidos al respecto ha de ponerse de pie y, con la mano en el corazón, contestar a estas preguntas:

1. ¿Siente usted alguna clase de animadversión hacia cualquiera de los miembros actuales del «Junto»?

Contestación: No.

2. ¿Declara usted sinceramente su amor por la humanidad en general, de cualquier profesión o religión que sean las personas?

Contestación: Sí.

3. ¿Opina usted que las personas deben ser perjudicadas en su cuerpo, nombre o propiedades, sólo por sus opiniones o por la práctica externa de algún culto?

Contestación: No.

4. ¿Ama usted la verdad por sí misma y tratará con toda imparcialidad de decirla y de obtenerla, así como de comunicársela a los demás?

Contestación: Sí.

BREVE EXPOSICIÓN SOBRE LA BIBLIOTECA (1741)

La Sociedad de la Biblioteca se formó en el año 1731, con unos estatutos que aceptaron 50 personas, cada una de las cuales se comprometió a pagar cuarenta chelines para comprar el primer lote de libros y diez chelines de suscripción anual para hacer frente a los gastos de ampliación del fondo y mantenimiento de la biblioteca.

Los cargos directivos, consistentes en diez administradores o gerentes y un tesorero, se eligen por votación anualmente, reuniéndose para ello cada año la junta general de la sociedad.

El número de miembros se ha ampliado hasta más de setenta. Para ser admitidos han de solicitarlo a uno de los gerentes, que eleva la propuesta de admisión a la próxima junta mensual. Si son admitidos, pagan al tesorero el importe de una acción y, tras firmar su aceptación de los estatutos, pasan a ser miembros.

Cualquier socio puede tener prestado un libro y retenerlo de dos a cuatro semanas contra recibo y pagando una pequeña multa, caso de no devolverlo en el plazo previsto. El importe de estas multas se dedica a sufragar los gastos de la biblioteca y a la compra de nuevos volúmenes.

Los miembros pueden disponer como quieran de su acción, legarla en su testamento o transmitirla de modo legal a cualquier persona, previa aprobación de los gerentes. Las acciones que se fueron vendiendo han producido siempre hasta ahora ganancias iguales a su precio inicial. Pero como el incremento del valor de las acciones es de diez chelines al año, pues ésta es la cantidad que cada suscriptor aporta anualmente para aumentar el fondo bibliográfico; una acción que inicialmente costaba sólo cuarenta chelines, vale ahora seis libras y diez chelines. Y por esa pequeña cantidad que gastada en libros daría para muy poco, cada socio tiene derecho a utilizar la biblioteca, cuyo valor sobrepasa hoy las quinientas libras; de esta forma el aprender resulta en esta ciudad más fácil y más barato, con gran contento para aquellos de sus ciudadanos que sienten inclinación al estudio.

Los no suscriptores también pueden llevarse libros prestados para leer, haciendo un depósito al bibliotecario proporcional al valor del libro y pagando una pequeña cantidad por el alquiler del libro, que igualmente se aplica a las necesidades de la biblioteca.

Las horas de apertura de la biblioteca son los sábados, de 4 a 8 de la tarde.

Aparte de los libros del catálogo, la sociedad se ha beneficiado de varias

donaciones generosas, tales como una curiosa bomba neumática con todos sus accesorios, un gran microscopio binocular y otros valiosos instrumentos, todos cedidos por el honorable John Penn; también se recibió un preciado solar que valdría para construir un edificio donde alojar en el futuro la biblioteca, donación del honorable Thomas Penn, propietario de la provincia; así como la suma de treinta y cuatro libras (para ser gastadas en la adquisición de libros), donación del doctor Syderfe, de Antigua.

Ahora los libros se encuentran depositados en el ala oeste de la Cámara Legislativa, por cortesía de esa institución.

Han pasado ya diez años desde que se fundó la sociedad y constatamos con sumo placer que en la misma se reúnen personas de sectas, partidos y formas de pensar muy diversas, sin que hayan surgido diferencias sobre los asuntos de la biblioteca. La armonía ha reinado en nuestra casa y todos se sienten satisfechos, cosa que, si las circunstancias nos son favorables, espero continuará.

NOTA. Se deja en la biblioteca un ejemplar de los estatutos para quien desee más información.

LUCHA CONTRA INCENDIOS

4 de febrero de 1735

Mr. Franklin:

Sintiéndome viejo y torpe y por ello incapaz de ayudar a mis conciudadanos cuando el fuego arrase sus viviendas, me atrevo a pedirles que tomen en consideración las siguientes sugerencias a propósito de los incendios.

En primer lugar, como más vale prevenir que curar, me atrevo a aconsejarles que tengan cuidado de no transportar cualquier clase de brasas de una habitación a otra o de un piso a otro con una simple pala o cogedor; han de llevarlas en un recipiente adecuado con su correspondiente tapa; las pavesas pueden caer sin que nos demos cuenta y no delatarse hasta medianoche, cuando las escaleras comiencen a arder, en cuyo caso nos veremos forzados (cosa que ya me ha ocurrido a mí mismo) a saltar por una ventana jugándonos el cuello, para no perecer abrasados.

Y ahora que hablamos de prevenir siniestros, muchos se evitarían si a la ley que regula el uso de los hornos de cocer pan y los talleres de toneleros para evitar fuegos, se añadiera una cláusula reglamentando también la utilización

del fuego en las casas, especialmente en aquellas que tienen fogones poco profundos o ponen molduras exteriores de madera a los lados de las chimeneas, que por ser normalmente de madera de pino, que contiene resina, son de lo más combustible en cuanto entran en contacto con una pavesa o una brasa.

Igualmente, si se limpiaran mejor y más frecuentemente las chimeneas, podrían prevenirse muchos incendios. Recuerdo haber visto cómo ardían violentamente algunas chimeneas no muchos días después de haber sido limpiadas. La gente, confiada en que estaban limpias, prendían grandes fuegos sin advertir el peligro. Cualquiera que lo desee puede dedicarse aquí al negocio de limpiar chimeneas, y si una chimenea arde por culpa del limpiachimeneas, es el propietario el que paga la multa y al deshollinador no se le piden responsabilidades. Cosa que no es justa. Los que se dedican a ese oficio y contratan a gente que los ayude deberían necesitar un permiso dado por el alcalde, y si se da el caso de que arda una chimenea antes de quince días de haber sido limpiada, la sanción correspondiente debe recaer sobre las espaldas del limpiachimeneas, pues él es el que tiene la culpa.

En la actualidad disponemos de suficientes bombas de incendios en la ciudad, pero me pregunto si existe agua disponible en todos los puntos para poder hacerlas funcionar durante sólo media hora. Me temo que algunas bocas de incendios no estén en buenas condiciones, pero me someto en esto a opiniones más autorizadas.

En cuanto al tema de la extinción de incendios propiamente dicha, y aunque contamos con manos y buena voluntad, tengo para mí que nos falta orden y método, por lo que estimo que nada puede ayudarnos más que seguir el ejemplo de otra de las ciudades de una provincia vecina. Según he podido informarme, existe allí un club o sociedad de hombres emprendedores, cada uno de los cuales está destinado a una bomba de incendios; su cometido es acudir a apagar cualquier incendio que pueda declararse, con turnos de servicio de carácter trimestral, período en el que deben velar por la buena conservación de la máquina. Algunos de esos hombres se encargan de manejar las hachas y otros las cuerdas con ganchos que siempre se llevan con las bombas de incendios. Ese servicio se considera como causa de disminución o exención de sus impuestos. Cuando se produce algún incendio hay funcionarios encargados de mandar las brigadas, llamados guardafuegos, que llevan bastones rojos de cinco pies de largo, rematados con una insignia de latón, de seis pulgadas, en forma de llama. Como hombres prudentes y con autoridad que son, se encargan de que los que manejan las hachas dismantelen los tejados a fin de que las vigas en llamas sean derribadas por los hombres de los ganchos y las cuerdas, así como de darle a las bombas y ayudar a sacar los enseres de las casas cuando arden o están en peligro. También vigilan para

evitar el pillaje, y desobedecerles está castigado con multa de cuarenta chelines o diez días de prisión. Estos oficiales, junto con sus hombres, se reúnen cada trimestre y cambian impresiones sobre temas de incendios, imprudencias y métodos más eficaces de combatir el fuego en cada caso, transmitiendo luego sus experiencias a los demás para cuando llegue el caso. Desde que se estableció este servicio no ha habido ningún incendio trágico en aquel lugar y confío en que no lo haya en el futuro. Pero para llegar a crearlo pasaron muchos apuros; los mismos que habremos de pasar nosotros, pues, como dicen los italianos, los ingleses sienten pero no ven, y ha querido Dios que los incendios que hemos sufrido hasta ahora no se hayan agravado con la concurrencia de otras circunstancias adversas: sequía, viento, hacinamiento de viviendas y falta de agua, por lo que quizá nos hemos confiado en exceso. Si hubiera sido al revés, cosa que Dios no permita, tendríamos ahora muchas más precauciones tomadas para caso de siniestro.

Y diré algo más para acabar: creo que es fundamental el uso de tejas para cubrir los tejados, al objeto de hacerlos más seguros y poder caminar sobre ellos, y llevar el muro maestro por encima de los aleros, como modernamente se hace en Londres y como se han construido los nuevos edificios de la vivienda de Mr. Turner en Front Street o la de Mr. Nichols en Chestnut Street, que estoy seguro se conservarán mucho mejor.

Espero que otros nos harán partícipes de sus propias ideas, tal como yo he hecho, de suerte que entre todos podamos sacar algo en limpio que sea verdaderamente práctico.

Suyo,

A. A.

PROPUESTA PARA FOMENTAR LOS CONOCIMIENTOS PRÁCTICOS EN LAS PLANTACIONES INGLÉSAS DE AMÉRICA

Filadelfia, 14 de mayo de 1743

Los ingleses poseen una amplia zona del continente que se extiende al norte y al sur desde Nueva Escocia hasta Georgia, y que cuenta con climas diferentes, diversas clases de terrenos, producciones agrícolas y mineras varias, susceptibles todas ellas de mejoras en su aprovechamiento.

La primera tarea, urgente y agotadora, de establecer nuevas colonias, que fuerza a la gente a concentrar su atención en lo más necesario y elemental, está ya hecha y esa etapa está superada. Son ya muchos los que en las diversas provincias se encuentran viviendo en circunstancias holgadas y pueden

permitirse el cultivo de las bellas artes y el incremento de su cultura en general. Entre esos ciudadanos habrá hombres capaces, de actividad intelectual, a quienes se les ocurrirán ideas y observaciones que si fueran analizadas, desarrolladas y perfeccionadas podrían dar lugar a descubrimientos que beneficiaran a todas o parte de las plantaciones británicas e incluso a la humanidad en general.

Sin embargo, como estos territorios son tan extensos, las personas viven muy distantes y son escasas sus oportunidades de reunirse y conocerse y, consecuentemente, de compartir sus experiencias, con lo que pueden perderse descubrimientos que beneficiarían a todos. Por eso me propuse poner remedio a esta situación.

Para ello propongo constituir una asociación de investigadores, de hombres de ingenio en diversas ramas, con residencia en las diferentes colonias, que se llamaría la Asociación Americana de Filosofía y que mantendría correspondencia entre sí continuamente.

Y Filadelfia, al ser la ciudad de situación más céntrica entre las diversas de las colonias y con buenas comunicaciones con las demás por postas en el continente, así como con las islas por vía marítima, y, por añadidura, con la ventaja de una buena biblioteca, habría de ser la sede de esa asociación.

Propongo también que en Filadelfia haya siempre residiendo al menos siete de sus miembros, a saber: un físico, un botánico, un matemático, un químico, un mecánico, un geógrafo, un filósofo de la naturaleza, aparte de su presidente, tesorero y secretario.

Que los miembros se reúnan una vez al mes o más a menudo, por su cuenta, a fin de comunicarse sus observaciones y experimentos, recibir, leer y estudiar toda clase de comunicaciones, cartas o consultas que pudieran enviar sus miembros, enviándoseles copias de las comunicaciones más importantes a otros miembros con residencias más lejanas para procurarse sus opiniones al respecto.

Que los temas de correspondencia sean: descubrimientos de nuevas plantas, hierbas, árboles, raíces, sus virtudes, usos, etc.; métodos de propagación de tales especies; su aprovechamiento; mejora en extractos vegetales, sidras, vinos, etc.; nuevos métodos de curar o prevenir enfermedades; fósiles de nuevo descubrimiento en los diversos territorios; minas, minerales y canteras; inventos y adelantos en cualquier rama de las matemáticas; hallazgos en química, tales como avances en destilación, fermentación y refinamiento de minerales; inventos mecánicos para ahorrar mano de obra, como molinos y carruajes, así como sistemas de bombas y transporte de agua, drenaje de pantanos y otros similares; nuevas artes, industrias y manufacturas; topografía, mapas y cartas de determinadas zonas

costeras o del interior; cauces y embalses de ríos; caminos, situación de lagos y montañas, análisis de tierras cultivables y sus producciones; nuevos métodos de selección de razas de animales útiles; introducción de otras especies del extranjero; mejoras en los cultivos, en horticultura y en roturación de terrenos, y en general todos los experimentos del saber humano que puedan contribuir a que el hombre conozca mejor la naturaleza de las cosas, a ampliar su dominio de la materia e incrementar su bienestar y mejor disfrute de la vida.

Que la sociedad mantenga correspondencia con la Royal Society de Londres y con la Dublin Society, como ya hacen algunos de sus posibles miembros.

Que cada miembro reciba resúmenes trimestrales de las comunicaciones más interesantes que hayan llegado al Secretario en Filadelfia, y que se enviarían sin otra carga que la cuota anual mencionada más abajo.

Que por autorización del director de Correos, esas comunicaciones no necesiten franqueo.

Que al objeto de subvenir a los gastos de los experimentos que la asociación estimara precisos y otros gastos imprevistos en pro del bien común, todos los miembros contribuyan con ocho chelines al año, a enviar al secretario, a Filadelfia, con cuyas contribuciones se vaya reuniendo un fondo común, del que se desembolse, por orden del presidente y previa aprobación de la mayoría de los miembros, las cantidades destinadas a sufragar los experimentos considerados dignos de ayuda, comunicándose exactamente los desembolsos realizados a todos los miembros con carácter anual.

Que en las primeras reuniones a celebrar en Filadelfia se redacten unos estatutos que regulen las sesiones y operaciones de la asociación más convenientes a los fines perseguidos; que dichos estatutos puedan ser revisados y perfeccionados cuando la ocasión lo requiera y con el debido respeto y consulta a los miembros residentes a mayor distancia de la sede.

Que a final de año se redacten e impriman memorias sobre todos esos experimentos, descubrimientos y procedimientos que revistieran el carácter de utilidad pública, siendo enviado un ejemplar a cada miembro.

Que la misión del secretario consista en recibir cuantas cartas se remitan a la sociedad y someterlas al presidente y a los miembros para su examen en las diversas sesiones; resumir, corregir y sistematizar todos los escritos que sean necesarios o que ordene el presidente, previo su estudio, discusión y debate en el seno de la Asociación, dejar copias de los mismos en los archivos de la Sociedad y enviárselas a los miembros que residen en otros lugares; contestar cartas bajo la dirección de la presidencia y mantener constancia y archivos de todas las operaciones de la Asociación.

Benjamin Franklin, autor de esta propuesta, se ofrece personalmente para servir a la Asociación como secretario, hasta tanto pueda contarse con otra persona más idónea.

ALEGATO DEL DOCTOR FRANKLIN... EN LA CÁMARA BRITÁNICA DE LOS COMUNES EN CONTRA DE LA «STAMP ACT» PARA AMÉRICA

Febrero, 1766

Pregunta: ¿Cuál es su nombre y domicilio?

Respuesta: Franklin; Filadelfia.

P.: Dada la escasa población de las colonias interiores, ¿no resultaría el impuesto del timbre extremadamente perjudicial para sus habitantes, caso de que se pusiera en vigor?

R.: Desde luego que lo sería, ya que muchos ciudadanos no podrían adquirir los timbres sin verse precisados a largos desplazamientos, con gastos de hasta tres o cuatro libras para que la Corona ingresara sólo seis peniques.

P.: ¿Es que, dadas las circunstancias, no están las colonias en muy buenas condiciones para pagar el impuesto del timbre?

R.: A mi parecer, no hay oro ni plata suficientes en las colonias para pagarlo ni un año.

P.: ¿No sabe usted que los fondos recaudados con ese impuesto serían invertidos en América?

R.: Sé que la ley estipula que se dediquen al servicio de América; pero se gastará en las colonias conquistadas, donde se mantienen tropas, no en las colonias que lo paguen.

P.: ¿No existe una balanza comercial entre las propias colonias, por la cual las que tienen tropas devolverían el dinero a las viejas colonias?

R.: Creo que no. Pienso que sería muy poco lo devuelto y no se me ocurre ninguna partida comercial capaz de hacerlo posible; y que simplemente iría de las colonias donde se gastara, directamente a Inglaterra, pues, por lo que he podido apreciar, siempre ocurre que la abundancia y la prosperidad en una colonia redundan en mayores envíos de fondos a Inglaterra, desde donde se envían más productos y se incrementa el comercio a su favor...

P.: ¿Cree usted que el pueblo americano se conformaría con pagar el

impuesto del timbre si se redujera en su cuantía?

R.: No. Sólo lo pagaría si se le impusiera por la fuerza de las armas...

P.: ¿Qué actitud prevalecía en América respecto de Gran Bretaña antes de 1763?

R.: La mejor del mundo. Todos aceptaban de buen grado al gobierno de la Corona y en todos los tribunales se obedecían las decisiones del Parlamento. A pesar de la abundante población repartida por las diversas provincias, no costaba nada a Inglaterra mantener sometidos a sus súbditos, sin necesidad de gastarse nada en fuertes, ciudadelas, guarniciones o ejércitos. Sólo hacía falta para gobernarles, pluma, tinta y papel. Eran dóciles y sumisos. No sólo sentían respeto, sino afecto por Gran Bretaña y sus leyes, sus costumbres, su educación. Hasta gustaban de sus modas, que tanto contribuyeron a hacer que floreciera el comercio. Los nacidos en Gran Bretaña siempre recibían el mejor trato. Ser de la vieja Inglaterra era un signo de respeto y de distinción entre nosotros.

P.: ¿Y ahora, cuál es esta actitud?

R.: Ha cambiado notablemente.

P.: ¿Había oído usted antes de ahora que se pusiera en tela de juicio la autoridad del Parlamento para legislar en América?

R.: La autoridad del Parlamento era reconocida en toda su legislación, salvo en lo concerniente a los impuestos internos. Nunca se le discutió en lo referente a la regulación fiscal del comercio...

P.: ¿Cómo juzgaba, en general, el pueblo americano al Parlamento de Gran Bretaña?

R.: Lo consideraban como el gran baluarte que defendía sus libertades y privilegios y hablaban de él con el mayor respeto y veneración. Pensaban que ministros arbitrarios quizá pudieran oprimirlos en algunas ocasiones, pero confiaban, en definitiva, en que el Parlamento terminaría por poner las cosas en su sitio. Recordaban agradecidos aquella ocasión memorable en que se sometió al Parlamento un proyecto de ley con una cláusula según la cual las instrucciones reales tendrían fuerza de ley en las colonias, y que vetó la Cámara de los Comunes, quedando sin efecto alguno.

P.: ¿Conservan aún ese respeto al Parlamento?

R.: No. La verdad es que ha disminuido bastante.

P.: ¿Y a qué lo achaca usted?

R.: A un conjunto de causas: las restricciones impuestas últimamente al tráfico mercantil, en virtud de las cuales quedaba prohibida la importación de

oro y plata extranjeros en las colonias; la prohibición de hacer papel-moneda por su cuenta; las nuevas exigencias en materia del impuesto del timbre, y al propio tiempo haber suprimido los juicios con jurado, rehusando dar entrada y oír las peticiones que humildemente se elevaban.

P.: ¿Y no cree usted que aceptarían la «Stamp Act» si se modificara lo que en ella pueda haber de odioso, y se redujera el tipo de imposición a ciertos supuestos sin gran trascendencia?

R.: No; nunca lo aceptarían...

P.: ¿Cuál es su opinión sobre un impuesto que en el futuro pudiera repercutir en América de forma parecida a la Stamp Act»? ¿Cómo lo recibirían los americanos?

R.: Igual que a éste. No lo pagarían.

P.: ¿Conoce usted las resoluciones de esta Cámara y de la Cámara de los Lores, según las cuales se ratifican los derechos del Parlamento respecto de América, incluida la facultad de imponer impuestos?

R.: Sí; he oído hablar de esos acuerdos.

P.: ¿Y qué opinan los americanos sobre este particular?

R.: Pues los consideran anticonstitucionales e injustos.

P.: ¿Era opinión corriente en América, antes de 1763, que el Parlamento no tenía derecho a imponer tributos e impuestos allí?

R.: Nunca oí objeción alguna a ese derecho en lo relativo a regular el comercio; pero en cuanto al derecho a crear impuestos internos, jamás se pensó que estuviera en manos del Parlamento, donde nosotros no tenemos representación.

P.: ¿No hay nada que pueda llevar adelante el cumplimiento de la «Stamp Act» más que la fuerza militar?

R.: No veo la manera en que la fuerza militar puede actuar en semejante cuestión.

P.: ¿Y por qué no?

R.: Supongamos que se envían fuerzas a América. No encontrarán a nadie en armas y entonces ¿qué van a hacer? No puede forzarse a nadie a que compre timbres si no quiere. No se encontrarían con una rebelión. Lo único que pasaría es que la provocarían.

P.: Si no se suprime esa ley, ¿cuál serían a su juicio las consecuencias?

R.: Una pérdida absoluta del respeto y del afecto del pueblo americano

hacia este país, así como de todo el comercio que se deriva de ese respeto y afecto.

P.: ¿De qué forma podría verse afectado el comercio?

R.: Usted podrá comprobar cómo, si no se suprime esa ley, en poco tiempo se comprarán muy pocas cosas a los fabricantes ingleses.

P.: ¿Están en condiciones de hacerlo?

R.: Yo pienso que pueden prescindir muy bien de ellas.

P.: ¿No sabe usted que en la carta de Pennsylvania existe una reserva especial que da derecho al Parlamento a imponer allí sus tributos?

R.: Sé que existe una cláusula en esa carta por la cual el rey se compromete a no imponer tributos a los habitantes a menos de que medie consentimiento de la Asamblea o bien por ley del Parlamento.

P.: Y entonces, ¿cómo puede afirmar la Asamblea de Pennsylvania que imponer un tributo por medio de la «Stamp Act» es una infracción contra sus derechos?

R.: Ellos lo entienden así: por lo establecido en la carta, entre otras cosas, se les conceden los mismos privilegios y libertades de que disfrutaban los ingleses; creen que, por las cartas fundacionales y por la Petición de la Declaración de Derechos, uno de los privilegios de los súbditos ingleses consiste en que no se les impongan tributos sin su consentimiento. Han confiado en esto desde los días de la fundación de la provincia, en que el Parlamento jamás impondría, porque no podía hacerlo, esos impuestos hasta tanto no se viera respaldado con la presencia de representantes del pueblo que ha de pagarlos, quienes tendrían que prestar su consentimiento.

P.: ¿Existen en la carta palabras que justifiquen semejante interpretación?

R.: «Los derechos comunes de los ingleses» a que se refiere la Carta Magna y la Petición de derechos lo justifican.

P.: ¿Existe en el texto de la carta base para una distinción entre la imposición interna y la exterior?

R.: No. Creo que no.

P.: Y entonces, ¿no podrán, con una interpretación parecida, objetar el derecho del Parlamento a establecer impuestos al exterior?

R.: Hasta ahora nunca lo han hecho. Se han esgrimido muchos argumentos últimamente aquí para convencerles de que no existen diferencias, de suerte que si no tienen ustedes derecho a imponer tributos internos allí, tampoco lo tienen para imponerlos externos o crear una ley que los obligue. Actualmente

no lo estiman así, pero con el tiempo es posible que lleguen a convencerse con semejantes argumentos...

P.: ¿Cuál solía ser el principal motivo de orgullo de los americanos?

R.: Dejarse atraer por las modas y los productos británicos.

P.: Y ahora, ¿cuál es?

R.: Vestirse con sus propios trajes y no quitárselos de encima hasta que puedan comprar otros.

CARTA AL EDITOR (1766)

Al editor:

Se dice no sé con qué fundamento que hay intención de obligar a los americanos a pagar los timbres que debían haber comprado desde el día de promulgación de la ley hasta el de su derogación, o sea, desde el primero de noviembre de 1765 hasta el primero de mayo de 1766, y que esta obligación será objeto de una ley por la que no se dará validez a los procedimientos legales y escritos que no lleven timbre, contraviniendo lo dispuesto en aquel precepto legal, sin lo cual carecerán de fuerza legal. ¿Significa eso que por una bagatela de nada se está dispuesto a perpetuar el encono y la animosidad suscitados por la «Stamp Act»? ¿Se va a perder así la armonía y el buen entendimiento entre las diversas partes del imperio, originados por la generosa y total derogación de la ley? ¿Esta miseria podrá recaudarse con más facilidad que todo el impuesto? ¿Dónde están los funcionarios que se encargarán de cobrarlo? En mi opinión la oposición va a ser la misma, y de esta medida se seguirían idénticos perjuicios que de la puesta en vigor de toda la ley.

Se me indica que se ha creído necesario allegar recursos para financiar los gastos originados por la tirada de timbres de todos los papeles y pergaminos destinados a América y que, al rechazarse, han quedado sin utilizar, y que, a la vista de las ventajas que hemos obtenido de la abolición, no podemos realmente negarnos a hacer frente a esos gastos. Todo esto me recuerda aquello del francés que tenía por costumbre acercarse a los ingleses y a otros extranjeros en el Pont-Neuf de París y con muchos cumplidos esgrimía un hierro candente y decía: Por favor, señor inglés, ¿puede concederme permiso para que le ponga este hierro en la espalda? ¿Qué? ¿Qué se ha creído este tipo? ¡Lárguese con su hierro a otra parte o le parto la cabeza! Pero señor, replicaba el francés, si usted no quiere, no insistiré, pero por lo menos ¿no podría usted pagarme algo por lo que he gastado en calentar el hierro?

F. B.

EDICTO DADO POR EL REY DE PRUSIA

Dantzig, 5 septiembre de 1773

Nos hemos estado maravillando durante largo tiempo de la complacencia de la nación inglesa ante las imposiciones prusianas en materia comercial en lo referente a su comercio con nuestro puerto. Hasta hace poco no sabíamos de las reivindicaciones, antiguas y modernas, que gravitaban sobre esa nación, y por ello no podíamos sospechar que pudiera ceder ante esas imposiciones por un sentido del deber o por principios de equidad. El siguiente edicto, que acaba de hacerse público, quizás arroje, si se considera auténtico, cierta luz sobre semejante cuestión.

«Federico, rey de Prusia por la gracia de Dios, etc., deseo que todos los presentes y los no presentes gocen de buena salud. La paz que se disfruta en todos nuestros dominios nos ha permitido dedicarnos a reglamentar el comercio, a mejorar nuestras finanzas y, al propio tiempo, a aliviar a nuestros súbditos de sus cargas fiscales. Por estas causas y por otras consideraciones concurrentes, hacemos saber que, previa deliberación con nuestro consejo, presentes nuestros queridos hermanos y altos funcionarios del Estado, nosotros con plena conciencia y plena facultad y real autoridad hemos dado el siguiente edicto.

Considerando que es sabido de todo el mundo que las primeras colonias germánicas establecidas en la isla de Britania eran de pobladores sujetos a nuestros antepasados ducales y procedentes de nuestros dominios, bajo la dirección de Hengist, Horsa, Helia, Uff, Cerdicus, Ida y otros; considerando que dichas colonias han florecido bajo la protección de nuestra augusta casa en eras pretéritas; considerando que nunca se han emancipado desde aquel entonces y que, no obstante, hasta ahora han producido pocos beneficios; considerando que nosotros luchamos en la última guerra en su favor para defender estas colonias contra el poder de Francia y consecuentemente posibilitamos el que se conquistaran tierras de Francia en América, sin haber recibido hasta ahora ninguna contraprestación a cambio; siendo justo y equitativo que obtengamos una compensación mediante cobros precedentes de dichas colonias en Britania, y que aquellos que descienden de nuestros antiguos súbditos nos deban por ende obediencia, y deban contribuir a llenar los cofres reales, como hubieran tenido que hacer de haber permanecido sus antecesores en los territorios que nos pertenecen ahora, ordenamos en consecuencia que desde la fecha presente se recaudarán y pagarán a nuestros

funcionarios de aduanas por todas las mercancías, productos y bienes, así como sobre todo tipo de granos y otros frutos agrícolas que se exporten desde dicha isla de Britania, y lo mismo sobre todas las mercancías que se importen en ella, arbitrios que se elevarán al cuatro y medio por cien, ad valorem, en nuestro beneficio y en el de nuestros sucesores. Asimismo, que para que los mencionados derechos se recauden con mayor efectividad, todos los navíos que zarpen de Gran Bretaña o que se dirijan allí desde otras partes del mundo, habrán de hacer escala en nuestro puerto de Königsberg para ser inspeccionados, tasados y para aplicarles el pago de los derechos mencionados.

Y como, a mayor abundamiento, se ha puesto de manifiesto de vez en cuando por nuestros colonizadores de Britania la existencia de muchas minas y yacimientos de mineral de hierro, y la presencia de numerosos súbditos de nuestro antiguo dominio, diestros en tratar esos minerales y obtener metales que se trasladaron a esas tierras llevando consigo sus saberes; que los habitantes de dicha isla, presumiendo que tenían un derecho adquirido de aprovechar a su arbitrio las riquezas naturales de su país para su propio beneficio, no solamente han construido hornos de fundición de esos minerales, sino también forjas, talleres de láminas y de fabricar aceros, con la consiguiente amenaza de poner en peligro la producción de nuestro antiguo dominio; por la presente ordenamos que a partir de esta fecha no se volverá a construir ni explotar en Gran Bretaña ningún horno o instalación siderúrgica. Al Lord Teniente de cada condado en dicha isla por la presente se le ordena que informe de cualquier obra de construcción de semejantes instalaciones, y mande que se proceda por la fuerza a su destrucción. Él será responsable si esta orden no se cumpliera. No obstante concedemos en nuestra magnanimidad a los habitantes de dicha isla que puedan transportar su hierro a Prusia, para que allí sea manufacturado y luego vuelto a enviar a la isla, pagando nuestros súbditos prusianos por la mano de obra, las comisiones, transportes y seguros de ida y vuelta u otros gastos.

No consideramos en cambio oportuno hacer extensiva esta nuestra indulgencia a los artículos de lana. Pero para fomentar no sólo las manufacturas laneras, sino también incrementar los precios de la materia prima en nuestros antiguos dominios, y para impedir ambas cosas, en lo posible, en nuestra citada isla, por la presente prohibimos absolutamente que se transporte lana desde allí, incluso a la madre patria Prusia. Y para que los isleños no se beneficien de su propia producción lanera, ordenamos que no se pueda llevar de un condado a otro ni lana ni artículos hechos con esa materia, ni con mezclados con lana de cualquiera de esos condados, tales como estambre, felpa, hilazas, paños, sargas, casemiras, estameñas, panas, droguetes anacostes, telas de forro, tejidos de tapicería. Mandamos que esos artículos no puedan ser transportados por agua, ni siquiera para atravesar el más angosto

río o arroyo, por pequeños que sean, bajo pena de confiscación de la mercancía, así como de las embarcaciones, carruajes, caballos, etc., que se hubiesen empleado en su transporte. No obstante, nuestros amados súbditos sí podrán (si lo estiman conveniente) utilizar toda su lana como abono para la mejora de sus tierras.

Y como el arte de la sombrerería ha alcanzado un alto nivel en Prusia y la fabricación de sombreros por nuestros más lejanos súbditos debe restringirse lo más posible; y como los mencionados isleños disponen de lana, castor y otras pieles y han podido concebir la presuntuosa idea de que tenían derecho a aprovechar esos materiales en la fabricación de sombreros, en perjuicio de nuestras manufacturas, venimos en disponer que no puedan cargarse en ningún barco, carro, carreta o caballo sombreros o fieltros del tipo que sean, acabados o semiacabados, teñidos o no teñidos, para ser transportados de un condado a otro de la isla ni a parte alguna. El incumplimiento de esta orden se castigará con la confiscación de la mercancía y una multa de quinientas libras esterlinas. Tampoco podrá ningún sombrerero de esos condados emplear a más de dos aprendices, bajo multa de cinco libras esterlinas al mes. Con ello se intenta que dichos sombrereros, al verse restringidos en la producción y venta de sus mercancías, no hallen estímulo en la continuación de sus industrias. Pero, a fin de evitar que los isleños puedan padecer molestias por falta de sombreros, también en nuestra generosidad concedemos graciosamente que puedan enviar sus pieles de castor a Prusia, así como que los sombreros hechos con ellas sean exportados de Prusia a Gran Bretaña. Los isleños así beneficiados deberán pagar todos los gastos de fabricación, intereses, comisiones a nuestros comerciantes, aparte seguros y transportes, como ocurre en el caso del hierro.

Y finalmente, en nuestro afán de favorecer aún más a nuestras colonias británicas, por la presente ordenamos también que todos los ladrones, salteadores de caminos, rateros callejeros, ladrones de casas, falsificadores, asesinos, sodomitas y malhechores de cualquier especie, convictos de diversos delitos en Prusia, alcancen la gracia de no ser colgados y en cambio sean enviados a la isla de Gran Bretaña a fin de contribuir a poblar aquellas tierras.

Nos halaga pensar que estas reales ordenanzas y órdenes serán consideradas en nuestras dilectas colonias inglesas justas y razonables, ya que están copiadas de los estatutos 10 y 11 de Guillermo III (c 10,5, Geo II, c 22,23, Geo II, c 29,4, Geo I, c II), así como de otros textos legales, igualmente equitativos, elaborados por el Parlamento; o bien procedentes de instrucciones dadas por sus príncipes, o de resoluciones de ambas Cámaras, adoptadas en pro del buen gobierno de sus propias colonias en Irlanda y América.

Todas las personas de la mencionada isla quedan advertidas por la presente de no oponerse en forma alguna a la ejecución de este nuestro edicto, en todo o en parte, considerándose como de alta traición dicha oposición. Los que se

hagan sospechosos de ella serán transportados, con grilletes, de Britania a Prusia, donde serán juzgados y ejecutados de acuerdo con la ley prusiana.

Complacidos, firmamos el presente en Postdam, el veinticinco del mes de agosto de mil setecientos setenta y tres, en el año treinta y tres de nuestro reinado.

El Rey y el Consejo,

RECHTMAESSIG, Sec.»

Hubo quien tomó este edicto como un puro juego caprichoso, una broma del rey; otros supusieron que iba en serio y que trataba de provocar a Inglaterra; pero en lo que todos los de aquí estuvieron de acuerdo fue en que la afirmación de que todas estas disposiciones eran copia de otros textos legales igualmente equitativos elaborados por el Parlamento..., adaptados para el buen gobierno de sus colonias..., y que resultaban injuriosas en alto grado, y que era imposible creer que en un pueblo tan celoso de su libertad, una nación tan prudente y liberal de sentimientos, tan justa y equitativa hacia sus vecinos, pudiera maltratarse de forma tan oñominiosa, tiránica y arbitraria, a sus propios hijos.

A THOMAS CUSHING

6 de octubre de 1774

Señor mío:

Desde la última carta que le envié por medio del capitán Foulger, se ha producido una resolución repentina e inesperada del Gabinete, disolviendo el Parlamento. Son variadas las conjeturas que circulan acerca de sus motivos. Entre ellas, una dice que ciertas opiniones cualificadas de Boston, previniendo la imposibilidad de que siguiera el gobierno actual de allí con las últimas leyes aprobadas por el Parlamento, han hecho que pareciera necesario efectuar nuevas elecciones, antes de que surja la inquietud entre los fabricantes, que, de surgir durante las elecciones (como había cabido esperar si el antiguo Parlamento hubiera permanecido hasta agotar su mandato), hubiera podido utilizarse para conseguir la derrota de muchos de los candidatos de la corte. Hasta ahora no parece que exista la intención de cambiar ninguna medida, pero todas las personas de juicio son de la opinión de que si el Congreso Americano decidiera la cuestión en favor del boicot a los fabricantes ingleses, ese ministro tendría que dimitir, revocándose todos sus recientes acuerdos. Como esa resolución, apoyada de una forma amplia, justificada y pacífica, sería la mejor política que podríamos seguir, me aflige oír noticias de motines

y violencia y de intentos de destruir las Cámaras, que no pueden justificar nuestros amigos y que sólo proporcionan ventajas a nuestros enemigos.

El electorado de las ciudades de Londres y Westminster, del distrito de Southwark, el condado de Middlesex y otros lugares han conseguido de sus candidatos que se comprometan a luchar por la abolición de las últimas e inicuas leyes antiamericanas, y el ejemplo de la metrópoli es de suponer que será imitado en otros sitios, y se hubiera generalizado de no haberse precipitado así las elecciones. El obispo de St. Asaph ha escrito un discurso, del que le envío algunos ejemplares; se han distribuido a millares aquí y ha tenido una enorme influencia en el cambio de actitud de la opinión pública respecto de América. Y cuando llegue el resultado del Congreso y las medidas que decida adoptar (que espero sean prudentes y buenas, aceptadas por unanimidad y aplicadas con firmeza) se conozcan y estudien aquí, estoy convencido de que nuestros amigos proliferarán y se reducirá el número de nuestros enemigos, llegándose a un entendimiento en el cual serán reconocidos y respetados nuestros legítimos derechos, y ello para el beneficio mutuo nuestro y del imperio británico, cosa que deseo con ardor. Pero vivo en constante zozobra a causa de que la insensata medida de mezclar los soldados con una población que se encuentra tan irritada puede provocar un estallido en cualquier momento. Porque, efectivamente, una disputa casual, un insulto personal, una orden imprudente, la ejecución insolente de un mandato incluso prudente y otros mil motivos diferentes, pueden provocar un tumulto imprevisible y, por consiguiente, imposible de evitar, del que puede seguirse una carnicería y, consiguientemente, una ruptura que ya nadie podrá arreglar.

Ruego a Dios que dirija todo de la mejor forma posible, y por mi parte le testimonio mi mayor estima y respeto, señor mío (así como el de la comisión). Su más seguro y atento servidor...

A JONATHAN SHIPLEY

7 de julio de 1775

Con gran complacencia he recibido su carta muy amable, mi buen amigo, que lleva fecha de 19 de abril, en la que me informa de que se encuentra bien en compañía de su familia, en Jermyn Street. Me considero muy agradecido por la información que me da sobre lo sucedido en el Parlamento tras mi partida. A cambio, trataré de darle una sucinta explicación del estado de cosas aquí.

Al llegar a América me he encontrado a todas las doce provincias unidas

en el común empeño de adiestrarse en el uso de las armas. El ataque sufrido por la población del país cerca de Boston, por parte del ejército, ha soliviantado a todo el mundo y exasperado a todo el continente. Los comerciantes de esta ciudad salen al campo dos veces al día a las cinco de la mañana y a las seis de la tarde para ejercitarse, como voluntarios, en el manejo de las armas. Tenemos tres batallones, un escuadrón de caballería ligera y una batería de artillería que están haciendo notables progresos. Este espíritu se expande por doquier y es asombrosa la solidaridad que se advierte.

Al día siguiente de mi llegada, la Asamblea, que estaba reunida, me eligió por unanimidad como delegado adjunto al Congreso, que se reunirá la semana próxima. Numerosas visitas de antiguos amigos, así como los asuntos públicos, han acaparado mi tiempo desde entonces, pues nos reunimos a las nueve de la mañana y a veces estamos allí hasta las cuatro. También participo en una comisión de seguridad designada por la Asamblea, que se reúne a las seis y trabaja hasta cerca de las nueve. Sus miembros asisten con la mayor dedicación sin compensación material alguna de salario, dieta ni pensión, ni esperanzas de obtenerlos. Lo menciono para que observe las diferencias existentes entre un pueblo animado de espíritu público y otro viejo y corrompido, que no tiene ni idea de que tales cosas puedan ocurrir en el mundo. No ha habido ni una sola voz discordante entre nosotros en lo tocante a acuerdos para la defensa, y el ejército que ya está formado pronto contará con más de 20.000 hombres.

Quizá haya tenido usted noticia, antes del recibo de ésta, de la derrota de las tropas ministeriales en su primer encuentro; aparte las ventajas pequeñas que hemos tenido sobre ellas desde entonces, está el episodio ya más importante del día 17, cuando después de ser seriamente rechazadas por dos veces consecutivas, las tropas inglesas ocuparon las trincheras, aún sin acabar, de las posiciones que nosotros acabábamos de tomar en una colina, junto a Charlestown. Sus pérdidas fueron, sin embargo, importantes y creo que ahora ya están convencidos de que se tienen que ver las caras con un enemigo serio, aunque todavía no esté bien fogueado ni armado. Camino del lugar donde ocurrió esa acción, y sin que hubiera necesidad alguna, las tropas inglesas arrasaron y quemaron con la mayor barbarie un hermoso pueblo situado enfrente de Boston, llamado Charlestown, que contaba con unas cuatrocientas casas, muchas de ellas de una elegante traza. Algunos pobres habitantes, personas de edad, enfermos o impedidos, incapaces de ser evacuados, perecieron entre las llamas. En ninguna de nuestras guerras desde que se establecieron aquí los primeros colonizadores se produjo a manos de los indios salvajes semejante estrago. Quizá los ministros opinen que éste es un buen sistema de inclinarnos a la reconciliación. Yo no veo más que signos de lo contrario por todas partes. La mayoría de las pequeñas propiedades de que dispongo yo, por ejemplo, son casas ubicadas en pueblos costeros, que

supongo serán pronto destruidas de análoga forma, a pesar de lo cual no siento ni la mitad de deseos de reconciliación que hace un mes.

El Congreso enviará otra petición más al rey, a la que supongo se dará el mismo trato que a las anteriores, con lo cual será la última, porque aun constituyendo una buena oportunidad para que Gran Bretaña recobre nuestra estima y se mantengan los lazos que nos unen, estoy seguro de que no tendrán ahí ni el talante ni el talento para aprovecharla. Cuando me paro a pensar en las consecuencias de todo esto, lo que veo es el final de todo tráfico mercantil entre nosotros; quizá mantenga Inglaterra algunas plazas fuertes en nuestras costas, como las que conservan los españoles en las costas de África, pero sin ningún dominio efectivo en el interior del país. Una flota numerosa, desperdigada en más de 1.500 millas, a costa de grandes gastos, quizá pueda impedir que comercemos con otras naciones, pero teniendo como tenemos todo lo que necesitamos para subsistir, ya que no importamos más que los artículos de lujo, generalmente, si Gran Bretaña nos impide incluso eso, tal vez nos esté haciendo un gran favor, al contribuir indirectamente a nuestra prosperidad. Con la suspensión actual de nuestras relaciones comerciales, venimos ahorrando unos cuatro o cinco millones cada año, que nos permiten atender a los gastos de guerra. Lo que Inglaterra puede salir ganando de ello es algo que tendrán que averiguar sus matemáticos con aficiones políticas. Estas son algunas de las ideas que quiero participarle dentro de la libertad y confianza que la amistad permite. Tal vez me muestre excesivamente apasionado respecto de nuestras aptitudes para defender nuestro país, una vez que hayamos expuesto nuestros puertos a la destrucción, pero el tiempo se encargará de decírnoslo sin tardar mucho.

El general Gage, según nos consta, firmó un tratado con los asediados habitantes de Boston en el cual se acordaba que si entregaban sus armas a las personas competentes que se designasen (sus propios magistrados), se les permitiría salir de la ciudad con sus efectos. Tras la entrega de las armas al general, se hizo cargo de ellas y se puso a cavilar acerca del alcance del término efectos, que, a su juicio, se refería sólo a mobiliario y enseres domésticos y no las mercancías, artículos u objetos de sus negocios, que, en consecuencia, confiscó. Las continuas injurias e insultos contra los ciudadanos por parte de la soldadesca valieron para que se sintieran felices de tener que resignarse a perder todas sus propiedades. Lo que esas personas han podido sufrir y lo que siguen sufriendo, antes de someterse a leyes que consideran inconstitucionales, es increíble.

Las dos o tres cartas que le adjunto sólo le darán una vaga idea de ello. La perfidia de Gage le ha granjeado un odio general. Y cuando pienso que todo ese mal lo han causado a mi país ingleses protestantes y cristianos, procedentes de una nación donde cuento con tantos amigos personales, no

puedo por menos de avergonzarme de que me sirva de consuelo la venganza. Vivo en la confianza de que tarde o temprano lograremos una reparación. Por eso he propuesto a mis gentes que lleven cuenta exacta de todo y que jamás reanuden ningún tipo de comercio ni de unión hasta recibir cumplida satisfacción, y si ésta se hace esperar veinte años, lo que ocurrirá es que tendremos que exigir que nos paguen intereses.

Me parece excelente su consejo de que si hemos de tener una guerra, que al menos se haga como se debe entre dos naciones que fueron amigas y que desean volverlo a ser. En esta guerra ministerial y oficial contra nosotros, toda Europa se ha conjurado para no vendernos armas ni municiones, para que estemos indefensos y así nos puedan asesinar mejor. El humanitario Sir W. Draper, que recibió hospitalidad de todas y cada una de nuestras colonias, propone en sus escritos titulados *El viajero*, que se incite a los esclavos domésticos que ellos nos vendieron a que le corten el gaznate a sus amos. El doctor Johnson, pensionista de la Corona, en su obra *Impuestos*, no tiranía, adopta y recomienda dicha medida, reforzada con otra consistente en reclutar indios salvajes para que asesinen a los granjeros en las colonias fronterizas. Son los colonos más pobres y más inofensivos del mundo, y la costumbre india es matar y arrancar el cuero cabelludo a hombres, mujeres y niños. De ese libro he oído algunas alabanzas por parte de Lord Sandwich en el Parlamento, siendo recomendado por los burócratas de Londres. Lord Dunmore y el gobernador Martin, según se dice, han dado ya algunos pasos para que parte de ese proyecto se lleve a efecto, subvirtiendo a los negros. Por su parte, el gobernador Carleton, según relatos dignos de crédito, ha estado muy ocupado incitando a los indios a que den comienzo a sus horrendas hazañas. Esto es hacer la guerra como naciones que jamás han sido amigas y que no lo serán mientras el mundo sea mundo. Como ve, me acaloro, y si un temperamento frío y flemático por naturaleza, en la vejez, que suele enfriar todos los ardores, se acalora así, calcule usted cuál será el estado de ánimo general aquí; medio locos están los demás compatriotas míos. Hasta ahora, sin embargo, no hemos solicitado ayuda a ninguna potencia extranjera, ni ofrecido ventajas comerciales a nadie a cambio de su amistad. Lo que pueda acarrear otro año de persecución nadie lo sabe. Prefiero dejar este desagradable tema y prestar atención a otro que estoy seguro le agrada a usted, a su distinguida familia y a mis amigos. Me refiero al estado de salud satisfactorio de mi propia familia. Mis hijos se muestran muy responsables, afectuosos y trabajadores y se esfuerzan por agradarme; tengo tres nietos de lo más prometedor que me hacen disfrutar mucho, y si no fuera por las preocupaciones de los asuntos públicos y por el dolor de verme lejos de tantas personas a las que amo en Inglaterra, mi felicidad actual sería tan perfecta como cabe esperar alcanzar en este mundo. Disfruto de lo que tengo mientras dure, convencido de que su continuidad pertenece al mismo género que todos

los bienes terrenales y es contingente por naturaleza. Adiós, mi querido amigo. Cuento usted con mis inquebrantables sentimientos de sincera amistad y estima. Afectuosamente,

B. Franklin

Mis respetos a la señora Shupley.

En este lado del atlántico siempre se brinda a la salud del nombre del obispo.

Para su solaz, le envió un paquete de diarios. Una vez que los haya leído, páselos, por favor, a Mr. Hartley, de Golden Square.

A THOMAS CUSHING

París, 27 de febrero de 1778

Muy señor mío:

He recibido su honroso mensaje por medio de Mr. Austin, que me ha transmitido sus felicitaciones a propósito del éxito de las armas americanas en los departamentos del norte. A cambio, permítame a mi vez felicitarle por el éxito de nuestras negociaciones aquí, con la conclusión de uno de los dos tratados con Su Cristianísima Majestad; uno de ellos es un tratado de amistad y comercio sobre el plan trazado en el Congreso con algunos apéndices; el otro es un tratado de alianza para la mutua defensa, en el que Su Cristianísima Majestad se compromete a hacer causa común con los Estados Unidos, si Inglaterra intentase obstruir el comercio entre los súbditos de las dos naciones negociadoras; garantiza a los Estados Unidos el uso de sus libertades, su soberanía y su independencia absolutas e ilimitadas, las posesiones que ahora tenga o pueda tener al final de la contienda; a cambio de ello, los Estados Unidos le garantizan la posesión de las Indias Occidentales. El principio rector de ambos tratados es el de la perfecta igualdad y reciprocidad; que no se pidan otras ventajas por parte de Francia, ni privilegios de naturaleza comercial mayores que los que se puedan conceder a otras naciones por parte de Estados Unidos.

En pocas palabras: el rey nos ha tratado con generosidad y magnanimidad; no se ha aprovechado de nuestras dificultades actuales para exigirnos condiciones que no quisiéramos conceder de buen grado una vez que se hayan restablecido nuestra soberanía y prosperidad. Puedo añadir que ha actuado prudentemente, buscando que la amistad sellada con ese tratado sea duradera, cosa que probablemente no hubiera sido así de haber procedido de otra

manera.

Algunos de los barcos americanos con cargamentos consignados al Congreso están a punto de zarpar bajo escolta de la marina francesa. Inglaterra se encuentra muy consternada y el ministro, en fecha 17 de los corrientes, ha reconocido en un largo discurso que todas sus medidas habían sido erróneas y que la paz se hacía necesaria, para lo cual propuso dos proyectos de ley de pacificación de América, pero estos textos están llenos de artificio y engaño, por lo que confío en que recibirán en nuestro país la acogida que merecen.

Supongo que le agrada saber todo esto y estará orgulloso de su hijo, que espero regrese a su lado sano y salvo. Quedo de usted...

B. Franklin.

PS. Se firmaron los tratados por los plenipotenciarios de ambas partes el 6 de febrero, pero, por alguna razón, todavía no se han hecho públicos. Sin embargo, se harán en breve. Tengo entendido que España tendrá pronto acceso a ellos. Los tratados se remitirán al Congreso por este mismo medio.

A JONATHAN SHIPLEY

París, 17 de marzo de 1783

Me ha producido un gran placer el recibo de su carta del 5 de los corrientes, mi querido y respetado amigo, por la que sé que su familia, a la que tanto estimo, goza de buena salud.

El clamor antipacifista en su Parlamento casi me alarma por lo prolongado, pero creo, como usted, que más bien se trata de un ataque contra el ministro. Tengo la seguridad de que nadie de la oposición hubiera firmado una paz más conveniente para Inglaterra. Al menos, estoy convencido de que Lord Stormont, cuya voz es la que más se oye, no la habría mejorado. Tengo mis razones que le daré a usted cuando tenga que espero sea pronto la dicha de verle de nuevo y de charlar con usted.

Se habla mucho ahí de que no existe reciprocidad en el tratado. Parece que no se acuerdan de nuestro silencio acerca de las atrocidades cometidas por sus tropas, y de que no hemos pedido compensaciones por sus incendios y devastaciones gratuitas de muchos pueblos y campos. De hecho se ha reconocido la injusticia de esta guerra, y nada es más fácil que justificar la obligación de reparar los daños causados por una guerra injusta. ¿Es que los ingleses pueden mostrarse tan parciales que piensen que tienen derecho a arrasar y destruir cuanto les plazca y no pagar los destrozos cuando se firme la

paz en condiciones justas? Hemos sido razonables y no hemos pedido lo que la justicia nos autorizaba a pedir. Quizás nos censuren incluso por ello nuestros electores, pero sigo creyendo que a Inglaterra le conviene ofrecerse voluntariamente a la reparación de los daños y llegar en esto hasta donde le sea posible. Me temo, sin embargo, que esto es algo que Inglaterra no alcanza a comprender.

Ahora es tiempo de olvidar y perdonar. Que cada país trate de acelerar su propio progreso en su industria y su agricultura, sin retrasar ni perjudicar el progreso del otro. América, si Dios lo permite, se convertirá en un país grande y feliz. Inglaterra, si al final entra en razón, habrá ganado algo más valioso aún para su prosperidad que lo que ha perdido: continuar siendo un país grande y respetado. Su gran enfermedad actualmente consiste en los exagerados salarios de los numerosos cargos oficiales. La avaricia y la ambición son pasiones fuertes, y cada una por su lado, actúan con fuerza influyendo a la mente humana; si van unidas y buscan satisfacerse en un común objetivo, entonces su violencia se hace irresistible, impulsando a los hombres a dividirse en torno a facciones y agravios que resultan destructivas para los gobiernos. Por eso, en tanto perduren esos emolumentos, su Parlamento será como un mar proceloso y sus Asambleas públicas se confundirán con los intereses personales. Se precisa mucha conciencia pública y muchas virtudes para eliminarlos. Quizá más de las que es posible encontrar ahora en una nación desde hace tanto corrompida...

APUNTE DE LOS SERVICIOS PRESTADOS POR BENJAMIN FRANKLIN A LOS ESTADOS UNIDOS

29 de diciembre de 1788

En Inglaterra luché contra la «Stamp Act» y con artículos en los periódicos y con mi actuación en el Parlamento contribuí, de forma que se consideró importante, a su abolición.

Me opuse a la «Duty Act», y aunque no pude impedir que se aprobase, obtuve de Mr. Townshend que se eliminasen de ella varios artículos, y entre ellos la sal.

Posteriormente escribí y publiqué muchos artículos refutando la pretensión del Parlamento de querer gravar con impuestos las colonias.

Me opuse a todas las leyes que oprimían a las colonias.

Llevé a cabo dos negociaciones secretas con los ministros para que se derogaran esas leyes, tema sobre el que he dejado constancia por escrito. En el

curso de las mismas propuse el pago del té destruido, bajo mi responsabilidad, si se derogaban efectivamente.

Junto con los señores Bollan y Lee, insté al gobierno repetidamente en tal sentido. Edité varios folletos, que pagué de mi bolsillo, atacando las medidas gubernamentales. Por culpa de esos folletos me hice malvisto, caí en desgracia ante el Consejo privado, perdí mi plaza en la oficina de Correos, que me representaba trescientas libras esterlinas al año, y me vi además obligado a dimitir de otros puestos relacionados con el anterior en Pennsylvania, Massachussets, New Jersey, Georgia, todo ello con una pérdida total de mil quinientas libras anuales.

A mi regreso a América alenté la revolución. Se me nombró presidente de la Comisión de Seguridad, donde proyecté la colocación de «Chavaux de Frise» para defender la ciudad de Filadelfia, a la sazón sede del Congreso.

Fui enviado por el Congreso al cuartel general, cerca de Boston, con los señores Harrison y Lynch, en 1775, para arreglar asuntos varios con los gobiernos del norte y con el general Washington.

En la primavera de 1776 fui enviado a Canadá con los señores Chase y Carroll, teniendo que atravesar sus lagos cuando todavía no se habían deshelado. Allí, en compañía de mis colegas, mi gestión resultó eficaz para arreglar los agravios y reclamaciones pendientes, reconciliando con ello al pueblo en favor de nuestra causa. Allí adelanté de mi bolsillo 353 libras esterlinas en oro al general Arnold y otros representantes del Congreso que estaban en suma estrechez, con la sola garantía del Congreso, cosa que resultó de lo más oportuna para posibilitar el aprovisionamiento de nuestro ejército.

Tenía en aquella ocasión más de setenta años ya; no obstante, hube de soportar las inclemencias y penalidades de aquel viaje, resintiéndose con ellas mi salud. Pude recuperarme, pero aquel mismo año el Congreso me comisionó para trasladarme a Francia. Antes de partir reuní todo lo que pude, tres o cuatro mil libras, y se las di al Congreso, creando mayor confianza, haciendo posible que otras personas siguiesen mi ejemplo y aportaran caudales para la causa.

Cuando la Asamblea de Pennsylvania me envió a Inglaterra en 1764, me concedieron dietas para un año para pagarme el pasaje y como compensación por el quebranto que ello representaba para mis negocios particulares. No obstante, tal pago no se hizo efectivo y el viaje hube de hacerlo en un barco miserable, nada apto para el océano (que por lo demás se hundió a su regreso) y mal alimentado, de suerte que cuando llegué apenas si me quedaban fuerzas para mantenerme en pie.

Mis servicios a los Estados Unidos en calidad de comisionado, y más tarde

como plenipotenciario, son bien conocidos para el Congreso, tal como se refleja en mi correspondencia. Mis servicios extraordinarios quizá no son conocidos, por lo que es preciso mencionarlos. No existiendo ningún secretario, hube de llevar yo mismo todo el trabajo burocrático, etc., cuando los demás comisionados se fueron, sin más ayuda que la que me prestó mi nieto...

Hice las funciones de cónsul durante varios años, hasta la llegada de Mr. Barclay e incluso después, ya que el nuevo cónsul se vio obligado a ausentarse por tener que ir a Holanda, Flandes e Inglaterra por largos períodos de tiempo, y hube de ocuparme de nuevo de los asuntos consulares.

Ejercí, sin recibir nombramiento oficial alguno, como Juez del almirantazgo. Sucedió que el Congreso me envió una serie de patentes de corso que di a un conjunto de navíos armados en diversos puertos franceses, algunos de ellos tripulados por viejos contrabandistas que se conocían de memoria las costas inglesas y que con sus correrías en torno a la isla perturbaban el comercio británico en gran medida, con los consiguientes efectos en el coste de los seguros. Uno de esos corsarios el llamado Príncipe Negro, por sí solo capturó en un solo año setenta y cinco buques. Todos los documentos recogidos en cada una de sus presas me fueron enviados, en virtud de órdenes cursadas por mí mismo, que tenía que examinarlos, juzgar acerca de la legalidad de la captura y escribir a la comandancia de cada puerto si estimaba que la presa era buena y si procedía la venta. Dichos documentos, que alcanzaron un gran volumen, los puedo mostrar.

También hice las funciones de intendente, debiendo realizar compras por grandes cantidades de dinero y cuidarme de que los suministros se embarcasen, sin percibir por este trabajo comisión de ninguna especie.

Pero lo más esclavo y trabajoso de mis servicios fue todo lo relativo al recibo y aceptación previo su reconocimiento y examen de las libranzas del Congreso para obtener dinero a interés, cuyo montante total fue de dos millones y medio de libras anuales; cientos y cientos de documentos, a veces por cantidades muy pequeñas, hubieron de ser examinados y contabilizados. Tal examen era imprescindible, vistos los frecuentes casos de falsificaciones e intentos de cobrar por segunda y tercera vez, una vez que había cobrado ya. Cada barco y cada posta producían verdaderos montones de documentos de esta especie y no se podía descuidar su despacho. No pude tomarme ninguna vacación anual, como tenía por costumbre, con lo que mi permanencia encerrado, sin disfrutar del aire libre, me acarreó una enfermedad que me aquejará probablemente de por vida.

Resumiendo, aunque siempre fui un hombre activo, nunca tuve más trabajo que durante los ocho años de mi permanencia en Francia, trabajo que no

abandoné hasta ver concluida felizmente la paz, de cara a mis ochenta años, edad a la que todo hombre tiene derecho a esperar algún descanso.

Freeditorial 